



JOSÉ LUIS BURGOS

EL RUMOR DE LA
MADERA



EL RUMOR DE LA MADERA

Una herencia de silencio

JOSÉ LUIS BURGOS

Derechos de autor © 2026 JOSÉ LUIS BURGOS

El rumor de la madera: una herencia de silencio
Primera edición: marzo 2026

© Del texto: José Luis Burgos
© Maquetación y diseño: José Luis Burgos
© Diseño de cubierta: José Luis Burgos

Edición independiente
Sueños de Tinta – Colectivo de autores independientes
Diseño de logo: David Carrelón Martínez

Queda prohibida, salvo la excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal).

A mis padres.

Agradecimientos especiales a Sergio Pérez Esteso y a mis lectores beta, Alfonso Bolaños y María Cespón, por sus valiosas observaciones y su generosa ayuda en la mejora de este libro.

José Luis Burgos

EL RUMOR DE LA MADERA

2026



La madera calla, pero guarda un rumor antiguo.

Las vigas de madera del viejo caserón parecían querer hablar, susurrando secretos al compás del viento que se colaba entre las tejas. La puerta chirrió al abrirse. Tras un último vistazo al interior, salió con su pequeña maleta de mano y la urgencia clavada en el pecho, incapaz de permanecer un instante más entre aquellas paredes.

La llovizna de primavera empapaba su pelo y su ropa, mezclándose con la espesa niebla que parecía querer impedirle la huida. En el cajón de la mesilla habían quedado el pasaje, el reloj y un par de billetes de mil pesetas, abandonados por la urgencia; no volvería a por nada de ello.

Al pasar frente al hospital, ni siquiera desvió la mirada. La prisa y la rabia la empujaban hacia adelante, y nada de aquello ya la concernía.

Dos figuras se movían a lo lejos, difuminadas entre las sombras. La certeza de que alguien la seguía le oprimió el pecho; el corazón se le aceleró y la respiración se volvió áspera y entrecortada. Cada músculo le gritaba que corriera.

Dejó caer la maleta a un lado y se lanzó a la carrera, con el pavimento húmedo bajo sus pies y el aire cortándole la garganta, consciente de que cada segundo podía marcar la diferencia.

Al final de la calle, un coche apareció como un monstruo en la niebla. La empujaron dentro sin mediar palabra. El golpe seco al entrar y el contacto brutal con los asientos y el cristal recorrió su columna como un latigazo. Solo el repiqueteo de la lluvia sobre el techo y el rugido apagado del motor se mezclaban con el eco de su propio palpar.

Lo último que vieron sus ojos fue una vía de tren perdiéndose en la bruma, mientras el silencio devoraba hasta el último eco de su existencia.

1

El aire olía a cerrado. No era solo el polvo o la humedad, también ese aroma agrio de lo que permanece demasiado tiempo sin moverse. Al cruzar el umbral, Clara sintió, sin saber por qué, que acababa de hacer algo irreversible.

Cuando su padre murió en aquel inexplicable accidente, la tía Julia la había acogido durante algunas semanas en esta misma casa de Barbastro. Nadie habló demasiado de lo ocurrido, y Clara aprendió pronto que aquel era uno de esos silencios que no se deben romper.

Ahora, tantos años después, regresaba no como invitada, sino como heredera; con un nudo en el estómago que mezclaba nostalgia, tristeza y una inexplicable punzada de rechazo que prefería ignorar.

Nada se movía en el viejo caserón. Ningún crujido, ni siquiera el susurro del viento. Solo el eco de sus propios pasos sobre la tarima desgastada y su respiración contenida. Pareciera que el tiempo se hubiera detenido en aquel interior, con los gruesos muros de piedra absorbiendo el sonido en lugar de devolverlo.

Y, aun así, había en esa quietud algo que no terminaba de encajar. No era tanto el silencio de una casa vacía como la sensación de que el lugar albergaba algo que aguardaba, reconociendo su regreso y esperando a que volviera a cruzar sus puertas.

Aún en penumbra, el polvo bailaba lentamente, dudando entre posarse o seguir en el aire, iluminado por un rayo de luz que se colaba por una rendija del postigo. Clara avanzó despacio y abrió los ventanales del salón. El aire denso retrocedió un instante, pero la

sensación de profanar algo ajeno persistió. Cada rincón guardaba todavía el eco de una vida que parecía no haber terminado de marcharse.

Por un momento dudó. No de estar allí —eso era inevitable—, sino de seguir adentrándose en la casa. Una leve inquietud la atravesaba e intentó achacarla, infructuosamente, al cansancio del viaje o al estrés.

Hacía más de quince años que no pisaba la casa de la tía Julia. Bueno, en realidad no era su tía, sino la prima hermana de su padre, pero la diferencia de edad la había llevado a considerarla siempre como tal, y, en todo caso, era la única familia que tenía además de su madre.

Volver a entrar en la casa trajo consigo una avalancha de recuerdos borrosos, que no estaban tanto ligados al lugar en sí como a las sensaciones de aquel extraño verano que había vivido allí: el duelo reciente, la confusión, el alivio de estar lejos de Madrid durante unas semanas...

Aún hoy, evocar el terrible sufrimiento por la desaparición de su padre le provocaba un golpe en el corazón. Su madre, absorta en su propio pesar, apenas podía ocuparse de sí misma, y Clara tampoco sabía cómo aliviarla. Estar juntas, lejos de servirles de consuelo, parecía multiplicar la tristeza que compartían.

Fue entonces cuando la tía Julia tuvo la feliz idea de llevársela con ella una temporada a Barbastro, con la esperanza de que el cambio de escenario y la distancia de Madrid le diera un respiro. Aquel gesto, aparentemente intrascendente, permitió a Clara encontrar pequeños momentos de paz entre las sombras de su duelo, y empezar a sentir que aún era capaz de respirar.

Recordó las agradables comidas con su tía, el lento discurrir de las tardes sin obligaciones, los paseos por el jardín buscando distraerse sin saber muy bien cómo llenar el tiempo. Y, en medio de todo ello, también se acordó de Martín.

Él, entonces, echaba una mano a su padre en la librería del pueblo, y ella... ella era apenas una adolescente. Solo fueron unas semanas, pero suficientes para instalarse, como a hurtadillas, en un rincón de la memoria que, ahora, al volver a pisar aquel lugar, parecía querer desperezarse poco a poco.

Pero la tía Julia ya no estaba. Su muerte había sido inesperada, incluso extraña. A diferencia de Estefanía —su madre—, mujer aquejada siempre de achaques y adicta a las pastillas y las salas de espera, Julia había gozado de buena salud hasta el final. Su repentino fallecimiento había desconcertado a todos.

Clara había pospuesto esta visita durante semanas. Desde que recibió la carta del notario informando que era la única heredera, la había venido aplazando con excusas de todo tipo. Quizás porque intuía que, aunque fuera solo por unos días, su pequeño apartamento en Madrid le iba a seguir ofreciendo el refugio que no iba a encontrar en aquel lugar que, ahora, sin su dueña, se le antojaba frío, casi amenazador.

El carácter afable y el cariño casi maternal de Julia habían conseguido transformar aquel conjunto de muebles antiguos y paredes deslucidas —que ya entonces olían a madera envejecida y a naftalina— en un hogar cálido. Pero ahora, en su ausencia, algo había cambiado. Algo invisible, detenido.

Se despojó de la chaqueta y la dejó sobre el respaldo de una vieja silla tapizada, junto con el bolso colgado. Una silla que parecía más una pieza de museo que un objeto utilitario. Estaba rodeada de cosas que no le pertenecían y, sin embargo, ahora eran todas suyas: cuadros, jarrones, muebles... Todo lo había heredado.

Cuando viajó a Barbastro para hacerse cargo de la propiedad, no había pensado demasiado en todo lo que eso implicaba. Aún no sabía qué destino dar a las dos plantas y al sobrado de aquella construcción, cuya ubicación y señorío siempre habían despertado la envidia y el interés de las fortunas locales. Probablemente la vendería al mejor postor —que no faltaría—, pero hasta entonces ni

siquiera se había detenido a considerar qué hacer con todo lo que había en su interior.

Revisó lentamente las estanterías, las vitrinas, las mesas... Todo parecía esperar a su antigua dueña. Subió a la planta superior, donde estaban las habitaciones, con la intención de decidir dónde instalarse. Su primer impulso fue dirigirse al dormitorio principal —el de su tía—, pero algo la detuvo ante la puerta. Abrir aquel espacio íntimo significaba adueñarse de él, reconocerlo como propio, concediéndole un peso que aún no estaba preparada para asumir.

Miró el pomo como si girarlo sellara un pacto secreto con la casa, y la idea le resultó más inquietante que reconfortante. Una mezcla de curiosidad y aprensión la mantuvo paralizada unos instantes. No estaba segura de querer pasar la noche allí, ni siquiera en otra habitación, pero tampoco podía marcharse sin explorar un poco más. Tenía la sensación absurda de que, si lo hacía, se perdería algo. No sabía qué.

Por lo pronto, dio media vuelta, bajó despacio al salón y se inclinó sobre el bolso colgado en el respaldo de la silla. Encendió el móvil, buscó un hotel en el centro y reservó una habitación. Lo que necesitaba esa noche era, más que un refugio, un margen que le permitiera entrar en la casa poco a poco, sin exigencias.

Mientras guardaba el teléfono en el bolsillo del pantalón, un recuerdo cruzó su cabeza, reteniéndola allí un instante más: el de aquel espacio que siempre había sido el núcleo del hogar para Julia, justo tras la puerta del pasillo ante la que se había detenido unos instantes antes.

Probablemente, se trataba de un antiguo vestidor transformado en biblioteca, y que recordaba abarrotado de estanterías y armarios llenos de libros. Julia, lectora voraz y amante de la literatura clásica, había hecho de aquel rincón su santuario.

Ya había decidido no pasar la noche allí, pero no se iría sin antes echar un último vistazo. Subió de nuevo y, ahora sí, abrió la puerta

con determinación. La intimidad del espacio volvió a cautivarla. Recordó cómo, durante su estancia, pasaba algunas tardes tumbada en el suelo hojeando libros, mientras su tía, sentada en una butaca, le señalaba pasajes o disfrutaba leyendo en voz alta algún fragmento que le había llamado especialmente la atención.

Se detuvo ante la primera librería, un mueble robusto de madera oscura con puertas de cristal, y sonrió al recordar cómo Julia tenía la costumbre de esconder notas, recortes o flores secas entre las páginas, como queriendo dejar pequeñas huellas para el futuro. Aquella imagen le provocó una punzada de ternura, pero también algo más: una visión cercana y vívida de su tía, mucho más clara que la que había tenido hasta ese momento.

Abrió las puertas y contempló cómo los libros parecían disputarse cada hueco; cientos de volúmenes que, con su peso, combaban las sufridas baldas. Clásicos de la literatura, tratados de historia, biografías y novelas de todo tipo se alineaban con precisión, de modo que nada sobresalía ni rompía la armonía de las estanterías.

Mientras deslizaba suavemente los dedos por los lomos, cogía algunos libros al azar; sin abrirlos, solo para sentirlos en las manos, un gesto que la devolvía a aquellos momentos pasados.

En el estante inferior identificó una colección de novelas de Agatha Christie. Todas eran libros de pequeño formato, encuadernados en tapas antiguas de color marrón, con los títulos en letras doradas en el lomo. Eran ediciones viejas, probablemente de los años cincuenta o sesenta.

Sacó algunas al azar: *The Plymouth Express*, *The Listerdale Mystery*, *The Clapham Cook*. A pesar de que conocía bastantes de sus obras, nunca había oído hablar de esos títulos, pero lo que más le llamó la atención fue que se tratara de novelas en inglés.

Estaba convencida de que la tía Julia no leía más que en español, por lo que dudaba que hubiera sido ella quien adquiriera aquellos

libros, que, sin duda, debían de llevar décadas allí sin que nadie los tocara.

Volvió a colocarlos con cuidado, pero, al intentar encajarlos de nuevo en el estante, notó que, al fondo, había algo que se interponía, algo que no debía estar allí. El estante era bastante más profundo que los libros y, en el espacio sobrante hasta el fondo de la librería, se insinuaba la presencia de un objeto oculto.

Se tumbó en el suelo y retiró con cuidado algunos libros más. La luz era ya escasa y, por no levantarse para alcanzar el interruptor, encendió la linterna del móvil. Se estiró y rozó, con la punta de los dedos, una forma rectangular de superficie ligeramente rugosa oculta en la sombra. La sacó con cuidado, intrigada por el hallazgo.

Era una caja de madera, sin cerradura, con el barniz gastado por el tiempo. La llevó hasta una silla del dormitorio y la depositó allí, con una mezcla de curiosidad y respeto.

Luego, lentamente, levantó la tapa y dentro encontró una nota doblada con milimétrica precisión. El papel era grueso y amarillento. Lo abrió con dedos no exentos de cierto nerviosismo.

En el centro de la nota, escrito en tinta ya desvaída, aún podía leerse un escueto mensaje:

"Si has encontrado esto, es porque debía ser así. Nada habría ocurrido si no hubiera sido por mi cobardía. Perdóname, espero que algún día puedas entenderlo."

Al leer aquellas frases, sintió algo removerse en su interior, igual que si abriera una puerta cuya existencia desconociera hasta ese momento.

Pero había algo más bajo la nota, que fue disponiendo sobre la propia silla a medida que lo iba sacando: primero una descolorida fotografía, luego un billete de autobús, un viejo reloj de manecillas y, por último, dos billetes de mil pesetas. Todo estaba colocado con un

cuidado casi ceremonial y cada objeto parecía tener un peso y una importancia propia.

La foto mostraba a tres mujeres jóvenes. La del centro, sentada con las manos en el regazo, era reconocible fácilmente. Aun mucho más joven de lo que la recordaba, era su tía. A la derecha aparecía una mujer a la que no identificó, aunque su mirada le provocaba una extraña inquietud. La figura de la izquierda, en cambio, tenía el rostro borrado. Daba la impresión de que alguien lo hubiera raspado con furia.

Aun así, la actitud de las dos primeras era distinta: mientras Julia alzaba la vista hacia la cámara con una expresión inescrutable, la otra mujer —un poco más retirada— parecía mirar hacia otro lado, como desentendiéndose de la escena.

A la foto le faltaba un pequeño fragmento en la esquina inferior izquierda. En el reverso, una simple fecha, 12 de mayo de 1995, junto a restos de pegamento y del papel al que, sin duda, había estado adherida y del que se había despegado.

El billete era para unos días después, el 17 de mayo. Solo de ida, con destino a Zaragoza.

Clara volvió a mirar la caja, la foto, la nota, el reloj, los billetes. Pensó en aquellas cápsulas del tiempo que se entierran con la esperanza de que alguien, algún día, las abra y descubra un pedazo del pasado. Pero esto no parecía un juego ni un gesto sentimental. Había algo más deliberado, más turbio, casi sórdido, en esa caja escondida.

De algún modo que no terminaba de comprender, sintió que esa caja había encontrado su camino hasta ella. No por azar, sino por una pura coincidencia de tiempos y lugares. Estaba segura. No podía regresar a Madrid sin saber más, porque —aunque aún no supiera por qué— intuía que esa historia también le pertenecía.

2

El hotel era sencillo, limpio y funcional. No necesitaba nada más. Clara no se sentía con fuerzas suficientes para pasar su primera noche en la casona y, aunque impersonal, aquel lugar le resultaba suficientemente cómodo. Además, no había tenido la precaución de comprar nada para cenar ni para desayunar, y en el pueblo seguramente habría aún algún supermercado abierto o algún lugar donde poder tomar algo.

Agradeció que no hubiese alfombras ni moquetas —le daban siempre una sensación de suciedad en los hoteles que abusaban de ellas— y valoró la rapidez del *check-in*. La recepcionista apenas la miró, más pendiente de la pantalla de su móvil que de la nueva huésped, que arrastraba una maleta pequeña con la mano derecha y llevaba una caja de madera en la izquierda. En realidad, no tenía demasiada hambre; lo que sentía era sueño y una vaga sensación de desubicación.

Una vez en la habitación, dejó la maleta sin deshacer en un rincón, colocó la caja sobre el minúsculo escritorio, apartó el edredón y se tumbó boca arriba sobre las sábanas. No encendió la televisión. No solía hacerlo ni en casa, y menos ahora, con tantos recuerdos empezando a acumularse y la curiosidad creciente ante el inesperado descubrimiento.

Consultó el móvil. Tenía tres llamadas perdidas, una de su madre y dos de su amiga Irene. A veces bajaba tanto el volumen del aparato que era como si estuviera desconectado. Más tarde devolvería las llamadas. Por ahora, solo quería permanecer allí tumbada,

contemplando las cuatro esquinas del techo e intentando centrarse en lo inmediato: ducharse y bajar a cenar... o quizá al revés... o saltarse la cena del todo.

Casi le apetecía más esta última opción, pero no. Apenas había comido ese día y no quería irse a la cama con el estómago vacío. Decidió salir a dar una vuelta por las calles, picar algo y, luego, al regresar, ducharse antes de acostarse.

El pueblo le resultaba ajeno, parecía que fuera la primera vez que lo pisaba. Seguramente había cambiado poco desde su última visita, pero el Barbastro de su memoria era caluroso, borroso, atravesado por frases sueltas y emociones a flor de piel.

Caminó sin rumbo durante unos minutos, cruzando el paseo del Coso, bordeando la catedral, adentrándose en el Barrio de Entremuro. Vio la vieja librería donde trabajaba Martín —cerrada ya a esas horas—, una pastelería antigua que seguía igual, y el local vacío de una tienda de ultramarinos que ya no existía.

Se detuvo frente al puente de Hierro y observó el Vero, que bajaba turbio tras las tormentas de otoño. Por aquella orilla paseaba con la tía Julia algunas tardes de agosto, años atrás, cuando todavía le costaba encontrar palabras para expresar lo que sentía.

Los recuerdos volvían despacio, tímidos, parecían esperar a que les dieran permiso para aparecer. Barbastro se le mostraba como un lugar detenido en el tiempo, donde parecía que nada ocurría y, sin embargo, no acababa de encajar del todo con la imagen que conservaba en su memoria.

De pronto, se sintió muy cansada. No estaba acostumbrada a conducir fuera de Madrid y las emociones habían sido demasiadas. Pensó que quizás se había equivocado al salir del hotel y debería haberse quedado descansando. Decidió dejar el resto del paseo para otro momento.

Ya no era verano y, aunque aún no hacía demasiado frío, solo deseaba sentarse en algún sitio y recuperar fuerzas. Entró en un bar

de aspecto aceptable y se conformó con un pincho de tortilla y una cerveza.

Al regresar al hotel, se desvistió sin encender todas las luces, dejó la ropa sobre una silla y se metió en la ducha. No fue consciente de cuánto la necesitaba hasta que el agua tibia comenzó a descender por su cuerpo. Permaneció inmóvil durante varios minutos, como si el agua pudiera también arrastrar el cansancio.

Después, sin apenas secarse más que el pelo, cogió la caja de madera y se tumbó desnuda en la cama, dejando el edredón a un lado. La calefacción estaba demasiado alta, pero le reconfortaba sentir el aire cálido sobre la piel aún húmeda.

Abrió la caja. Allí estaba todo: la nota, el pasaje, el viejo reloj y los billetes cuidadosamente doblados. Repasó la fotografía con esas tres mujeres y solo dos rostros, que parecían mirar desde un tiempo remoto. *¿Quiénes eran las que acompañaban a su tía? ¿Qué las unía? ¿Qué papel jugaba Julia en ese trío?*

Estaba cansada, pero no tenía sueño. Una parte de ella se preguntaba si no habría cometido un error al abrir aquella caja, y si no habría sido mejor dejarla donde estaba. Se puso una camiseta ancha y trató de dormir, pero al cerrar los ojos, la imagen de las tres mujeres regresaba, imperturbable. Y detrás, como capas, surgían otros recuerdos encadenados.

El zumbido del móvil la sacó de sus pensamientos. Se incorporó ligeramente y encendió la luz de la mesilla. Era de nuevo Irene, esta vez un mensaje de voz. Clara sonrió al reconocer el tono rápido y algo nervioso que su amiga adoptaba cuando estaba inquieta o había tenido un día especialmente agitado.

—Hola, Clarita. ¿Todo bien en la casa encantada? ¿Has encontrado un diario con confesiones o solo polvo y secretos de familia? Llámame cuando puedas. Ciao.

Irene era una de las pocas personas con quienes había conectado de verdad desde que entrara a trabajar en el área de cultura del

ayuntamiento, hacía cosa de un año. Ella no trabajaba allí —era periodista en un diario de prestigio—, pero mantenía un contacto frecuente con el departamento, y así fue como se conocieron.

No era una amiga de toda la vida, pero en los últimos meses se había convertido en una presencia constante, alguien con quien hablar sin tener que traducir lo que sentía ni protegerse tras frases convenientes.

Tenía claro que no lograría dormirse hasta que el cansancio se impusiera de verdad, así que decidió llamarla; pero antes sintió la obligación de avisar a su madre de que había llegado bien.

La relación entre madre e hija nunca fue sencilla, pero tampoco se podía llamar tensa. Siempre estuvo marcada por un afecto contenido. Estefanía, a diferencia de Julia, era más recia y reservada, y había ejercido la maternidad con una mezcla de disciplina y discreción, prefiriendo demostrar su cariño mediante hechos más que con palabras.

Mientras su padre vivió, el ambiente familiar fue cálido, incluso alegre; pero, tras su muerte, su madre se volvió más taciturna. Las enfermedades —reales o imaginarias— pasaron a ser su único tema de conversación, y mostraba un desinterés absoluto por todo lo que tuviera que ver con ella: su trabajo, sus amistades o sus asuntos sentimentales.

Hacía ya un año que Clara había decidido abandonar la casa materna —ya era hora de que cada una aprendiera a sostenerse por sí misma—, pero, aun así, no podía dejar de sentir cierta culpabilidad al dejarla sola. De ahí que se viera en la obligación de cumplir con esas llamadas, casi protocolarias, cuando estaba fuera o pasaban varios días sin hablar.

—Hola, mamá. Solo te llamaba para decirte que ya estoy aquí.

—Ah, vale. Me alegro. ¿Has tenido buen viaje?

—Sí, tranquilo. Sin problemas.

—¿Has podido abrir bien? ¿Cómo te has encontrado la casa?

—Bien, sí... Bueno, ya sabes, con polvo y olor a cerrado, pero bien.

—Ya me hago cargo. Yo creo que esa casa no se ha ventilado nunca. Y, por lo demás, ¿todo bien? ¿Funciona el agua caliente?

—Sí, sí, todo bien, no te preocupes.

Clara hizo una breve pausa y dudó si despedirse o decir algo más. No quería entrar en detalles, pero tampoco pudo evitar una frase suelta, casi lanzada al aire.

—Lo único es que... revisando algunas cosas... he encontrado una caja con... bueno... ya te contaré.

—¿Una caja? ¿Qué tipo de caja? ¿Qué había en ella? —preguntó Estefanía, intrigada.

—No, nada, una tontería. Ya te contaré.

—Ah. Bueno... si crees que es algo importante, ya me lo dirás.

—Sí. No te preocupes. Te dejo, que voy a ver si duermo un poco.

—Vale, cuídate.

En cuanto colgó de hablar con su madre, buscó a Irene en la agenda de contactos y pulsó el botón de llamada.

—Te llamo porque encontré algo extraño... aunque quizás ya sea un poco tarde —dijo, sin siquiera un saludo previo, como dando continuidad en su cabeza a la breve conversación con su madre y buscando en Irene la confianza que no tenía con ella.

—¿Extraño... tipo qué? ¿Testamento críptico? ¿Códigos secretos? ¿Ritual de invocación? —preguntó Irene, entre divertida y expectante.

—No, tanto no, jaja. Se trata de una caja... escondida en una librería, con una nota, una foto de tres mujeres y algunas otras cosas.

Irene aguardó unos segundos, esperando a que continuara.

—La nota es ambigua, pero... no sé. Me da la impresión de que la tía Julia quería que yo la encontrara. Es como si yo fuera la destinataria, como si quisiera indicarme algo. Además, lo que dice al final, "*Perdóname, espero que algún día puedas entenderlo*", me da un poco de mal rollo.

—Es algo raro, sí, pero... bah, seguro que simplemente guardaba recuerdos. La gente mayor hace esas cosas. Yo que tú no le daría mayor importancia, pero si empiezas a tener visiones o ver sombras que se mueven, llámame antes que a la policía, ¿vale?

—Vale. Gracias por el voto de confianza —dijo Clara, sonriendo. La voz de Irene siempre le resultaba reconfortante, aunque la curiosidad siguiera presente.

Después de colgar, sacó una foto con el móvil de la imagen de las tres mujeres. La amplió. Sí, una era Julia, no había duda, y la otra le resultaba inquietantemente contradictoria; había algo en esa sonrisa forzada, en la postura, que parecía sugerir que quería huir y, al tiempo, no podía alejarse de la escena. La tercera era solo un hueco, una promesa de alguien que, quizás, alguna vez conoció... o quizás no.

Esta vez quitó el sonido al móvil, pero la cabeza siguió dando vueltas. Sí, aquella caja era como una cápsula del tiempo, pero había algo en ella que no le resultaba inocente. Albergaba una oscuridad antigua, casi palpable. Clara lo presentía. Pareciera que Julia hubiera querido dejar algo atrás... algo demasiado incómodo para decir en voz alta. Algo que ahora quedaba suspendido, esperando a ser desentrañado.

3

A la mañana siguiente, bajó temprano a la pequeña cafetería del hotel. Pidió un café y una tostada. Aunque la noche anterior casi no había cenado, seguía sin apetito y apenas comió. Necesitaba salir, respirar, pensar.

Recorrió el centro sin rumbo fijo. El mercado comenzaba a despertar; en la plaza, los hortelanos colocaban sus cajas de fruta y verdura a la vista de los primeros compradores. Cruzó el puente de San Francisco y se detuvo frente a la iglesia, aunque no entró. Todo le parecía familiar y ajeno a la vez. Como una película ya vista, pero que ahora emitieran en un idioma desconocido y sin subtítulos.

Casi sin darse cuenta, volvió a pasar por la librería. Y entonces lo vio a través del escaparate. Allí estaba Martín.

Tras el mostrador, parecía hojear un libro. Había en él algo reconocible, pero también una solidez nueva, una seriedad que antes no estaba. Su cuerpo parecía más robusto, con los hombros más anchos. El rostro también había cambiado; ahora era más firme, con los rasgos marcados y una barba de dos días que parecía acentuar su transformación. Levantó la vista y sus miradas se cruzaron a través del cristal. Tardó un segundo en reaccionar. Luego sonrió, salió de detrás del mostrador, se acercó a la puerta y la abrió.

—Vaya. No imaginaba verte por aquí —dijo con una voz algo más grave de la que Clara recordaba.

—Yo tampoco estaba segura de encontrarte —respondió ella, algo azorada.

Él la observó con atención, como quien intenta recomponer una imagen perdida en el tiempo. Clara sintió su mirada recorrerla brevemente, quizás buscando en qué se había convertido aquella adolescente de casi dieciséis años que jugaba a parecer más madura de lo que era.

Había cambiado, claro. Ya no llevaba el pelo tan largo, ni esas camisetas con la cara de Amy Winehouse que tanto le gustaban. Ahora vestía ropa menos informal, incluso elegante dadas las circunstancias, pero aún conservaba esa manera de fruncir los labios cuando estaba nerviosa, ese gesto que lo había desarmado más de una vez.

—¿Quieres pasar?

—Sí, claro. Pero solo un momento.

Entró. La campanilla sonó con su reconocible sonido metálico. La librería seguía oliendo a papel y madera vieja. Nada parecía haber cambiado.

—¿Cuánto tiempo...? —dijo él, sin que Clara supiera si se trataba de una afirmación o una pregunta.

—Quince años.

Martín asintió despacio; parecía que le costara encajar el dato.

—Recuerdo que, cuando entrabas aquí, siempre ibas directa a la estantería de poesía.

—Claro, quería impresionarte. Y tú te reías de mis elecciones.

—No, qué va. Solo de la voz impostada que ponías cuando me leías algo.

Rieron brevemente, con la incomodidad propia de los reencuentros.

—Julia pasaba mucho por aquí, seguro que ya lo sabías —dijo él, taciturno.

—Lo daba por hecho. Era una lectora compulsiva. Como te puedes imaginar, es su muerte lo que me ha traído hasta aquí.

Martín asintió sin añadir nada más. No era necesario verbalizar sus condolencias. Señaló las dos sillas del pequeño rincón de lectura que seguía intacto en un lateral de la tienda, pegado al escaparate.

—Si quieres... podemos sentarnos un momento.

Clara aceptó con un gesto de agradecimiento, sentándose frente a él. El murmullo apagado de la calle y el leve crujido de la madera parecían envolverlos en esa atmósfera íntima que solo se da en los viejos lugares.

—Me alegra ver que sigues aquí —dijo Clara, mirando a su alrededor—. Recuerdo que ayudabas a tu padre en la librería.

Martín asintió, pero algo en su expresión se apagó.

—Murió hace ya unos años. Fue un proceso largo y doloroso. La enfermedad lo fue apagando lentamente. Desde entonces he llevado esto solo. Quiero pensar que mi padre tenía razón y que, en algún lugar, estará junto a mi madre.

Clara lo miró con una mezcla de sorpresa y pesar. Sabía que su madre había fallecido cuando él apenas era un niño, pero no imaginaba que, como ella, también hubiera perdido a su padre siendo tan joven.

—Lo siento. No tenía ni idea.

—Gracias. En cierto modo, tener la librería me ha ayudado a no perder el rumbo —añadió con una media sonrisa que no llegó a reflejarse en sus ojos.

—Supongo que todos encontramos nuestras formas de seguir adelante.

Él asintió.

—Aunque, en tu caso, imagino que regresar aquí debe remover muchas cosas. Por cierto, ¿cuánto hace que falleció tu tía Julia? Al menos tres semanas, ¿no?

—Un mes, para ser exactos. Fue repentino. Le falló el corazón. No tenía problemas de salud serios, o al menos no que supiéramos.

—Siempre fue muy reservada para todo.

—Sí... Aunque no tanto como para...

Clara se interrumpió, arrepintiéndose al instante de haber empezado esa frase. No tenía intención de mencionarle lo que había encontrado, pero ya era tarde.

—¿Para? —preguntó él, al ver que no continuaba.

—Encontré una caja escondida en su casa, ¿sabes? Estaba detrás de una fila de libros en la librería, y dentro había una nota, una foto antigua y algunos otros objetos.

Él se recostó en la silla, entrelazando los dedos sobre el pecho.

—¿Y qué decía la nota? —preguntó, notando la vacilación en Clara.

—Decía algo así como que debía conocerse la historia... y tengo la impresión de que se refería a mí. Pero no lo sé. Era un mensaje bastante críptico. Al final, pedía perdón.

Martín ladeó la cabeza, evaluando sus palabras. La miró fijamente; sus ojos oscuros contenían algo que Clara no lograba descifrar. Dejó pasar unos segundos antes de hablar.

—La verdad es que no me sorprende.

—¿Por? —preguntó Clara, sorprendida.

—Bueno, en un pueblo como este, hay cosas que se oyen, se murmuran, aunque nadie se atreva a decirlas en voz alta.

Clara arqueó una ceja, desconcertada.

—Cuando era niño, ya se oían rumores extraños sobre aquella casona —continuó Martín, mirando hacia la calle—. La gente del pueblo le tiene cierta... superstición.

—¿Superstición? No te entiendo.

—Sí... seguro que es solo un rumor, pero a mi padre nunca le hizo mucha gracia que nos viéramos tu y yo, y menos que me acercara por allí cuando nos conocimos. Nunca supe bien por qué.

Ella se irguió ligeramente, sorprendida por la respuesta.

—A ver, Martín, ¿de qué me estás hablando? Yo solo he venido a tomar posesión de la casa y me topé con esa caja que, lo admito, despertó mi curiosidad... y ahora tú me sales con todo un entramado de chismorreos e historias de viejas. Además, nunca me dijiste nada de todo eso entonces, ni de lo que pensaba tu padre.

—No, claro, ¿cómo te iba a decir nada? Entonces habría hecho caso a cualquiera menos a mi padre, pero tampoco creo que sean solo historias de viejas.

Clara no sabía si preguntar más o cambiar de tema, porque la conversación comenzaba a tomar un rumbo que no le estaba gustando en absoluto. Pero Martín continuó:

—Según le oí comentar en alguna ocasión, Julia no fue solo la tía amable que tú conociste —dijo, evitando mirar a Clara directamente—. No descartaría que hubiera cosas sobre ella que formaran parte de esa historia que debía conocerse, y de la que hablaba la nota.

—¿Y tú sabes algo de esa historia, claro? —preguntó Clara, entre intrigada y burlona.

Él se pasó una mano por el pelo y se rascó la nuca, dubitativo.

—No, claro que no, pero no descarto que en algún momento... pasara algo raro en relación con tu tía o con la casa.

—¿Algo raro? Pero, ¿de verdad crees que mi tía Julia podía tener algo que ver con algún misterio? Y además... no sé, ¿qué relación puede tener todo eso con lo que encontré en la caja? Es más, vete a saber si todo eso tiene alguna relación conmigo. ¿Crees que puede tenerla?

—No tengo ni idea. Tú eres la que lo ha sugerido, pero, por tu expresión y el interés que parece mostrar, me da la impresión de que así lo piensas. No sé... si pudiera ver la foto, ¿la tienes aquí?

—No, pero le hice una captura con el teléfono.

Clara encendió el móvil y le mostró la imagen.

—De las tres mujeres en la foto —explicó—, la que está sentada es Julia, está claro. Y la de la cara borrada no hay manera de saber quién es, pero la tercera... ¿sabes quién puede ser?

Martín quedó pensativo, mientras se acariciaba la incipiente barba.

—Sí... y no. No sé quién es, pero hay algo en esa cara que me resulta familiar, como si la hubiera visto en algún lugar antes.

Clara sintió que esas palabras mitigaban poco la inquietud que empezaba a crecer en su interior. Al volver a mirar la fotografía, las caras parecían ahora adoptar un significado más profundo que el que tenían cuando la encontró.

Un silencio incómodo se instaló entre ellos. Ella miraba a Martín, intentando descifrar su expresión. Le costaba reconocer en el hombre que tenía delante, esbozando misterios, a aquel joven, apenas un par de años mayor que ella, con quien, tres lustros atrás, no compartía más enigmas que los de un fugaz amor de verano.

—Entiendo que te sorprenda oír todo esto. Solo puedo decirte que tengo la impresión de que el pasado de Julia no es solo tristeza y soledad. Puede que haya algo oculto, algo que involucre a más gente. Tal vez por eso dejó solo esas pistas, y no toda la verdad, para no causar más problemas de los necesarios.

Clara se estremeció ligeramente, pero asintió sin saber muy bien a qué.

—Entonces tendré que ser cuidadosa —dijo, no sin un cierto tono socarrón, mientras que, al tiempo, comenzaba a sentir un atisbo de ansiedad y dudaba sobre la conveniencia de haberle mencionado algo de todo aquello. Además, había algo en su forma de hablar que le hacía preguntarse si él no sabía más de lo que admitía.

—No dejes nunca de serlo —añadió él—. En todo caso, ya sabes que puedes contar conmigo para lo que necesites.

Clara inspiró hondo.

—Gracias, Martín. Por ahora, creo que es más de lo que necesitaba escuchar.

Él apoyó su mano sobre la de ella, y esta la estrechó en respuesta.

Fue un gesto que la reconfortó. Aun después de tantos años, seguía existiendo un hilo que la conectaba con él, con aquel pueblo y con la casa, donde algunos secretos parecían querer empezar a despertar.

4

Clara deambulaba por las calles de Barbastro, todavía envuelta en el desasosiego que le había provocado la conversación con Martín. Las palabras seguían girando en su cabeza, insistentes como una melodía pegadiza que se niega a abandonarte.

Habían bastado unas pocas frases para que el pasado —que ya creía sellado en algún rincón remoto de la memoria— regresara con una nitidez perturbadora: las risas, las promesas apenas pronunciadas, el recuerdo de sus manos... En cambio, el tono enigmático con el que él había hablado no lo reconocía.

Sin rumbo claro, entró en una antigua cafetería de la plaza del Mercado. Pidió un café y se sentó junto a la ventana, tratando de ordenar sus pensamientos. Desde allí, decidió llamar a Irene para contarle lo ocurrido y compartir la inquietud que ya no podía ignorar.

Apenas sonaron dos tonos cuando esta respondió.

—Clara, justo pensaba en ti. ¿Cómo va la exploración en la casa encantada?

Clara sonrió a pesar de su intranquilidad.

—Ayer te conté lo de la caja por encima, pero han pasado más cosas... y estoy empezando a sentirme un poco incómoda con este tema.

Le narró con más detalle lo que había encontrado: la nota, la fotografía, el billete de autobús. Luego le habló de la conversación

con Martín, de las insinuaciones sobre su tía Julia, de esa especie de niebla que parecía envolver todo lo relacionado con la casa.

—Desde el principio tuve una sensación extraña con aquella caja, pero ahora... no sé, me está empezando a intrigar verdaderamente.

Irene tardó un poco en responder y, cuando lo hizo, su tono fue más cauteloso de lo habitual.

—No sé, Clara. Las casas viejas guardan secretos, y las familias también. Pero no te obsesiones demasiado. En los pueblos, las historias se deforman con facilidad, aunque entiendo que te pique la curiosidad.

—Además, me da la impresión de que Martín sabe más de lo que dice. Vive aquí, conoce a todo el mundo... y en la librería, seguro que la gente se le confía y le cuenta cosas.

Hubo una breve pausa.

—Nunca me habías hablado de él. ¿Le conocías de antes?

Clara dudó un instante.

—Sí... más que conocerle, la verdad. Durante aquel verano que pasé aquí, él y la tía Julia fueron mis únicos puntos de apoyo. Además... bueno, tuvimos algo. No sé ni cómo llamarlo. Supongo que fue una mezcla de primer amor y amor de verano. Muy tópico, ya lo sé.

—Tópico o no, parece que te marcó. Y respecto a lo que insinuó sobre tu tía... ¿qué fue exactamente lo que te dijo?

—Que tal vez no era solo la mujer dulce que yo recordaba. Que puede que hubiera cosas... oscuras, o al menos silenciadas, que ocurrieron hace años. Y que podrían estar relacionadas con ella.

Irene soltó una risa leve.

—Vaya. La tía Julia en versión sombría.

—Eso mismo pensé yo.

—¿Quieres que te ayude a investigar? —preguntó Irene.

—¿Tú podrías?

—Claro que sí. Conozco gente, te recuerdo que trabajo en un periódico y tengo buena memoria. Si hay algo que pueda encontrar o recordar, lo haré. Pero...

—¿Pero?

—Solo te pido una cosa, Clara: no te impliques demasiado. Te conozco... cuando algo te ronda la cabeza, no sabes parar. Y no siempre compensa saberlo todo.

Tras colgar, comprobó la hora. Dudó si quedarse a comer allí mismo o seguir caminando. Al final pidió algo ligero y, después, salió de nuevo a la calle. El aire del mediodía le sentó bien. Pasó por la calle Argensola y se desvió hacia una pequeña plaza donde, según recordaba, había una vieja tienda de plantas y semillas.

El negocio seguía allí, y en la puerta una anciana estaba sentada junto a un expositor con ramos sencillos. Clara se acercó.

—Qué flores tan bonitas. ¿Las prepara usted?

—Sí, hija. Muchas son silvestres; las recojo yo misma cuando el tiempo lo permite.

Clara tomó un pequeño ramo de margaritas.

—Me recuerdan a las flores que solía tener mi tía Julia en el jardín. Ella tenía un gran amor por sus plantas, ¿sabe usted?

La anciana levantó la cabeza y se quedó un instante contemplándola, pensativa, antes de añadir:

—Ah, Julia, ¿la de la casona?... sí, la recuerdo... hasta te puedes dar un aire.

Tras dudar un instante, Clara se atrevió a preguntar:

—¿La conoció usted bien?

La mujer mantuvo la vista perdida unos segundos; parecía que le costara encontrar las palabras para expresar su recuerdo.

—¿Conocerla bien...? No creo que nadie la conociera bien del todo... y quizás fuera mejor así.

—Solo me gustaría saber quién fue realmente —dijo Clara con suavidad—; yo apenas pasé un verano aquí con ella.

La mujer negó con la cabeza.

—A veces es mejor quedarse con la idea que uno tiene de las personas, aunque no sea del todo cierta.

Sin añadir más, se levantó y entró en la tienda, dejando a Clara sola en la plaza, sorprendida por la abrupta despedida.

Regresó al hotel con más preguntas de las que ya tenía al salir. En la habitación, volvió a abrir la caja y recorrió con la mirada cada objeto, sin tocarlos. Apoyó la espalda en el cabecero y dejó que los pensamientos volaran, desordenados, por su mente.

Empezaba a intuir que aquel verano de hacía quince años no había sido tan simple como lo recordaba. Y que la historia en torno a la tía Julia contenía muchas más sombras de las que jamás habría imaginado.

5

Necesitaba tener un plan. Irene tenía razón porque, cuando algo se le metía en la cabeza, le costaba dejarlo estar, y aquella historia tenía todos los visos de hacerlo. Estaba claro que su estancia allí se iba a prolongar más de lo previsto, y quedarse en un hotel, además de costoso, le resultaría incómodo.

Por eso, aunque no terminaba de sentirse preparada, sabía que no le quedaba otra opción que regresar a la casona e instalarse en ella. Pero no tenía prisa por hacerlo, así que esa mañana se demoró hasta el límite permitido para hacer el *check-out*, antes de abonar la cuenta y emprender el camino de regreso.

Al cruzar de nuevo el umbral, la casa ya no le pareció la misma que había visitado un par de días antes, mucho menos la que había conocido aquel verano. A la luz de lo que había ido descubriendo, aquella vieja casona le parecía ahora más enigmática que nunca.

Cada rincón, cada sombra, parecía ocultar secretos que se resistían a salir a la superficie. Lo que antes había sido un refugio cargado de recuerdos tranquilos se convertía ahora en un guardián de historias que quizá preferiría no conocer.

Volvió a sentir la misma prevención de entrar en el dormitorio principal, y mucho menos se atrevió a hacer uso de él; la sola idea le resultaba abrumadora, demasiado cercana a aquello para lo que aún no estaba preparada.

El recuerdo de su tía —siempre cariñoso y afectuoso— ahora, de pronto, comenzaba a mezclarse con una sombra de duda. Nunca se le había dado bien mantener relaciones con personas a las que veía poco, y con el tiempo las llamadas se habían ido espaciando hasta casi desaparecer. Esa distancia, unida a lo que había ido descubriendo, le hacía cuestionarse cuánto conocía realmente a la tía Julia.

En realidad, al regresar a la casona, se dio cuenta de que recordaba mejor la casa que a la propia tía. El silencio sepulcral que reinaba tras sus gruesas paredes, lejos del bullicio del pueblo, le hacía sentir que aquel lugar vivía a su propio ritmo, casi ajeno a los vaivenes de la vida exterior.

Finalmente, se dirigió a la habitación que había ocupado aquel verano, en un extremo de la planta. Era un refugio más pequeño, pero menos ominoso.

El cuarto estaba tal y como lo recordaba. Las cortinas gastadas se movieron con la brisa que se colaba al abrir la ventana, el papel pintado mostraba el desgaste del tiempo, y la vieja lámpara parecía esperar pacientemente en la mesilla, aguardando a ser encendida. Sobre la cama, hasta la manta doblada parecía conservar aún las arrugas de aquel verano.

La habitación parecía detenida en el tiempo, como si nada hubiera cambiado desde la última vez que la pisó. Pero esa familiaridad no la tranquilizaba. Bien al contrario, la hacía consciente de que la casa, con todas sus paredes y rincones, conservaba secretos que aún aguardaban a ser revelados.

Clara se dedicó a poner en orden la habitación y el baño contiguo. Había remoloneado demasiado rato en la cama del hotel y se le había pasado la hora del desayuno; como entonces no tenía demasiado apetito, lo había ignorado. Ahora, sin embargo, empezaba a sentir el hambre acumulada y el desajuste que le provocaba la ansiedad de los últimos días.

Además, necesitaba comprar algunas cosas y, sobre todo, volver a hablar con Martín; por el momento, era la única persona allí a quien recurrir. Tampoco le apetecía ponerse a cocinar, otro motivo más para regresar al pueblo.

Aunque aún faltaba para el atardecer, oscuros nubarrones anunciaban lluvia, haciendo que el sol perdiera fuerza y tiñendo la tarde de un matiz grisáceo. Por eso, aunque la distancia que separaba la casona del centro del pueblo era la de un cómodo paseo, optó por volver en coche.

En el pequeño restaurante al que entró, se mezclaba el bullicio de quienes aún alargaban la sobremesa con los recién llegados que ya festejaban el final de la jornada. Observaba a los lugareños con atención, buscando en sus gestos alguna señal, alguna palabra que encajara en ese difuso rompecabezas que estaba empezando a armar.

Algo más tarde, ya con el estómago lleno y la mente más despejada, se dirigió hacia la librería de Martín. Afuera, los últimos instantes de luz comenzaban a desvanecerse, y él probablemente cerraría pronto. Cuando llegó, la lluvia empezaba a caer en finas gotas que golpeaban el asfalto, mezclándose con el olor a tierra mojada.

Al entrar, la librería la recibió con su habitual quietud solemne. El aroma del papel y la madera se combinaba ahora con el olor a ozono que la lluvia traía consigo. Martín estaba subido a una pequeña escalera, colocando libros en los estantes superiores. Al verla, bajó con una media sonrisa en los labios, un punto burlona.

—Te estaba esperando... —dijo bromeando—. No, ya en serio, no me extraña que hayas vuelto. Hay demasiadas preguntas sin respuesta, ¿verdad?

Clara asintió. Martín dejó la escalera a un lado y le hizo un gesto para que se sentaran en el rincón de lectura, ese pequeño refugio entre estanterías repletas de historias.

En cuanto lo hicieron, Clara sacó del bolso no solo la descolorida fotografía, sino también la nota manuscrita, el reloj, los dos billetes y el pasaje de autobús. Esta vez había preferido llevar consigo los objetos originales, en lugar de enseñarle una simple fotografía en el móvil.

Martín tomó los papeles con delicadeza y los colocó frente a él. Sus ojos se fijaron, sobre todo, en las fechas de la fotografía y del billete de autobús; ambas eran de mayo de 1995, separadas por unos pocos días. Frunció el ceño, pensativo.

—¿Te sugieren algo? —preguntó Clara al verle tan concentrado.

—Esto... puede servirnos para empezar por algún sitio —dijo al fin, levantando la vista hacia ella—. Mi padre coleccionaba *El Cruzado Aragonés* y algunos boletines comarcales. Nunca los tiraba —añadió, con una mezcla de disgusto y alivio por que finalmente no se hubiera deshecho de ellos—. Podríamos mirar los ejemplares próximos a esas fechas.

Clara asintió, ilusionada por tener algún hilo del que empezar a tirar.

Martín continuó revisando los otros objetos: los billetes y el reloj. Le parecían piezas sin significado aparente, quizás solo útiles para situar cuándo se ocultó la caja. El reloj, de tamaño pequeño, parecía de señora, aunque tampoco sugería nada concreto.

—Marca las once menos cuarto —comentó Clara—. Quizá tenga algún significado... o quizá no.

Martín hizo un gesto de no saber, se puso en pie con la fotografía en la mano y le indicó que lo siguiera hasta las estanterías donde se alineaban numerosos tomos de tapas duras, encuadernados en azul. En el lomo de cada uno figuraban año y mes.

—Mira, aquí están los periódicos y boletines de los años noventa —dijo, señalando las baldas donde se encontraban los volúmenes correspondientes.

No le costó localizar los doce tomos del año 1995. Cada volumen reunía los números del semanario publicados a lo largo de un mes, junto con varios boletines comarcales aparecidos en esas fechas. Clara lo observaba expectante, cada vez más tensa.

Finalmente, él extrajo uno de los volúmenes y lo colocó sobre una mesa cercana. De pie, inclinados sobre él, se pusieron a revisar su contenido sin saber exactamente qué estaban buscando.

Fue ella quien lo encontró en una de las últimas páginas de un ejemplar fechado el 19 de mayo. Su atención se detuvo en una nota. En ella se mencionaba el hallazgo del cuerpo sin identificar de una mujer joven en las afueras de Barbastro.

No se incluía fotografía ni se proporcionaba detalle alguno sobre su identidad. Tan solo se decía que no llevaba documentación y que, ante la ausencia de denuncias de desaparición, se desconocía quién era.

El cuerpo había aparecido en un área boscosa, pegando a un tramo abandonado de vía férrea. La noticia no se extendía más allá de ese escueto párrafo. Clara sintió un leve escalofrío. Mientras leía, su mente no podía evitar buscar conexiones que quizá no existían.

—¿Tendrá algo que ver con todo esto? —preguntó, intentando no precipitarse.

Martín se quedó pensativo unos segundos.

—No lo sé —dijo finalmente—. Las fechas son próximas, y en un pueblo como este no pasan demasiadas cosas a la vez. Tendremos que comprobarlo con calma.

Clara asintió, aunque no pudo evitar que su mente siguiera saltando de la noticia del cuerpo aparecido a la fotografía y al billete de autobús. Tras unos segundos, se atrevió a preguntar:

—¿Crees que podría tratarse de alguna de las dos mujeres que aparecen junto a la tía Julia en la fotografía?

—Es muy prematuro para aventurar nada. Es verdad que ese billete de autobús es de solo dos y lo días antes, pero probablemente no sea más que una coincidencia.

—En todo caso, la mujer que aparece en esta foto —continuó, señalando a la tercera figura, la que no era Julia ni la del rostro arañado— tiene algo en la expresión que no consigo apartar de la cabeza desde que me la enseñaste el otro día. Cada vez estoy más convencido de haberla visto en alguna otra fotografía.

Clara tomó aire, intentando apaciguar la inquietud que comenzaba a acumularse en su interior.

—Como no tenemos ninguna certeza, quizá deberíamos centrarnos en esa mujer e intentar descubrir quién era, porque si...

—Espera... ahora que me fijo —interrumpió Martín, señalando el brazo de la mujer en la foto.

—¿Qué pasa? —preguntó Clara, viendo cómo él sacaba una enorme lupa del cajón de la mesa en la que estaban.

—La calidad de la fotografía es muy mala, está borroso y es imposible asegurarlo, pero apostaría a que el reloj que lleva la mujer de la derecha...

—... es el que apareció en la caja —completó Clara.

—La verdad es que hay que echarle mucha imaginación, pero sí, podría ser.

—Creo que tendría sentido. Es algo sin fundamento, pero mi intuición me dice que el cuerpo del periódico podría ser el de esa mujer y que también era suyo el billete de autobús. Habría que averiguar si, de ser así, llegó finalmente a viajar a Zaragoza y...

—Espera, espera. No te aceleres, que te conozco —interrumpió Martín—. ¿No crees que estás aventurando demasiado? No tenemos ninguna prueba de todo eso.

—Sí, ya lo sé —continuó Clara, sin hacer demasiado caso al comentario—. Pero si se tratara de ella, mi tía podría haber sabido algo o incluso haber jugado algún papel en todo esto.

—O también es posible que no haya conexión alguna o que nunca llegara a saber nada.

Continuaron hojeando el tomo con creciente avidez, por si encontraban alguna otra noticia que pudiera tener vinculación. Pero no vieron nada más. Clara insistió en revisar también el año siguiente, por si acaso. Tampoco allí apareció referencia alguna. Se diría que aquel incidente aislado hubiera quedado deliberadamente relegado al olvido.

Clara le pidió permiso para fotografiar el recorte. Luego se despidió, no sin antes prometer que volvería a la mañana siguiente.

En la calle, la noche había caído ya por completo. Se detuvo bajo una farola, sacó el móvil y, por impulso, llamó a Irene.

—¿Qué ha pasado? —preguntó su amiga, notando la tensión al otro lado de la línea.

—He encontrado algo... Bueno, Martín me ha ayudado a encontrar algo. Una noticia antigua. De una mujer sin identificar, hallada muerta cerca de aquí, justo unos días después de la fecha que figura en el billete de autobús que estaba en la caja de mi tía. Y esa mujer... podría ser la tercera de la foto.

Hubo un breve silencio.

—¿Estás segura? ¿Y qué sabes de ella?

—No, no estoy segura y no sé nada. Ni siquiera su nombre. Martín dice que le suena su cara, pero no consigue ubicarla. También podría tratarse de la otra mujer, la que aparece con el rostro borrado... o ninguna de las dos.

—¿No te estarás precipitando, Clarita? —intervino Irene, con ese tono que bien reconocía, mitad broma, mitad advertencia.

—Seguramente, pero necesito aclarar este asunto, y es aquí donde te pido esa ayuda que me ofreciste. Que me digas si podrías investigar algo. No sé cómo ni por dónde empezar. Quizás buscando en archivos de la época, obituarios, crónicas policiales, desapariciones sin resolver... cualquier cosa.

—Sí, está bien, pero dame un tiempo. Te advierto que, si se trata de una desconocida sin nombre, no va a ser fácil.

—Lo sé. Pero tú tienes mejores contactos que yo, y necesito saber algo más. El hecho de que haya una persona muerta cambia totalmente el panorama y, lo solo era un simple misterio, ahora adquiere mayor envergadura.

Irene suspiró.

—OK. Te avisaré si encuentro algo. Por cierto, envíame por el móvil, si te acuerdas, fotografías con todo lo que había en la caja. Así podré examinarlo yo también con calma.

—Claro, ahora en un rato te lo envío.

Clara colgó y volvió a mirar la imagen del periódico que acababa de capturar, conteniendo la respiración. En realidad, no sabía si todo aquello no era más que una fábula que ella misma estaba construyendo en su cabeza. Quizá sí había ocurrido algo, pero nada tenía que ver con su tía, y mucho menos con ella.

Aun así, su mente no podía dejar de dar vueltas, y su intranquilidad no había parado de crecer. Por primera vez, tenía la sensación de que algo terrible había ocurrido realmente; algo que, quizás, su tía había querido enterrar y que ahora, después de tantos años, pedía ser devuelto a la luz.

6

El hallazgo del artículo en el archivo de Martín fue una nueva sacudida en los ya de por sí convulsos días que Clara vivía desde su llegada. Si algo definía su estancia en Barbastro era la sensación de caminar sobre un terreno inestable, donde cada paso parecía remover algo enterrado demasiado hondo. Y, sin embargo, allí seguía; empujada por una mezcla de necesidad y curiosidad.

Aquella noche tuvo un sueño intranquilo. La imagen de la nota periodística y el rostro de la mujer desconocida de la fotografía se superponían en su mente una y otra vez. A ratos le parecía una locura seguir profundizando en aquel asunto. ¿Y si todo no era más que una coincidencia? ¿Y si el intento de unir piezas dispersas acababa por arrastrarla a una historia que no quería conocer? ¿Por qué no vendía la casa sin más y se olvidaba de todo aquel embrollo?

A la mañana siguiente, Clara decidió no mover el coche y acercarse dando un paseo hasta el centro del pueblo. El cielo encapotado cubría las calles con una luz apagada que suavizaba los contornos de los edificios. Cuando llegó a la librería, Martín estaba en el mismo lugar en que le encontrara el día anterior, subido en la escalera.

Al oírla entrar, giró la cabeza hacia ella. Su expresión era más seria que de costumbre, aunque en sus ojos brillaba una chispa que Clara no pudo interpretar con claridad.

—Has dormido fatal —dijo él, sin rodeos—. No hace falta que lo digas.

Clara se encogió de hombros.

—No he dejado de pensar en esa mujer. En si se trata de la que encontraron muerta. Y en si mi tía sabía algo.

Martín devolvió con parsimonia a su lugar el libro que tenía entre las manos y bajó de la escalera para acercarse al mostrador.

—Yo también he estado dándole vueltas. Es muy extraño que no hubiera ninguna noticia posterior en los periódicos, pero, si apareció muerta, alguien tuvo que encargarse del caso. Y, en buena lógica, sería la Guardia Civil.

Clara asintió. Ella misma lo había pensado, pero no sabía a quién acudir ni cómo hacerlo sin llamar demasiado la atención.

—¿Tú no conocerás a alguien que estuviera entonces en el Cuerpo?

Martín quedó pensando unos segundos.

—No sé... Mi padre tenía amistad con varios guardias, pero después de su muerte todo eso se fue diluyendo. Ni siquiera sé si alguno de aquellos seguirá destinado por aquí.

Hizo una breve pausa.

—Aunque... espera. Sí sé de uno que todavía vive aquí, en una finca cerca de Estadilla. Es un brigada ya jubilado que se llama Gabriel Tena. Recuerdo que era muy meticuloso y si alguien puede conservar algún detalle de entonces, seguramente sea él. Puedo intentar localizarlo.

Clara agradeció la propuesta, aunque una parte de ella seguía alerta. Martín la estaba ayudando, sí, pero había en él una sombra difícil de definir. Parecía arrastrar consigo una historia que aún no quería compartir.

—¿Crees que podríamos ir a hablar con él? —preguntó ella, intentando disimular su impaciencia.

—Claro —respondió él, aunque su tono neutro y casi distante mostraba poco entusiasmo—. Incluso creo que hasta podría tener su teléfono. Espera, que lo compruebo.

Sacó su móvil y se puso a revisar la agenda.

—Cuando falleció mi padre copié la mayoría de sus números, por si algún día pudiera necesitarlos para la librería... Sí, mira, aquí está. Le llamo y así confirmamos si está y puede recibirnos.

Tras marcar el número, y mientras dejaba sonar un par de timbrazos, Martín se apartó unos pasos, como queriendo mantener la privacidad de la conversación. Clara creyó oír una voz grave y seca al otro lado, pero no logró captar nada más. Tras unos segundos, él se despidió y colgó.

—Dice que está en casa y que nos espera ahora, si queremos ir. No parece muy contento con la visita, pero tampoco nos ha cerrado la puerta. Como no creo que venga mucha gente a esta hora y no tardaremos mucho, voy a poner el cartel en la puerta y dejo la tienda cerrada un rato. Más tarde, seguro que tengo más lío.

—Tampoco quiero molestarte. Seguro que tienes cosas que hacer...

—No, no te preocupes. Vamos en mi coche que lo tengo aquí al lado y volvemos en un momento.

Unos instantes después, salieron de la tienda. Mientras cruzaban la calle para alcanzar el vehículo, aparcado enfrente, Clara tuvo la extraña impresión de que alguien los observaba. Miró a su alrededor, pero no vio a nadie. Tal vez se tratara de un reflejo en una ventana, un movimiento al borde de su visión, o simplemente el peso de algo que no terminaba de encajar, pero fuera lo que fuese, aquello la dejó inquieta.

Durante el breve trayecto en el coche, fuera del pequeño mundo de la librería, les costaba encontrar las palabras. En un par de ocasiones, Clara intentó aligerar el ambiente con algún comentario

sobre su anterior estancia, pero Martín respondía con frases cortas, como si tuviera la cabeza en otra parte.

Mientras giraba el volante para tomar un desvío, su brazo rozó levemente el de Clara. La simple cercanía del contacto la recorrió con una corriente de tensión tan inesperada como familiar, y por un instante, el aire entre ambos pareció cargarse de algo más que silencio.

Apenas un par de kilómetros después de salir del pueblo, a la derecha, tomaron un camino estrecho y polvoriento. El coche avanzaba con dificultad entre baches y zarzas hasta detenerse frente a un portón oxidado. Detrás, se alzaba una casa baja, con tejas desgastadas y un pequeño porche al que intentaba dar sombra una parra reseca. Clara bajó del coche y tuvo la sensación de encontrarse en un lugar diferente, donde el tiempo pareciera moverse a otra velocidad.

Gabriel Tena los esperaba en el umbral, apoyado en un bastón de madera. Era un hombre enjuto, de piel curtida y ojos pequeños y desconfiados. Vestía ropa sencilla, pero limpia —más de lo que cabría esperar a tenor del estado de la vivienda—. A buen seguro, se había acicalado para la ocasión. Sus gestos parecían cautos y medidos.

—Ya hacía tiempo, Gabriel. Gracias por recibirnos —dijo Martín, acompañando el saludo con un leve cabeceo.

El exbrigada dirigió una rápida mirada a Clara.

—¿Y ella? —preguntó, con evidente muestra de disgusto, dejando claro que Martín no le había dicho que le acompañaría.

—Es Clara Morell —aclaró—. Sobrina de Julia Latorre... la de la casona. Está... intentando averiguar algunas cosas sobre su familia. Nada oficial, solo curiosidad personal.

Tena no respondió de inmediato y su mirada se endureció apenas un segundo; se diría que el apellido Morell había activado en su

interior un mecanismo de defensa.

—Pasad. Podemos hablar un rato dentro.

La casa olía a madera quemada y a tabaco. En una mesa, bajo la ventana, había una radio portátil, un cenicero lleno de colillas y una taza vacía. Se sentaron en sillas de mimbre. Clara notó que Tena no les ofreció nada, ni café ni siquiera un vaso de agua. Estaba claro que no era una visita de cortesía y que él tampoco tenía intención de que se prolongara demasiado.

—Perdóneme si voy directa al grano, señor Tena, pero Martín dice que usted estuvo activo en la Guardia Civil durante los años noventa —comenzó Clara, consciente de que no tenía mucho sentido andarse con frases protocolarias.

—Verá —continuó—, hemos encontrado una vieja noticia en un diario sobre la aparición, cerca de aquí, del cadáver de una mujer en 1995. No se mencionaba su nombre ni se ofrecían más detalles, y nos gustaría saber si usted pudiera aportarnos alguna información al respecto... sobre quién era o si habría alguna circunstancia que pudiera sernos de utilidad.

—Claro que me acuerdo de la aparición de aquel cadáver —**continuó** Tena—, pero, si os soy sincero, no recuerdo más detalles sobre la víctima. No teníamos ni su nombre ni ninguna pista clara que permitiera identificarla.

Clara no pudo reprimir un ligero gesto de disgusto, frustrada ante una respuesta tan vaga como evasiva. Echó mano al bolso y sacó el móvil para mostrarle la fotografía de las tres mujeres.

—¿Y tampoco sabría si esta mujer —dijo, señalando a la que aparecía junto a Julia— podría ser la misma que apareció muerta?

El exbrigada apretó los labios y tardó un instante en reaccionar. Sus manos se cerraron sobre los reposabrazos de la silla por un momento antes de relajarse de nuevo.

—Han pasado muchos años —dijo, con evidente incomodidad—. No podría asegurarlo... no sabría confirmarlo.

Fue Martín quien intervino, como si intuyera que no iban a obtener más por ese camino:

—¿Y la investigación? ¿No hubo ningún sospechoso? ¿Nadie a quien se le siguiera la pista?

—Tuvimos sospechas, claro, pero nunca llegamos a nada concreto. No era el único caso que recababa nuestra atención. Lo siento, pero no puedo decirles mucho más. Con el paso del tiempo, no apareció nada de lo que tirar y el caso se enfrió.

Clara sintió que había algo más, un secreto que Tena no quería compartir. Su postura rígida, la forma en que desviaba la mirada, todo indicaba que o les estaba mintiendo o no les estaba contando todo lo que sabía.

—Si hubiera algo que debamos saber —insistió ella con suavidad—, cualquier pista, cualquier detalle... ayudaría.

El exbrigada negó con la cabeza, con cierto gesto de cansancio.

—Lamento no poder ayudarlos más. Solo sé que aquella mujer jamás fue identificada. Y que su historia, como tantas otras, quedó enterrada bajo el peso del tiempo y el polvo de los archivos.

Martín asintió, con un atisbo de sonrisa ante lo grandilocuente de la frase, y se puso en pie.

—Gracias por tu tiempo, Gabriel. Si recuerdas algo más, por favor, háznoslo saber.

Al salir, Clara respiró hondo, aún inquieta. La visita no solo no había arrojado luz, sino que la sensación de que el misterio era más profundo de lo que parecía se intensificaba.

Mientras caminaban hacia el coche, Clara echó un vistazo a su móvil. Varias llamadas perdidas de Irene le hicieron darse cuenta de

que se había olvidado de volver a activarlo y lo había dejado en silencio. Tras los avisos de las llamadas, vio un mensaje de WhatsApp. Lo abrió:

"He encontrado algo importante. Llámame en cuanto puedas."

7

Al llegar de nuevo al pueblo, el sol estaba en todo lo alto, dejándose ver entre las nubes y proyectando una luz cálida sobre las calles y los viejos edificios. Clara sentía como el cansancio le pesaba en los párpados, fruto de la mala noche pasada y del estrés acumulado de los últimos días.

Tras aparcar el coche, comenzaron a andar de forma automática hacia la librería, donde Martín había dejado colgado el cartel de "Vuelvo en unos minutos". Pero Clara no tenía demasiadas ganas de regresar allí; estaba deseando quedarse a solas para poder llamar a Irene, una conversación que, por algún motivo, prefería mantener en privado.

—¿Quieres que vayamos a comer juntos? —le preguntó Martín—. Ya es casi la hora, y si quieres, vamos un momento a la librería, compruebo allí un par de cosas y nos acercamos a comer algo.

Clara dudó un instante, pero mantuvo su primera intención.

—Te lo agradezco, pero, si no te importa, prefiero comprar unas cosas que necesito y volver a casa. Comeré algo rápido y aprovecharé para echarme una siesta. Hoy he dormido fatal y, además, necesito ordenar un poco todo... incluida mi cabeza.

Martín la miró con una expresión de preocupación no exenta de cierta decepción, pero no insistió. A Clara le costaba interpretar los gestos de ese nuevo Martín, tan pronto distante como solícito.

—Si quieres, te acompaño y te ayudo luego con las bolsas —ofreció, abundando en esta última faceta.

—No, no te preocupes. Tengo el coche al lado del súper —mintió— y, además, prefiero estar un rato sola y descansar en cuanto pueda.

Él asintió, aceptando sus palabras sin reproches.

—Está bien, como prefieras. Cualquier cosa, ya sabes dónde encontrarme.

Se despidieron con un gesto breve y un tanto torpe, y se alejaron, cada uno envuelto en sus propios pensamientos.

La plaza del pueblo estaba tranquila, con pocos vecinos que paseaban o charlaban en las terrazas. Pero a Clara la envolvía una sensación incómoda, una mezcla de fatiga y ese leve cosquilleo de que algo no encajaba; pareciera que unos ojos invisibles la siguieran a cada paso. Era la misma sensación que había tenido unas horas antes, cuando se disponían a tomar el coche de Martín para visitar al exbrigada.

Al llegar al supermercado, trató de concentrarse en la lista mental de lo que necesitaba, comprando solo lo imprescindible para no cargar demasiado al regresar andando a casa.

Salió con una única bolsa en la mano y el breve trayecto de regreso lo hizo acelerando el paso, sin atreverse a mirar atrás e inquieta por esa sensación incómoda que la envolvía. Ni siquiera se permitió detenerse a encender el móvil y hacer la llamada pendiente a Irene; quería llegar a casa cuanto antes.

Ya en el interior, cerró la puerta con rapidez, como si ese simple gesto pudiera disipar la tensión acumulada en el aire. El habitual silencio reinante le resultó casi un alivio.

Se dejó caer en un sillón y, entonces sí, encendió el móvil. Volvió a leer el mensaje que Irene le había enviado un rato antes: “He

encontrado algo importante. Llámame en cuanto puedas”. No esperó más. Al tercer tono, la voz de su amiga apareció al otro lado:

—¡Por fin! —exclamó Irene al descolgar—. Pensaba que te habías olvidado de mí y me estaba empezando a preocupar.

—Perdona, ha sido una mañana larga y no he podido llamarte hasta ahora... Además, durante todo el camino de vuelta a casa... En fin, dime, ¿qué es eso tan importante que encontraste?

—Algo que podría cambiarlo todo. ¿Te acuerdas de la fotografía de las tres mujeres?

—Claro, ¿cómo no me voy a acordar?

—Vale, pues se la pasé a Javi, un compañero del archivo, que conoce bien la hemeroteca digital. Le pedí que me ayudara a buscar para ver si podíamos identificar a esa desconocida o encontrar algo en las noticias locales de la época.

Clara se irguió en el sillón, completamente alerta.

—¿Y...?

—Pues revisó primero todo lo publicado en la comarca durante los meses posteriores a la fecha que figura en la noticia del semanario, pero, al igual que vosotros, no encontró nada útil. Así que amplió el rango de búsqueda hacia atrás, y entonces apareció algo interesante.

Irene se interrumpió, dando a la revelación un cierto toque de misterio.

—En mayo de 1994, un año antes, ese mismo semanario —continuó—, *El Cruzado Aragonés*, publicó una nota sobre la llegada de nuevo personal sanitario al hospital de Barbastro. La noticia venía acompañada por una fotografía del grupo... y, bingo, entre ellos estaba esa mujer. Sin ninguna duda, era la misma que aparece en la imagen que me enviaste.

—¿Y figura el nombre?

—No, ahí no aparecía ningún nombre, solo la referencia a que las nuevas incorporaciones eran dos médicos y tres enfermeras. Aunque en la foto aparecían un total de siete personas. Supongo que las otras dos serían parte del personal directivo del hospital, o algo así.

—Vaya, qué lástima por...

—Calla, calla —interrumpió Irene—, porque la cosa no acaba aquí. Una vez con el dato de que se había incorporado en esa fecha, lo demás fue mucho más sencillo. Hice una llamada al propio hospital y, aunque no se mostraron demasiado colaborativos, metiéndoles un par de trolas acabaron por decirme los nombres de esas nuevas incorporaciones.

—¿Y sabes entonces su nombre? —preguntó Clara, cada vez más impaciente.

—Sí. Se trata de Nieves Rivas. Enfermera. Es la única posible, ya que las otras dos continuaron durante muchos años trabajando en el propio hospital. Lamentablemente, ambas fallecieron recientemente, por lo que poca información podemos sacar de ahí.

—¿Y de esta tal Nieves, se sabe algo más?

—Pues sí. Al parecer, según los registros internos del hospital, llegó procedente del hospital de Zaragoza. No era, pues, vecina de aquí y, lo más importante de todo, causó baja voluntaria en diciembre de ese mismo año, 1994.

—¿En diciembre del 94?

—Así es y por tanto estuvo tan solo unos meses trabajando allí. Ampliamos la búsqueda y no consta en ninguna otra institución sanitaria de la provincia desde entonces. De hecho, no consta en ninguna parte. Pareciera que se la hubiera tragado la tierra.

Clara permaneció unos segundos con el móvil pegado a la oreja, dejando que el nombre “Nieves Rivas” resonara en su mente. Luego,

como necesitando oírlo en voz alta una vez más para asimilarlo, recapituló:

—Entonces... esa tal Nieves Rivas estuvo trabajando en el hospital durante apenas unos meses y después... nada. Y ahora sabemos que es la misma persona que aparece en la fotografía junto a Julia y esa otra mujer sin rostro.

—Sí —respondió Irene al otro lado—. Y que, oficialmente, desapareció del mapa a finales del 94. No hay registros de ella después de eso, ni en centros sanitarios, ni en padrones, ni en ninguna parte.

Clara asintió, pensativa.

—O sea que tenemos a una mujer que llega de Zaragoza, trabaja en Barbastro unos meses, aparece en una foto con Julia y luego su rastro se borra por completo... Es demasiada coincidencia. Estaba implicada de algún modo; tenía una relación con ellas, es evidente. La pregunta es cuál.

—Todo eso está claro —añadió Irene—, pero se te olvida un detalle importante, Clarita, cuando se tomó la fotografía, el 12 de mayo de 1995, Nieves llevaba casi cinco meses fuera del hospital. Y de ese tiempo tampoco hay rastro suyo. No parece un simple cambio de ciudad o de trabajo, sino algo deliberado. Da la impresión de que alguien se hubiera encargado de borrar cualquier rastro.

Clara apretó los labios.

—El silencio de la gente, la caja oculta, esa fotografía que parece que nadie debía ver... Está claro que pasó algo muy gordo, algo que alguien se ha esforzado mucho en tapar durante años.

—Eso es lo que parece... ¿Qué vas a hacer ahora? —preguntó Irene.

—No lo sé aún, pero Nieves es una pista demasiado importante para dejarla pasar. Si descubro quién era o si, como sospecho, el

cadáver hallado aquí cerca era el suyo, quizá empecemos a entender lo ocurrido.

Irene respondió con un breve “ajá”, corroborando esa misma conclusión.

—Seguimos en contacto, entonces.

—Por supuesto. Gracias por todo, Irene. Menudo trabajazo.

Se despidieron y Clara dejó el móvil sobre la mesa. Siguiendo un extraño impulso, se levantó y dio un par de vueltas a la llave del reloj antiguo en la pared, asegurándose de que volviera a latir. Luego regresó al sofá y se detuvo un instante, escuchando el tic-tac.

Aquel nombre —Nieves Rivas— seguía rebotando en su cabeza como una clave esencial para entender el misterio.

8

Clara permaneció aún unos minutos hundida en el sofá, dejando que el viejo reloj acompasara el silencio de la casona, mientras el cansancio acumulado durante los últimos días pesaba en cada músculo y el revuelo de la conversación con Irene seguía dando vueltas en su cabeza.

En la cocina, preparó algo rápido para comer. A pesar de todo el trasiego, tenía hambre de verdad. Devoró una ensalada y un par de huevos fritos con la mente aún ausente. Después, se retiró al dormitorio, donde la cama le pareció una isla de paz en medio de aquel mar de incertidumbres. Se dejó caer sin pensarlo dos veces y cerró los ojos.

Mientras el sueño empezaba a llegar, sus pensamientos se arremolinaban. Apenas había empezado a vislumbrar la punta del hilo del que tirar en aquel misterio, y la sombra de la intranquilidad persistía, acompañada de esa extraña sensación de sentirse vigilada, sin que, en realidad, tuviera la menor prueba de ello.

Despertó casi dos horas después, con la agradable sensación de haber descansado por fin. La luz de la tarde se colaba por las rendijas de las contraventanas y reinaba la calma, apenas interrumpida por el rumor lejano de algún coche que pasaba por la carretera.

La casa se levantaba sobre una loma suave, desde donde apenas se veían un par de casas dispersas y alguna viña olvidada; el centro quedaba a una distancia asumible, lo bastante próxima como para

acercarse andando o tomar el coche, según el ánimo. Se sentía mejor. Más lúcida, más entera. Aun así, esa tarde no le apetecía nada volver a Barbastro ni encontrarse otra vez con Martín para contarle las novedades. Todavía no. Quizás mañana.

No sabía bien por qué, pero algo dentro de ella le pedía pausa. Tal vez aún no terminaba de confiar del todo en él. O tal vez era de sí misma de quien dudaba. Lo cierto es que había algo en él que la descolocaba. A ratos se mostraba abierto, casi afectuoso; y a ratos, en cambio, se volvía distante, como si guardara un secreto que no estaba dispuesto a compartir.

Y luego estaba esa otra sensación, más física, más difícil de admitir: el modo en que la miraba a veces, como desnudándola con los ojos, sin atreverse a dar un paso más allá. Y a ella... ¿le importaría realmente que lo diera? Aún no sabía la respuesta.

No, no tenía ganas de volver al centro del pueblo, pero tampoco le apetecía quedarse en la casona mirando las vigas del techo ni enfrentarse a sus propios pensamientos durante horas. Así que agarró las llaves, se subió al coche y empezó a conducir sin rumbo fijo.

Apenas salió del pueblo, reconoció el desvío. Era el mismo que esa mañana habían tomado ella y Martín para visitar la finca de Tena. Recordó la tensión del encuentro y la certeza de que ese hombre les había mentado u ocultado cosas. Sacudió la cabeza y siguió adelante, tratando de dejar atrás esos pensamientos.

Unos kilómetros más adelante, un cartel de carretera señalaba un desvío hacia un lugar llamado Costean. Sin pensarlo demasiado, giró. El nombre no le decía nada, pero de algún modo le resultaba atractivo como sonaba, y no tenía idea de lo que encontraría allí. Fue uno de esos impulsos pasajeros que uno sigue por intuición, dejándose llevar por algo que no sabe explicar.

La carretera era estrecha y llena de curvas, rodeada de campos de olivos centenarios y almendros jóvenes. Justo antes de llegar, una

báscula agrícola y dos bancos enfrentados coronaban un alto entre barrancos. Clara se detuvo. Desde allí, la aldea se divisaba claramente a sus pies, entre los campos que descendían suavemente, pintando un cuadro de calma rural.

Tras unos minutos sentada en uno de los bancos, respirando aquel aire con aroma a tomillo, volvió al coche y recorrió los pocos metros de carretera que la separaban del improvisado destino.

Costean le pareció, a primera vista, más deshabitado que tranquilo. La carretera no lo atravesaba. Simplemente moría allí. Aparcó junto a la iglesia y caminó por las calles, cubiertas de una capa de cemento gris y funcional, que dejaba poco espacio a la belleza.

Apenas una vuelta le sirvió para comprobar que no había bar, ni panadería, ni tiendas. Solo silencio, ventanas cerradas y el zumbido lejano de la motosierra de algún vecino que debía estar preparando la leña para el invierno.

Lo único abierto, sorprendentemente, era una pequeña biblioteca pública. Entró. Una mujer de unos sesenta y tantos, con el cabello blanco recogido en una gruesa trenza, la saludó, quitándose las gafas.

—Buenas tardes. ¿En qué puedo ayudarte? No hay mucho que ver por aquí a estas horas —dijo con una sonrisa, sin levantarse.

—Lo cierto es que venía buscando algún sitio donde poder cenar luego o tomar algo ahora —admitió Clara, improvisando una razón para justificar su presencia en el pueblo—. Pero ya veo que no va a ser fácil.

La mujer hizo amago de reír, antes de que una seca tos de fumadora se lo impidiera.

—Aquí no tenemos ni bar ni tienda, chiqueta —dijo—. Estaba a punto de cerrar e irme para casa. Si quieres, puedo ofrecerte algo de beber y un poco de queso. Monumentos y tiendas hay pocos por aquí, pero comida, eso sí, tenemos.

Clara dudó un momento, pero algo en el tono franco de la mujer la tranquilizó.

—Bueno... si no es molestia —cedió finalmente—. Algo de beber me vendría bien.

Salieron juntas de la biblioteca y caminaron apenas unos metros hasta una casa de fachada de piedra y portón de madera. Dentro, el aire olía a leña y a muebles antiguos. En la cocina, la mujer cortó unas lascas de queso curado y trajo una botella de vino tinto de aspecto casero.

—Yo me llamo Matilde —dijo, sirviendo dos vasos con pulso firme—. ¿Y tú?

—Clara... pero, por favor, no tenía que haberse molestado. Con algo de beber me bastaba... aunque no diré que no a un vasito de vino. Pero sí me vendría bien un poco de agua. Estoy sedienta.

La mujer regresó a la cocina y volvió con otro vaso y una jarra de agua.

—¿Y qué te ha traído por aquí, Clara? No mucha gente viene por esta zona sin motivo.

Clara se encogió de hombros.

—Supongo que buscaba algo de calma. Estoy pasando unos días en Barbastro y... no sé, vi la señalización y decidí desviarme. Me apetecía perderme un poco.

Matilde asintió, como si comprendiera perfectamente.

—Perderse está bien. A veces es la única forma de encontrarse. Desde luego, este es un buen lugar para eso. Aquí no pasa nada desde hace años —dijo con un gesto vago—. Ni bar ni panadería... Para todo tenemos que bajar a la ciudad.

Clara sonrió para sí. Desde su punto de vista, Barbastro no era más que un pueblo grande. En varias ocasiones ya le había llamado la

atención cómo todos los lugareños la llamaban 'ciudad', como si eso automáticamente la otorgara una relevancia que para ella no tenía.

Durante un rato, hablaron de la vida en Costean, del aislamiento del pueblo y de cómo todo pasaba lentamente, sin prisas. Clara se sentía cada vez más cómoda. Le llamó la atención la precisión con la que la mujer elegía las palabras, y pensó —no sin cierto pudor— en lo fácilmente que desde la capital se suele confundir calma con simpleza.

La estancia era amplia y acogedora, aunque curiosamente desordenada. Había libros apilados junto a utensilios de cocina, un mantel con restos de costura y, aquí y allá, juguetes esparcidos. Seguramente de algún nieto de Matilde.

Fue entonces, al reparar en un pequeño tren de juguete en el suelo, cuando una imagen cruzó su mente: la del recorte de periódico donde se decía que el cuerpo de aquella infortunada había aparecido cerca de una vía férrea.

—Por cierto... ¿no sabrá usted si por aquí pasa alguna vía de tren?
—preguntó, intentando sonar casual.

Matilde quedó un instante pensativa, claramente sorprendida por la pregunta.

—Ahora, no —dijo—. Hace muchos años sí pasaba una por aquí cerca, pero hace tiempo que no circula nada. De hecho, ya no hay ni raíles; los debieron quitar hará cosa de veinte años, por lo menos.

—Entonces... allá por 1995 sí que estaba todavía la vía —insistió Clara, recordando la fecha del diario.

—Sí, yo diría que sí, que en aquel entonces todavía estaba —confirmó Matilde, dudando ante la insistencia.

Clara respiró hondo y, con forzada naturalidad, preguntó:

—¿Y no sabrá usted algo de una mujer que, según tengo entendido, apareció muerta por allí?

Matilde tardó unos segundos en responder. Apartó la vista, se llevó el vaso a los labios y, casi sin beber, lo dejó de nuevo sobre la mesa.

—Mira, muchacha, yo no sé nada de eso —dijo al fin, con voz seca—. No sé qué estás buscando, pero aquí uno se ocupa de lo suyo y nadie pregunta demasiado.

Clara asintió, percibiendo que había cruzado un límite. La hospitalidad inicial de Matilde se había transformado en una barrera invisible, y entendió que ciertos temas era mejor no tocarlos.

Tras despedirse y agradecer la atención, condujo de nuevo hasta el alto de la sierra. Se detuvo con la ventanilla abierta y dejó que el aire fresco le rozara la cara. El Pirineo se recortaba al norte, mientras los últimos rayos de sol iluminaban el paisaje somontano que se extendía a sus pies.

Mirando el horizonte durante unos instantes, quiso inundarse de aquel silencio y dejar que la tranquilidad del lugar alejara, siquiera momentáneamente, todas sus preocupaciones, porque, incluso en aquel lugar apartado, pequeños detalles parecían empeñados en recordarle todo aquello que la inquietaba.

9

Clara pasó la mañana adecentando la casa. Hasta entonces solo había limpiado lo imprescindible, pero al comprender que se quedaría más tiempo, arregló el salón, la escalera y la cocina. El resto decidió dejarlo tal cual. Rincones intactos, cubiertos de sombras que no se atrevió a perturbar.

Después de comer, se preparó para acercarse al centro de Barbastro. Quería aprovechar la tarde para pasear y buscar algo que la ayudara a ordenar sus pensamientos; además, por supuesto, quería hablar con Martín para contarle todo lo ocurrido desde que se despidiera de él el día anterior.

Al llegar a la librería, sin embargo, encontró la puerta con el cartel de "Cerrado". No había caído en la cuenta de que allí, como en la mayoría de los pueblos y ciudades pequeñas, los comercios no abrían los sábados por la tarde.

Sacó el móvil y marcó su número. Ni siquiera sabía si sería el mismo que tenía anotado desde quince años antes. No había tenido la precaución de comprobarlo. Por fortuna, en el auricular sonó su voz tranquila, que le indicó que, si quería, podían verse en una cafetería de la plaza una hora más tarde.

Aprovechando el tiempo, dio un paseo por las inmediaciones, observando con atención las calles y las personas que llenaban el ambiente. Todavía era temprano, y la tranquilidad del sábado a esas primeras horas de la tarde contrastaba con la inquietud que bullía en su interior.

Cuando llegó a la cafetería, encontró a Martín sentado en una mesa junto a la ventana, esperándola con una sonrisa. Clara sintió una punzada de emoción al comprobar que, después de tanto tiempo, él aún recordaba que a ella le gustaba sentarse en un sitio desde donde se pudiera ver la calle.

—Perdona, no recordaba que aquí cerraba todo los sábados por la tarde y me había presentado en tu librería —dijo Clara, mientras tomaba asiento.

—Sí, ya sabes, costumbres de pueblo. Tenemos el hábito de descansar —respondió él, encogiendo los hombros, subrayando la broma.

Clara miró alrededor de la cafetería y luego a Martín, sonriendo ante su ironía.

—Bueno, parece que así, al menos hoy, tienes un respiro del mundo de los libros.

—Sí. A veces es bueno salir un poco.

—Vas a pensar que soy una pesada por estar todo el día aquí dándote la lata, pero quería contarte lo que hablé ayer con mi amiga Irene. No sé si te he hablado de ella. Es periodista y se ofreció a echarme una mano en todo esto, si necesitaba alguna ayuda.

Martín asintió con un leve gesto, y ella empezó a relatar lo que Irene le había contado por teléfono la noche anterior:

—Me llamó después de haber hecho algunas averiguaciones. ¿Te acuerdas de la fotografía de las tres mujeres?

—Sí, claro.

—Pues bien, se la pasó a un compañero suyo del periódico que, por lo visto, es un lince manejando la hemeroteca. Empezó revisando los meses posteriores a la noticia que encontramos, pero, igual que nosotros, no vio nada relevante. Así que amplió la búsqueda hacia atrás... y entonces apareció una nota de *El Cruzado*

Aragonés, de mayo del 94. Hablaba de la incorporación de nuevo personal sanitario al hospital de Barbastro. Y en la foto que acompañaba la nota aparecía la otra mujer de la fotografía, la que se veía a la derecha.

—¿Estás segura?

—Completamente. Me remitió la foto y es la misma. Mira —Clara le mostró la imagen en el móvil—. No había nombres ni en el pie de foto ni en la nota, pero consiguió que en el hospital le facilitaran la lista de las incorporaciones de aquella fecha. Solo una encajaba: Nieves Rivas, enfermera.

Martín se quedó mirando la foto con atención.

—Estuvo apenas unos meses trabajando allí —continuó Clara—. En diciembre de ese mismo año causó baja definitiva. Y desde entonces... nada. Desapareció sin dejar rastro. Salvo por esa foto de mayo de 1995.

—¿Entonces sigues pensando que está relacionada con Julia?

—Estoy convencida. La foto, desde luego, muestra bien a las claras que se conocían o, al menos, que tuvieron contacto. Y luego, la desaparición, el silencio en el pueblo... todo encaja. Irene también lo cree. Dijo algo que me hizo pensar: *"no es que se marchara sin más; es que parece que alguien se hubiese encargado de que no quedara ni rastro."*

Martín se quedó pensativo unos instantes antes de alzar la mirada hacia ella.

—¿Y qué vas a hacer con esa información?

—Seguir buscando. No puedo parar ahora. La tal Nieves es la única pista concreta que tenemos. Si descubro quién era realmente, o dónde fue a parar, quizás podamos empezar a entender lo que ocurrió.

—Bueno, pero no estás sola —dijo él, mientras jugueteaba con el borde de la taza.

Clara lo miró. No sabía si se refería a la ayuda de Irene, a él... o a otra cosa. Pero agradeció sus palabras.

—No, no estoy sola —repitió, sin saber tampoco si se lo decía a él o para convencerse a sí misma.

Afuera, la luz declinante empezaba a teñir los edificios que se veían a través del ventanal de un dorado que parecía bañar todo de melancolía. El espectáculo hizo que Clara se perdiera un instante contemplando la escena.

Un *déja vu* suave la recorrió, trayéndole recuerdos de aquellas tardes lejanas en las que ambos compartían miradas y silencios que decían más que las palabras. Iba a comentar algo al respecto cuando la voz de Martín la devolvió al presente.

—Parece que estás muy metida en esto.

—Lo estoy. Más de lo que esperaba. A veces siento que, si no descubro qué pasó realmente, me quedaré atrapada en una historia a medio escribir.

—Bueno, parece que hay historias que no te importó tanto dejar a medias —dijo Martín, bajando el tono al final, casi como arrepintiéndose en el mismo momento de haberlo dicho.

Ella se sobresaltó. La frase cayó con un filo inesperado y reconoció en ese comentario una sombra de rencor que no había querido ver hasta entonces.

—¿Y eso lo dices tú, que siempre decías que los finales eran lo de menos? —dijo Clara, intentando bromear, aunque la ironía se le agotó antes de llegar siquiera a convertirse en una media sonrisa.

—Es curioso. Llevas apenas unos días aquí y ya has removido más cosas que en todos estos años.

Clara sintió sobre sí todo el peso de esas palabras.

—No era mi intención remover nada, te lo aseguro. Tampoco en ti.

—Te fuiste sin despedirte siquiera. Solo eso —dijo él, como quien enuncia una verdad que no precisa adjetivos.

Clara sabía que no había defensa posible ni excusas que sirvieran después de tantos años.

—Lo sé. Y lo siento. Aquello... no supe cómo manejarlo. Quizás actué mal con todo. No solo contigo. Apenas tenía dieciséis años y estaba rota. Pero eso no cambia las cosas.

—Supongo que para ti fue solo... un verano más.

—No —interrumpió Clara con brusquedad—. Eso sí que no. ¿Cómo puedes pensar eso? No fue solo un verano. Es más, para mí fue el verano más excepcional de mi vida... en todos los sentidos. Pero también fue algo que sabía que no podía durar. Yo vivía de paso y tú... tú siempre perteneciste a este lugar.

Martín la miró entonces, y por un instante, en sus ojos se mezclaron la nostalgia, la decepción y algo parecido a la resignación.

—Sí. Supongo que por eso nunca viniste después a visitarme. Apenas un par de llamadas, una felicitación por Navidad... y se acabó.

Clara tragó saliva, dándose cuenta de que la herida era más profunda de lo que había imaginado.

—Es cierto, pero no fue porque no pensara en ti. Lo que pasa es que sabía que aquello solo serviría para alargar algo que no tenía futuro. Tampoco quiero justificarlo. Soy consciente de que no obré bien.

—¿Y ahora?

Clara tardó unos segundos en responder, mientras, a través de la ventana, observaba cómo la plaza ya comenzaba a llenarse con los

jóvenes que se disponían a dar rienda suelta a su tarde-noche de sábado.

—Ahora... estoy aquí por otra razón. Ya lo sabes. Y cuando todo esto termine, volveré a Madrid.

Martín asintió.

—Ya, ya lo sé.

Ambos quedaron ensimismados unos segundos, algo incómodos, sin saber cómo llenar el hueco que habían dejado las últimas frases. Ella sintió un leve estremecimiento, mientras él jugaba con las manos, intentando aparentar una calma que no sentía.

Pareciera que, flotando entre el aroma del café y los rescoldos de una historia que no terminara de apagarse, permaneciera algo que ninguno de los dos se atrevía a abordar.

Clara alzó la vista y, por un instante, sus miradas se volvieron a cruzar, había en la de él una pregunta sin formular y en la de ella, quizás, una respuesta que no se atrevía a pronunciar.

Luego, casi al mismo tiempo, cambiaron el tono de la conversación, hablando de cosas más ligeras, como si entre las capas que había tejido el pasado aún quedara espacio para cierta complicidad entre ellos. Una complicidad que no exigía ni prometía nada, pero que sobrevivía al paso del tiempo.

10

Cuando Clara regresó a la casa, la noche ya caía sobre los tejados. El aire se había vuelto más frío, y solo el ulular lejano de algún búho entre los árboles rompía la calma.

Sacó la llave del bolso, segura de que había cerrado la puerta dando varias vueltas a la cerradura al salir. Sin embargo, al introducirla ahora, notó que no ofrecía resistencia. Parecía que alguien hubiera cerrado simplemente tirando del pomo, sin echar la llave.

Se quedó quieta unos segundos en el umbral, escuchando. Todo permanecía en completa calma. Encendió la luz del recibidor y avanzó despacio. Le cruzó por la mente el recuerdo de las dos ocasiones en que había sentido que alguien la observaba, pero no... la casa estaba tranquila. O eso parecía.

Subió la escalera y, al alcanzar el pasillo del primer piso, advirtió que la puerta de la habitación de su tía Julia —que creía haber dejado cerrada— estaba ahora entornada. Se acercó y la empujó con la punta de los dedos, sin atreverse aún a entrar.

El antiguo vestidor, aun en penumbra, destilaba esa atmósfera que parecía detenida en el tiempo. Al encender la luz, percibió un matiz extraño en el conjunto; algo indefinible que la llevó directamente a la librería donde había encontrado la caja. La puerta estaba también ligeramente entreabierta, aunque en esta ocasión no podía recordar si la había dejado así.

Recorrió con la mirada los estantes superiores. A simple vista, todo parecía en orden, aunque le dio la impresión de que algunos lomos sobresalían más de lo que le parecía haber visto anteriormente. Quizá estaba confiando demasiado en su memoria y en la imagen de aquella primera tarde, cuando la alineación perfecta de los libros le había resultado casi hipnótica.

La vaga inquietud que la acompañaba desde que todo aquel asunto comenzara, esa sensación persistente de estar siendo observada, se transformó de pronto en la casi certeza de que alguien más había estado allí, moviéndose en la sombra, buscando.

Un frío nudo se apretó en su estómago, imposible de ignorar. La penumbra parecía más densa de lo habitual, los rincones más oscuros que nunca, aunque no hubiera visto a nadie.

Su atención se detuvo entonces en el estante que quedaba a la altura de sus ojos, donde sobresalía ligeramente un volumen de encuadernación sobria, color burdeos y sin título. Era el único que no tenía nada impreso en el lomo, aunque su cubierta dura y cuidada le daba la apariencia de un libro más de la biblioteca.

Lo tomó entre las manos. Al hacerlo, algo cayó al suelo con un leve crujido de papel. Se agachó a recogerlo, sintiendo un punto de aprensión. No podía estar completamente segura de que alguien hubiera estado allí... pero algo en la escena seguía inquietándola.

Aun así, no pudo evitar esbozar una pequeña sonrisa. La situación le recordó un pasaje de *La mirada esmeralda*, la novela que había empezado a leer en Madrid y metido en la maleta, aunque no la había vuelto a abrir desde su llegada.

Al desplegar el papel, vio que se trataba de un recorte de periódico plegado por la mitad. En la parte superior, con letras pequeñas y desvaídas, se podía leer *El Cruzado Aragonés*, seguido de una fecha, diciembre de 1994. El día, en cambio, se había borrado.

El titular resultaba prácticamente ilegible, y la fotografía en blanco y negro estaba incompleta y cubierta de manchas de humedad que

impedían ver gran parte de los detalles. Apenas se podían distinguir las figuras de lo que parecía un suceso local. En el texto, que también resultaba de difícil lectura, se mencionaba al parecer un accidente de tráfico, sin relación aparente con Nieves ni con el misterio que trataba de desentrañar.

El papel, en su estado ruinoso, parecía haber sido olvidado en un bolsillo y pasado accidentalmente por la lavadora, antes de que alguien intentara salvarlo.

La visión del recorte le hizo recordar algo: aquella costumbre —casi una manía— de su tía de guardar recuerdos dentro de los libros, recortes, flores secas, entradas de cine, papeles con notas garabateadas. Se le ocurrió que entre las páginas de esos libros podría haber otros rastros, otras pistas, y que quizás algunas guardaran relación con todo aquello.

Pero no sabía por dónde empezar. Y, sobre todo, no sabía cómo hacerlo sin alterar su posible significado. ¿Y si estaban colocadas en páginas concretas por alguna razón? ¿Y si su valor dependía precisamente del vínculo entre el texto y lo que se ocultaba entre sus hojas?

El recorte, sin embargo, había caído al suelo sin que tuviera forma de saber en qué página se encontraba, así que no pudo comprobar si existía tal conexión.

Cerró el libro y lo devolvió a su lugar entre los demás. Aún con el recorte en la mano, se acercó a la ventana de la habitación y comprobó a través de ella cuán intensa podía ser la oscuridad en una noche sin luna. En el cristal, su reflejo le devolvía una imagen pálida y seria que, aun así, no reflejaba la intranquilidad que sentía por dentro.

Quedarse sola en aquella casona ahora le parecía una idea terrible, pero regresar al hotel del pueblo estaba fuera de cuestión. Tras la conversación con Martín, tampoco se atrevía a pedirle que le permitiera pasar la noche en su casa. Además, pensándolo bien,

tampoco tenía certeza de que él viviera solo. De hecho, ninguno de los dos parecía haberse atrevido a preguntar al otro sobre su situación actual.

De pronto, una idea aterradora se le pasó por la cabeza. Hasta entonces, había dado por sentado que, si había habido un intruso, ya se habría marchado. Pero, ¿y si no era así? ¿Y si alguien seguía escondido en algún recoveco de la casa?

Con el corazón latiendo a más pulsaciones de las habituales, decidió revisar cuidadosamente cada espacio antes de cerrar y asegurar todas las puertas y ventanas. Como medida adicional, colocó el respaldo de una silla contra la puerta principal e hizo lo mismo con la que comunicaba el salón con el jardín trasero.

La inquietud no la abandonaba, y sintió una necesidad urgente de hablar con alguien. Marcó el número de Irene y le contó lo ocurrido; el recorte, el libro y la certeza de que alguien había estado allí.

—Eso no pinta bien —dijo Irene enseguida—. Con lo que me cuentas, esto ya empieza a adquirir un cariz preocupante. No deberías estar sola en esa casa.

—No tengo muchas opciones ahora. No quiero volver al hotel, y no me parece bien pedirle nada más a Martín.

—Entonces lo tengo claro. Mañana mismo voy para allá —anunció Irene—. En el periódico estamos hasta arriba, no te lo voy a negar, pero me deben varios días libres y me los pienso cobrar. Me quedaré contigo unos días.

Clara se apoyó en la pared, sintiendo cómo su cuerpo cedía poco a poco. La sola idea de que Irene pudiera estar allí al día siguiente le permitió respirar de nuevo. Sabía que no sería fácil para ella dejarlo todo y venir, pero ya no se sentía capaz de quedarse allí sin alguien a su lado.

—Gracias. De verdad. No sabes cómo te lo agradezco. Eres una gran amiga.

—Ya sabes que puedes contar conmigo. Eso sí, no creo que pueda llegar hasta la tarde. Aunque sea domingo, si voy a tomarme unos días libres, necesito cerrar varias cosas antes de salir.

Justo cuando colgó y se disponía a darse una ducha para intentar dormir, el teléfono volvió a sonar. Los nervios acumulados hicieron que le pareciera que sonaba al doble del volumen habitual. Era Martín.

—¿Sí?

—Clara, perdona que te llame a estas horas. Me acaba de telefonar Gabriel Tena, el exbrigada.

—¿El exbrigada?... Sí, ¿qué pasa?

—No lo sé, pero estaba bastante alterado. Dice que tiene algo importante que decirnos, pero que prefiere hacerlo en persona; no ha querido contármelo por teléfono, aunque se le veía con ganas de hablar.

—¿Y cuándo quiere que vayamos?

—Cuando podamos. Pero ahí viene el problema, se me había olvidado comentártelo: mañana temprano salgo de Barbastro. Tengo que ocuparme de unos asuntos fuera y no me queda otra que aprovechar el domingo. No estaré de vuelta hasta el lunes a primera hora.

—¿Te dijo algo más? ¿Por qué tanta urgencia ahora? —preguntó Clara, que seguía dándole vueltas a por qué el exbrigada parecía haber cambiado de actitud.

—Nada concreto. Solo que era muy importante. Sonaba nervioso, pero... no sabría decir si era preocupación o algo más.

Clara dudó un momento si pedirle el teléfono del exbrigada a Martín e ir ella misma a hablar con él. Pero, por algún motivo, la idea de hacerlo a solas le revolvía el estómago. Ya antes había sentido

cierta desconfianza hacia ese hombre, aunque no supiera exactamente por qué.

—¿Clara...? —preguntó Martín al notar su silencio.

—Sí, sí, claro, perdona. Estaba pensando si ir yo mañana a verle. Pero no, prefiero que vayamos juntos. Si de verdad es tan importante, que nos lo diga cuando estemos los dos.

—Vale. En ese caso, quedemos para el lunes. ¿Te parece bien sobre las diez? Antes no creo que pueda llegar; pensaba dedicar la semana a hacer inventario, así que mantendré la librería cerrada. Acabo de poner el cartel en la puerta.

—Gracias, Martín.

Colgó con la sensación de que algo se movía por debajo de la superficie, como una corriente oscura que empezaba a arrastrarla sin que pudiera verla del todo.

Al hacerlo, cayó en la cuenta de que, desde que llegó, no había vuelto a hablar con su madre. Solo aquella breve llamada la primera noche, para decirle que había llegado bien. Tendría que llamarla pronto, lo sabía, pero esta noche no. Ya había tenido suficientes conversaciones telefónicas por un día y no le quedaban fuerzas para otra más.

Bajó el volumen del teléfono al mínimo y, antes de subir, echó un último vistazo. Las sillas seguían firmemente apoyadas contra las puertas. Todo parecía en orden. Una vez arriba, por si acaso, arrastró otra hasta su dormitorio y la encajó bajo el pomo. No es que creyera que sirviera de mucho, pero le daba una mínima sensación de seguridad.

Se tumbó en la cama sin desvestirse, con la mirada absorta en el milimétrico paralelismo de las vigas del techo. Había entrado en algo más grande de lo que imaginaba, aunque aún no supiera del todo qué. Por suerte, no estaba sola para enfrentarlo.

11

Hasta sus oídos llegó el eco de los tañidos de las campanas dominicales, pero ella se limitó a darse la vuelta y seguir durmiendo. No es que las noches anteriores las hubiera pasado en vela, pero el descanso siempre había sido ligero, entrecortado. Esta vez, contra todo pronóstico, el cansancio acumulado se impuso.

Eran más de las diez y media cuando miró el reloj. La luz, filtrándose con fuerza por las rendijas de las contraventanas, trazaba líneas doradas en el suelo. La casa estaba sumida en su habitual quietud sepulcral.

Irene no llegaría hasta la tarde, y Martín estaba fuera. Al pensarlo, se dio cuenta de que ni él le había aclarado qué “asuntos” debía resolver, ni ella se lo había preguntado. Sea como fuere, por unas horas continuaría sola.

Aun con las ventanas cerradas, la claridad del día parecía deshacer el temor que la había atenazado la noche anterior. La inquietud permanecía, sí, pero más tenue, amortiguada bajo una normalidad engañosa.

Mientras preparaba café, repasó mentalmente lo pendiente. Había dejado pasar el día anterior sin llamar a su madre, más por falta de ganas que por agotamiento. No quería que se intranquilizara, así que decidió hacerlo entonces.

Cogió el teléfono y marcó el número. Al otro lado sonó la voz familiar.

—¿Diga?

—Hola, mamá.

—Hola, Clara. ¿Cómo estás? Ya empezaba a preocuparme, llevas varios días sin dar señales.

—Sí, lo sé. Perdona. He estado liada y no he parado mucho.

—Me hago cargo. Esa casa siempre ha sido un desastre y me imagino que te estarás pegando un palizón para ponerla un poco en orden. Pero dime... la otra vez, cuando hablamos, me hablaste de una caja y te noté algo preocupada. ¿Está todo bien?

Clara vaciló un momento, midiendo las palabras.

—Sí, todo está bien. Solo estoy un poco cansada. No te preocupes.

—Vale, vale. Solo quería asegurarme... Lo que pasa, hija, es que me pillas en mal momento... justo estaba saliendo de casa porque llego tarde a misa. ¿Te importa si hablamos en otro momento?

—Ah, claro, no te preocupes. Ya hablaremos en otro momento. Cuídate.

Tras colgar, Clara se quedó un instante mirando el teléfono, ligeramente inquieta. El simple hecho de que su madre hubiera mencionado la caja bastaba para ponerla en alerta, pero tenía la sensación de que no era solo eso.

Por un instante había pensado en darle algún detalle más e incluso en mandarle la fotografía de las tres mujeres, pero no: ya se había arrepentido la última vez de haberlo siquiera mencionado. Además, eso no era posible porque su madre seguía empeñada en no jubilar ese viejo teléfono que solo servía para recibir llamadas y mensajes, como si mantener al mundo a cierta distancia fuera una forma de protección.

Más allá de eso, le resultaba extraña la devoción que su madre había desarrollado en los últimos meses. Aunque siempre había ido

ocasionalmente a misa, desde que se había quedado sola parecía haberlo convertido en rutina habitual.

Finalmente se levantó y fue a la cocina. Preparó un desayuno tardío mientras repasaba la jornada. Tendría que adecentar la habitación contigua —la de invitados— para cuando llegara Irene. No había previsto su visita y, con los comercios cerrados desde la tarde anterior, tendrían que apañarse con lo que hubiera en la nevera.

Entre sorbo y sorbo de café, decidió que dedicaría el resto de la mañana a revisar en detalle la biblioteca de Julia. La cantidad de libros era abrumadora, pero se le ocurrió que un buen punto de partida sería el tomo burdeos del que se había desprendido aquel recorte de prensa; algo en ese volumen le hacía pensar que podía jugar un papel importante en todo aquello.

Apenas terminó de desayunar, se dirigió a la habitación de su tía y fue directamente al librero donde se encontraba el tomo. Para analizarlo con más detenimiento, lo llevó a la cama del dormitorio.

Allí, sobre la mesilla, vio el recorte que, sin duda, había olvidado la noche anterior y que se había llevado consigo cuando se acercó a la ventana, nerviosa. Como no sabía entre qué páginas había estado, lo colocó entre las primeras y repasó con cuidado todo el volumen, esperando encontrar otros objetos.

Entre sus hojas, sin embargo, solo halló una pequeña postal, arrugada y aplanada por el peso del papel y de los años. Mostraba un dibujo sencillo de un ramo de flores y una nota manuscrita en el reverso:

“Para Julia, con todo mi cariño —N.”

A pesar de su aparente simplicidad, el hallazgo le produjo un sobresalto. Clara estaba convencida de que esa *N.* correspondía a Nieves y que aquel detalle confirmaba la existencia de un vínculo entre esa mujer y su tía

Al seguir pasando las páginas con detenimiento, estuvo a punto de no notarlo, una ligera discontinuidad en el borde del papel. Solo al detenerse y mirar mejor se dio cuenta de que faltaban dos o tres hojas, arrancadas a ras del lomo. Se le cruzó por la cabeza que tal vez el posible intruso de la noche anterior las hubiera arrancado, aunque era una idea absurda.

Cuando terminó, dejó el libro de nuevo en su sitio y se agachó para revisar el estante inferior, donde había estado oculta la caja. Allí, en el interior de los libros únicamente encontró flores secas y hojas prensadas, que, aunque por un casual pudieran tener algo que ver con los misterios de Agatha Christie, desde luego no tenían nada que aportar al que ella se traía entre manos.

No había tenido la precaución de acercar una silla y, tras un rato, la fatiga de permanecer de rodillas o en cuclillas se hizo evidente. Devolviendo los libros consultados a su lugar, se puso de pie y se estiró, decidiendo suspender la inspección, al menos por el momento. Ya retomaría la búsqueda en otra ocasión, con la esperanza de dar con algo que pudiera resultarle de más utilidad.

Al bajar a preparar la comida, se sorprendió a sí misma con ganas de meterse entre fogones. No solo hizo su almuerzo, sino que, rebuscando entre los pocos ingredientes que tenía, improvisó también algo para la cena. Estaba convencida de que Irene llegaría hambrienta, y así podrían hablar con tranquilidad mientras cenaban, sin tener que ponerse a preparar nada en ese momento.

Terminó todo más tarde de lo previsto y, tras comer, convencida de que Irene no tardaría en aparecer, decidió aprovechar la espléndida tarde para salir al jardín y tumbarse, como antaño, sobre la hierba.

Esta vez, en lugar de buscar la sombra, prefirió dejarse acariciar por los rayos tibios del sol, que se filtraban oblicuos entre las ramas de la vieja higuera. Había decidido no pensar más en los enigmas pendientes hasta que Irene llegara. Ese rato sería solo para descansar y dejar que el tiempo transcurriera sin urgencias.

A medida que el sol empezaba a descender, se dio cuenta de que su amiga tardaba más de lo que había supuesto, y comenzó a asaltarla una ligera intranquilidad. Ya comenzaba a refrescar, así que se levantó despacio y entró en la casa. Encendió una lámpara en el salón y, antes de que cayera del todo la tarde, decidió echar un vistazo al ordenador para ponerse un poco al día.

Mientras consultaba el correo y anotaba algunas ideas sueltas en la libreta, se dio cuenta de que, de algún modo, su vida, tal como la conocía, había quedado suspendida desde el primer segundo en que cruzó el umbral de aquella casa.

Los mensajes del trabajo le recordaban asuntos pendientes, invitaciones y fechas que ya apenas le sonaban. Le costaba concentrarse. Habían ocurrido demasiadas cosas, y Madrid, el Ayuntamiento y el área de Cultura le parecían tan lejanos ahora como lo había estado Barbastro durante tantos años.

Con un suspiro, cerró la libreta y el ordenador. Necesitaba desconectar del todo, también de su trabajo. Se acomodó en el sofá y se puso a leer la novela de misterio que tenía a medias.

Le bastó leer unas páginas para darse cuenta de que, comparada con la realidad que la rodeaba, aquella historia le resultaba ahora forzada y poco verosímil. Apenas había avanzado cuando se quedó traspuesta.

La despertó el sonido de un motor acercándose desde la carretera. Poco después, los faros de un coche se asomaron por el camino de entrada a la casa. Debía de haber dormido más de lo que pensaba, porque ya era noche cerrada. Irene había llegado.

—Por fin —murmuró Clara para sí misma, mientras se acercaba a la puerta para recibirla.

Irene bajó del coche con una sonrisa, aunque visiblemente cansada.

—Lo siento por el retraso, Clara —dijo nada más entrar—. Me entretuve con cosas del curro y salí más tarde de lo previsto. Para colmo, la autovía estaba cortada por obras y nos desviaron por la Nacional. Y ya para rematar, a veinte o treinta kilómetros de aquí había habido un accidente y nos tuvieron parados más de media hora.

—Vaya peregrinaje... En fin, me alegro de que, aunque tarde y agotada, ya estés aquí.

—Cansada estoy, sí. Pero sobre todo tengo una sed y un hambre que me muero. Por favor, dime que tienes algo para cenar.

—Claro, jaja, te he preparado algo rico. No te preocupes.

Tras la cena, ambas se acomodaron en el salón, y poco a poco la conversación fue derivando hacia lo que había motivado la visita y la creciente inquietud de Clara. Esta fue desgranando todos los detalles de lo ocurrido en los últimos días: el hallazgo de la caja, las conversaciones con Martín y la sensación persistente de sentirse vigilada; sobre todo, su impresión de que alguien había entrado en la casa.

—No sabía cómo seguir viviendo aquí sola —confesó—. Gracias por venir, de verdad.

Irene asintió, cogiéndole la mano.

—Mañana mismo buscamos a alguien para cambiar la cerradura. Y que te aseguren bien puertas y ventanas. No puedes seguir ni un minuto más con esa sensación.

Clara se sintió algo estúpida por no haber pensado en algo tan básico. Sonrieron levemente y alzaron las copas en un brindis silencioso, sellando ese pacto tácito de apoyo.

Fue entonces cuando sonó el teléfono. Clara se levantó con un leve sobresalto y atendió el móvil que había dejado en la mesa de la

cocina. La voz al otro lado era la de Martín, pero su tono era más tenso y urgente que de costumbre.

—Clara, siento molestarte, pero... —se interrumpió un segundo—. Acaban de comunicármelo por teléfono.

—¿Qué pasa? Dime.

—El exbrigada... ha tenido un accidente. Ha muerto.

Clara tardó en reaccionar, apoyando las manos en la mesa mientras trataba de procesar la noticia.

—¿Muerto?... ¿Cómo? —preguntó, con voz temblorosa.

—Un accidente de tráfico, a unos treinta kilómetros de Barbastro. Pero todo es bastante confuso. Conozco bien esa zona y es una recta, sin problemas de visibilidad. No es un sitio donde uno se salga de la carretera porque sí.

—No me lo puedo creer. ¿Tú ya has regresado al pueblo? —preguntó Clara, tratando de orientarse.

—No, aún no. Voy a ver si me acuesto y duermo algo; aunque ahora, con todo esto, no sé si lograré conciliar el sueño.

Un escalofrío recorrió la espalda de Clara. Las piezas empezaban a encajar en un cuadro mucho más oscuro de lo que habría querido imaginar. Era demasiada coincidencia que el accidente se produjera justo después de esa llamada en la que, al parecer, el exbrigada tenía algo urgente que contarles. Aún no había ninguna certeza, pero las casualidades empezaban a ser demasiadas.

—Gracias por avisarme, Martín. Mañana hablamos, ¿vale?

Colgó y volvió al sofá. Irene la observaba con gesto de preocupación.

—¿Qué ha pasado?

—El exbrigada... ha muerto. Seguramente era el accidente que te tuvo parada tanto rato. Martín dice que fue en un tramo muy raro para un siniestro. Me dio la sensación de que no pensaba que fuera un accidente fortuito.

Irene le apretó la mano con firmeza.

—No, desde luego. Si fue allí donde ocurrió... Ese tramo es una recta llana como la palma de la mano. Muy despistado había de ir para estrellarse ahí. Todo esto es muy raro. Tendremos que estar muy atentas porque, si no ha sido un accidente y, como parece, está relacionado con todo este asunto, estamos hablando de algo muy serio.

12

El cuerpo aún tenso por los acontecimientos del día anterior obligó a Clara a moverse con cuidado. No quería que se repitiera la ya habitual contractura en la espalda que solía sufrir cuando estaba bajo presión.

Antes de preparar el desayuno o comprobar cómo había dormido su amiga, cogió el teléfono para confirmar que Martín ya había vuelto de su viaje. Tras varios tonos, atendió justo cuando estaba a punto de colgar, y un leve suspiro de alivio la recorrió al escuchar su voz.

—¿Martín? Soy Clara.

—Hola, Clara. ¿Qué tal? ¿Has podido dormir algo?

—Sí... dentro de lo posible. ¿Y tú?

—Pues no mucho, la verdad. Pero bueno, así he salido antes de que amaneciera y ya estoy aquí.

—Me alegro, porque estaba preocupada. Por cierto, con el sobresalto de la llamada de ayer se me olvidó comentarte que iba a venir mi amiga Irene. Llegó anoche y pensábamos pasarnos por la librería.

—Sí, claro. Estoy aquí desde hace unos minutos. Venid cuando queráis.

—Ah, perfecto. Nos pasamos dentro de un rato entonces.

Clara colgó y fue a ver cómo estaba su amiga. Al oír los golpecitos en la puerta, Irene se removió entre las sábanas y abrió los ojos con gesto cansado.

—Buenos días. ¿Cómo has dormido? —preguntó Clara en voz baja.

—Más o menos —respondió Irene, incorporándose despacio—. Tardé en dormirme pero al final lo conseguí y ahora, si no me hubieras despertado, me habría quedado hasta las doce.

Bajaron juntas a la cocina y prepararon un desayuno rápido, intercambiando apenas unas frases distraídas sobre el día que les esperaba. Afuera, la jornada amanecía clara y fresca, y el canto de los pájaros y el susurro del viento entre los árboles les recordaban que el mundo seguía su curso, ajeno a lo ocurrido y a sus preocupaciones.

Martín las esperaba en la trastienda, con el gesto serio. Sonrió brevemente a Clara y apenas inclinó la cabeza ante Irene.

—Hola. Martín, ella es Irene.

—Encantado —dijo él, cortés, aunque con menos entusiasmo de lo habitual.

—Irene Pujol. Lo mismo digo —respondió ella, como si al añadir el apellido quisiera marcar cierta distancia.

Hablaron durante unos minutos, repasando lo que ya sabían. Pero Clara pronto percibió que algo en él había cambiado. Estaba más callado, más distante, como menos implicado. No sabía si se debía a la presencia de Irene —que daba la impresión de incomodarle—, pero esa mañana, tras lo ocurrido con el exbrigada, parecía mucho más reservado.

—No sé... la verdad es que, después de lo del accidente, creo que poco más se puede hacer —dijo él, encogiéndose de hombros—. Era lo único que teníamos para avanzar, y ahora...

Irene lo observaba fijamente, con los brazos cruzados.

—Pues yo creo que sí se puede hacer más, Martín —dijo Clara—. Además, como ayer no estabas no te lo conté, pero creo que alguien ha entrado en casa de la tía Julia... en mi casa, y ha estado husmeando.

Hizo una pausa antes de añadir:

—Ayer, revisando los libros de la biblioteca, tuve la sensación de que alguien había estado revolviendo entre ellos. Incluso a uno de los libros le faltaban un par de hojas. No me extrañaría que fuera obra de esa misma persona.

—¿Y tú dónde estabas ayer, Martín? —preguntó Irene, aparentemente al azar, mientras le clavaba la mirada.

Clara la miró con sorpresa, sin comprender del todo el sentido de la pregunta, ni mucho menos el tono inquisitivo utilizado.

—No, es que como decía Clara que ayer no estabas... —aclaró Irene, adoptando ya definitivamente el rol incómodo del poli malo.

Martín titubeó antes de contestar.

—Bueno... tuve que salir a ver a un proveedor. Cosas de la tienda. Un tema que arrastraba desde hace semanas —respondió, visiblemente molesto.

—A un proveedor... ¿en domingo? —replicó Irene, arqueando una ceja—. Un poco raro, ¿no?

—¿Qué pasa? ¿Ahora soy sospechoso de algo? —saltó él, ya con un punto de agresividad.

—No, hombre, no —respondió Irene con una sonrisa forzada—. Solo que suena... poco habitual.

La tensión entre ambos era evidente. Clara, incómoda, trató de cambiar de tema, pero estaba claro que Martín estaba molesto por la intervención de su amiga y se mantuvo frío durante el resto de la conversación.

Cuando salieron de la librería, Irene no tardó en compartir su impresión:

—No me ha gustado nada ese tipo. Algo oculta. ¿De verdad confías en él?

Clara dudó un instante.

—Sí, claro... Nunca he tenido motivos para desconfiar de él, aunque no te niego que hoy lo he notado un poco raro, y lo del proveedor... bueno, podría parecer algo extraño, pero...

—¿Ves? —interrumpió Irene, mientras sacaba el móvil del bolso—. Me da mala espina. Pero bueno, tú sabrás... Por lo pronto, lo que voy a hacer es escribirle a mi amigo del periódico, a ver si puede rascar algo más sobre lo del accidente.

Apenas un par de horas después, mientras caminaban hacia el coche con varias bolsas de comida, llegó la respuesta. Irene la leyó con gesto serio.

—Nada. Caso cerrado. Accidente fortuito en la N-240, punto kilométrico 180. Despiste del conductor. Me dice que el atestado es básico y que en Tráfico no ven nada raro. Así que ahí se queda.

—Es bastante extraño, ¿no?

—¿Extraño? Es escandalosamente sospechoso —añadió Irene—. Apenas han pasado 24 horas y ya parecen querer dar el caso completamente por cerrado. Se me ocurre una cosa... ¿por qué no nos acercamos al lugar del accidente? Es improbable, pero a lo mejor encontramos algo.

Clara asintió sin dudarlo. Subieron a su coche y condujeron unos treinta minutos hasta aparcar en un camino vecinal cercano a la recta que Irene recordaba. Era larga, abierta, con visibilidad perfecta. No había curvas, ni sombras, ni obstáculos que explicaran un accidente. Nada.

Sin esperar siquiera a que su amiga apagara el motor, Irene bajó y caminó decidida por el arcén hacia la zona del siniestro, levantando polvo bajo las botas. Clara la siguió, observando con atención cada gesto. Irene se agachó de pronto.

—Mira esto —dijo, señalando hacia el asfalto.

Clara se inclinó también. Al principio parecía solo polvo y grava, pero luego distinguió líneas oscuras de trazas de neumático. Una huella mostraba un giro brusco. Parecía que el vehículo había perdido el control, saliéndose de la carretera y continuando hacia el margen, donde aún quedaban rastros del accidente. Otra huella cruzaba la primera de manera perpendicular antes de volver a la carretera en sentido contrario.

Irene hizo un dibujo imaginario con los dedos en el aire, siguiendo las curvas y giros. Cada línea contaba algo que los ojos podían notar, pero la mente aún no quería aceptar. Clara mantuvo la mirada fija en sus evoluciones, intentando entender lo que sus sentidos ya intuían.

—No fue un simple despiste —sentenció Irene—. Alguien provocó que esto sucediera, y está intentando que parezca casual.

Una repentina ráfaga de aire hizo que el polvo se arremolinara a su alrededor. Clara se tapó la boca mientras comprendía que aquello había dejado de ser un simple misterio para convertirse en algo verdaderamente amenazante.

13

Durante el trayecto de regreso, Clara apenas habló. Conducía absorta, con los ojos fijos en la carretera, tensando las manos en el volante sin darse cuenta. Irene, sentada a su lado, respetaba el silencio, intuyendo que no era momento de preguntas ni de charla insustancial. Clara lo agradecía. Necesitaba ese espacio de recogimiento, porque algo en su interior se agitaba con una mezcla de sentimientos contradictorios.

No era solo el hallazgo de aquellas huellas en la carretera ni la sospecha de que alguien intentaba borrar cualquier rastro de lo ocurrido. Era, sobre todo, la incómoda tensión que se había creado entre Martín e Irene.

Justo cuando había encontrado un cierto apoyo y se sentía menos sola frente al desconcierto y el miedo, se veía atrapada en algo que no comprendía del todo. Sentía el peso de verse involucrada en un conflicto ajeno, en el que parecía obligada a tomar partido sin entender por qué se había producido.

Se sintió fuera de lugar, como si le fallaran los referentes. Desde la desaparición de su padre —con quien siempre tuvo una relación cercana— todo se había vuelto incierto. Su madre, siempre reservada, se había vuelto aún más inaccesible desde entonces, como si el duelo la encerrara en sí misma. La relación entre ambas era cordial, incluso afectuosa a ratos, pero carecía de la intimidad que permite desnudarse sin miedo.

Las amigas y amigos de la universidad, con quienes compartió tantas cosas, habían quedado atrás: cenas ocasionales, felicitaciones puntuales, algunos mensajes en redes sociales. Vínculos de afecto, sí, pero sin raíces profundas. En esos días había tomado nota de ello. Cuando necesitaba apoyo, alguien con quien intercambiar puntos de vista y comentar sus preocupaciones, el único nombre que venía a su mente era el de Irene.

Mientras el coche avanzaba entre campos ocres y dorados, salpicados de viñedos que recordaban que el otoño estaba en su apogeo, Clara echó un vistazo rápido a su amiga. Su perfil, silencioso y distraído, se recortaba contra un arcoíris que cruzaba un horizonte plumizo.

Aunque su amistad era relativamente reciente, Irene se había convertido en su principal apoyo y, con su presencia allí, le había demostrado que podía contar con ella. Por eso, su actitud la había desconcertado. No esperaba ese juicio instantáneo ni esa forma de interrogar a Martín.

Este, por su parte, la tenía confundida. Desde su reencuentro, su actitud oscilaba entre la cercanía y un cierto recelo. Parecía que no terminara de decidir si quería ayudarla o mantenerla algo apartada. Clara empezaba a intuir que esa prevención no surgía tanto de lo ocurrido ahora, sino de lo que había pasado entre ellos quince años atrás.

Tuvo que frenar al llegar a un cruce. El coche dio un pequeño tirón y el motor quedó unos segundos al ralentí, acompasando el vaivén de sus pensamientos.

Volver a Barbastro la había obligado a mirar aquella etapa con otros ojos. Entonces, recién llegada de Madrid y aún adolescente, se comportó —ahora lo veía— con cierto aire de superioridad inconsciente.

Su marcha repentina, su falta de empatía y su desaparición durante años... Sí, ella era joven y pudo actuar guiada por

inseguridades, pero eso no hacía menos reales las heridas que dejó en él.

Sin querer, ahora que estaba de vuelta, temía repetir esos errores y regresar con los mismos prejuicios. Con una diferencia, ahora era él quien se sentía en desventaja. Seguía siendo el librero del pueblo, pero ella era la mujer de ciudad, algo más sofisticada y con un trabajo "interesante". Al menos, eso creía Martín.

Al pensar en todo ello, Clara percibió que su vida se había ido desdibujando y que la sensación de no pertenecer a ningún sitio, agudizada por su presencia ahora allí, se volvía más asfixiante con aquel desencuentro.

Quizás por eso necesitaba tanto el apoyo de ambos. No para que se entendieran ni fingieran simpatía, sino para no sentirse ella misma la causa del enfrentamiento. No quería verse atrapada entre los dos ni tener que elegir. Y, sin embargo, Irene, con su actitud hacia Martín, la había empujado justo a esa encrucijada, parecía que su lealtad hacia una implicara distanciarse del otro... o viceversa.

Cuando ya se acercaban a Barbastro y empezaba a vislumbrarse la silueta del pueblo, Irene rompió por fin el silencio.

—Has estado muy callada todo el camino.

Clara tardó un momento en responder, pero no quiso esquivar el tema.

—Sí... La verdad es que lo ocurrido en la librería me ha dejado bastante mal.

Irene asintió con una leve mueca.

—Lo entiendo. No fue una situación cómoda. Y probablemente no ayudó que yo entrara tan a saco. Pero me desconcertó su actitud... No lo conozco, claro, pero me dio la impresión de que estaba deseando cerrar el tema cuanto antes, queriendo desvincularse de todo.

Se detuvo unos segundos, antes de continuar con voz más baja:

—Y bueno... me precipité. Lo siento. Supongo que me pudo la inquietud, o las ganas de protegerte... no sé. No me comporté de la mejor manera.

Clara la miró de reojo. No tenía ganas de debatir ni de juzgar, pero valoraba el esfuerzo.

—Gracias por decirlo —respondió, sin más.

Irene esbozó una tímida sonrisa.

—No quiero convertir esto en un conflicto. Haré todo lo posible por no alimentar esa tensión. Lo último que quiero es crearte más problemas.

No es que la pequeña excursión hubiera resultado agotadora, pero se les había echado la hora de comer encima y el estómago empezaba a reclamar su atención.

Decidieron parar en un pequeño restaurante a las afueras antes de entrar en el pueblo. Podrían haber ido directamente a casa, pero no tenían ganas de cocinar. El menú del día no era nada especial, pero tampoco necesitaban mucho más.

Con el ambiente ya algo más distendido entre ellas, comieron sin prisa, intercambiando algunas frases sobre cómo proceder a partir de ese momento. Coincidieron en que lo mejor sería retomar la búsqueda en la biblioteca de la tía Julia, esta vez juntas, revisando despacio el contenido de los libros para no pasar por alto ninguna posible pista.

Antes de salir del restaurante, Clara preguntó al camarero si conocía algún cerrajero en el pueblo. Este les indicó uno que, según dijo, solía estar disponible por las tardes. Clara tomó nota del contacto con la idea de llamarlo en cuanto llegaran a casa.

Cuando finalmente lo hicieron, con el regusto del café todavía presente y tal como habían planeado durante la comida, se

dirigieron directamente a la biblioteca. Antes de ponerse a buscar, Clara hizo la llamada. Tras una breve conversación, el hombre le confirmó que podría pasarse esa misma tarde. Tranquilizada por la rapidez de la respuesta, se unió a Irene y comenzaron con la tarea.

Era imposible calcular cuántos volúmenes había allí; tantos que no sabían por dónde empezar. Ante la duda, Clara volvió a sacar del estante el libro que había llamado su atención —y, quizás, también la del intruso— y se acomodaron en el borde de la cama con el volumen abierto entre las dos.

Comenzaron a pasar sus páginas con cuidado, una a una, buscando cualquier detalle que pudiera arrojar luz sobre el misterio.

Como había notado Clara anteriormente, el volumen en cuestión era una especie de anecdotario, ni siquiera un diario. Recogía hechos, fechas y datos relativos a la vida del pueblo de forma secuencial, comenzando a mediados de los años ochenta. Al principio no descubrieron nada especialmente reseñable, solo eventos locales, fiestas patronales, alguna feria... todo bastante impersonal.

No era un libro como tal, sino algo que probablemente había confeccionado la propia Julia. Todo estaba hecho a mano, con un aspecto ordenado y uniforme que le daba cierta apariencia de volumen acabado, aunque seguía siendo claramente artesanal.

A simple vista, la letra era clara y consistente, pero Clara no pudo evitar notar, a medida que avanzaban, ligeras variaciones en algunas páginas, trazos más apretados, letras con inclinaciones distintas. No sabía nada de grafología, pero no era difícil adivinar que otra mano había empezado a participar discretamente en la elaboración del libro.

Los espacios en blanco reservados para fotografías, recortes o escritos adicionales estaban cuidadosamente rellenos, fijados con pegamento o pequeñas tiras de cinta adhesiva; parecía que el volumen se hubiera ido completando poco a poco a lo largo del

tiempo. Lo que no terminaban de comprender era cómo algo tan aparentemente anodino en su contenido podía merecer un nivel de atención tan meticuloso.

A medida que avanzaban, comenzaron a encontrar detalles más llamativos. En las páginas correspondientes a 1994 se incluían varias referencias al hospital de Barbastro. Incluso aparecía reproducida la misma fotografía publicada por *El Cruzado Aragónés*, en la que se mostraba al personal recientemente contratado en mayo de ese año, incluida la tal Nieves. Aquí, el trazo de algunas anotaciones difería aún más, evidenciando que otra mano había intervenido junto a Julia, quizá la propia Nieves.

Pero era sobre todo a partir de ese punto cuando el carácter del libro cambiaba por completo. Julia, que hasta entonces no había figurado como sujeto en ninguna parte, comenzaba a convertirse en el centro de atención. Varias fotos suyas aparecían intercaladas en las páginas y el tono del texto parecía otro, pues se hablaba de ella en tercera persona. Los hechos sociales y eventos del pueblo casi desaparecían, cediendo su lugar a cuestiones más personales.

Era aquí donde faltaban esas páginas arrancadas, justo antes de que el manuscrito iniciara ese giro más acusado hacia lo personal. A partir de este punto, pareciera que la voz de esa otra persona se hiciera cargo del relato, mostrando por Julia un afecto profundo; la admiración se percibía en cada frase y en cada fotografía intercalada.

Clara e Irene intercambiaron una mirada. Había algo en todo ello que resultaba difícil de ignorar, una intención que parecía ir más allá de lo meramente documental.

Intentaban comprender la lógica del volumen. ¿Hasta qué punto había sido Julia la autora real de aquello? ¿Dónde terminaba su mano y empezaba la de esa otra persona? ¿Había continuado alguien su trabajo, quizá reinterpretándolo con una intención distinta, más personal, más obsesiva?

Cuando llegaron a la última hoja surgieron aún más interrogantes. Clara no había reparado antes en ello. Aquí también faltaba una página, pero, a diferencia de las otras, no había sido retirada con cuidado, sino desgarrada con violencia, dejando un trozo todavía adherido a la encuadernación.

Sobre ese fragmento seguía pegada la esquina inferior izquierda de una fotografía. Clara se inclinó, la miró con atención... y la reconoció al instante. Era parte de la misma imagen que había encontrado en la caja días atrás.

Como movida por un resorte, se levantó sin decir nada y fue a buscarla. Regresó con ella hasta el borde de la cama y la abrió. Allí estaban todos los objetos, donde los había vuelto a dejar. Extrajo la fotografía y la colocó junto al fragmento aún adherido al libro. Encajaban a la perfección. Se quedó unos segundos con la mirada fija y gesto de preocupación. Solo confirmaba lo que, en el fondo, ya sospechaba.

Irene se inclinó un poco hacia adelante, observando también la coincidencia. El hallazgo no solo demostraba que la fotografía había estado originalmente en el libro, sino que alguien, en algún momento del pasado, se había tomado la molestia de arrancar la página y ocultar la imagen en la caja.

—No se me ocurre qué motivo pudo tener alguien para arrancar esta página y guardar la foto ahí —pensó Irene en voz alta, señalando la caja—. Además, ¿qué interés puede haber en estas páginas?

—No tengo ni idea —respondió Clara—, pero está claro que quien lo hizo debía tener algún motivo.

—Eso sí —añadió al cabo de un momento—, al menos esta última página con la fotografía tuvo que haber sido arrancada hace mucho tiempo para acabar finalmente en la caja.

—Bueno, eso... si la caja fue efectivamente escondida en aquel entonces —comentó Irene.

Clara estaba convencida de que todo se remontaba a aquella época y de que la caja llevaba allí escondida mucho tiempo, desde bastante antes de aquel verano de hacía quince años. El propio estado de la caja y de los objetos, así como el que los billetes fueran todavía en pesetas, parecía confirmarlo, aunque, ciertamente, no podía afirmarlo con total seguridad.

Prefirió seguir su intuición y seguir repasando mentalmente todo lo que habían ido descubriendo. Su mirada siguió concentrada unos segundos en la imagen, intentando leer en ella lo que el papel ya no contaba. Había algo inquietante en todo aquello.

Si Julia no había sido la única en intervenir en aquel volumen, todo adquiriría un matiz distinto. Las variaciones en la caligrafía y en el trazo delataban la participación de otra mano, probablemente la de Nieves. Y con ello surgía la incógnita que aún flotaba entre ellas: ¿quién había arrancado la fotografía? ¿Julia, al percatarse de que alguien había recreado aquel retrato de su vida, o alguien más, por motivos que escapaban a su comprensión? Cualquier certeza seguía siendo imposible.

No tenían respuestas, pero cada vez tenían más claro que ese libro —y la foto— no eran una simple excentricidad. Eran una advertencia. O, quizás, una confesión.

14

Justo cuando Clara iba a devolver el volumen a su sitio para continuar con la inspección de otros libros, el teléfono de Irene vibró sobre la colcha. Al ver el nombre en la pantalla, respondió de inmediato:

—Hola, Javi —dijo, apartándose un poco hacia un lateral de la habitación—. ¿Has encontrado algo nuevo?

Clara no alcanzaba a oír la voz al otro lado, pero el rostro de Irene no parecía relajado.

—¿Nada...? —repitió en voz baja—. ¿Estás seguro?

Permaneció en silencio unos instantes, asintiendo casi imperceptiblemente mientras escuchaba.

—Vale. ¿Y dices que has podido localizar a alguien de su familia? ... Sí, claro, ahora me pasas la dirección.

Cuando colgó, se volvió hacia Clara, aún con el teléfono en la mano.

—Era Javi, mi compañero del periódico. Ha seguido escarbando un poco más, a raíz de lo que le pedí sobre la tal Nieves. Dice que, como ya nos comentó, desde aquel reportaje del 94, el de las nuevas incorporaciones al hospital, parece que se la tragó la tierra. Ha vuelto a revisar archivos y no volvió a aparecer ni en prensa ni en registros laborales. Algo que, por otra parte, es lógico si, como

suponemos, el cuerpo que apareció era el suyo y sobre esa investigación se echó tierra deliberadamente.

—Sí, eso ya lo sabíamos, pero ¿encontró algo más?

—Algo. Se ha centrado esta vez en los archivos anteriores al reportaje y así ha podido identificar a sus padres. Pero, al parecer, ambos murieron hace unos años, por causas naturales. Prácticamente no queda nadie de su entorno familiar. Solo una prima que vive en Zaragoza. Se llama Rosa María Gascón. Me va a pasar la dirección por WhatsApp, por si queremos acercarnos. No tiene idea de si sabrá algo, pero al menos es una pista.

Clara asintió, aunque no creía que aquel rastro pudiera llevarlas demasiado lejos. Sentía que avanzaban, sí, pero a una velocidad tan lenta que no podía evitar cierta frustración. Todo parecía demasiado vago, demasiado frágil como para confiar en que pudiera conducir las a algo concreto.

—Bueno, supongo que no tenemos otra opción mejor —dijo al fin.

Apenas había terminado la frase cuando el sonido de un mensaje entrante indicó que Irene acababa de recibir la dirección. Se la mostró a Clara: calle Don Jaime I, número 56, tercero izquierda, Zaragoza.

—Deduzco que no ha podido localizar su teléfono, ¿verdad? —preguntó esta, al ver que solo se incluía la dirección.

—No. Ya me dijo que él mismo había llamado al único número que aparecía vinculado a ella, para comprobar si seguía operativo, pero no lo estaba. Me temo que la única opción que tenemos es presentarnos en su domicilio y confiar en tener suerte.

Poco después, el cerrajero se presentó en la casa. Era un hombre delgado, de rostro alargado y voz grave, con un gesto inexpresivo que no transmitía demasiada confianza. Hizo su trabajo con celeridad y eficacia, pero su aspecto —más propio de un personaje de novela negra que de un técnico de reparaciones— hizo que, por

un momento, Clara e Irene se preguntaran si su presencia allí les daba realmente más seguridad... o todo lo contrario.

Un rato más tarde, aprovechando que Irene estaba concentrada frente al portátil —escribiendo o quizás revisando alguna documentación—, Clara se retiró discretamente hacia la ventana del salón y llamó a Martín. Le puso al tanto de lo que habían descubierto, sin entrar en todos los detalles, pero sí en lo esencial. Le habló del libro, la fotografía, la conexión con Nieves y la pista de esa prima en Zaragoza.

Martín escuchó atento, sin interrumpirla, y esta vez, cuando habló, lo hizo con ese tono grave y pausado que Clara asociaba con una forma de estar en el mundo que la tranquilizaba.

Sus sensaciones hacia él venían siendo tan variables como el propio comportamiento y la actitud de este, pero en el transcurso de esa breve conversación, por algún motivo, sintió que entre ambos se establecía una corriente de complicidad inesperada, como si las últimas fricciones se hubieran limado de golpe y algo se hubiera colocado, por fin, en su sitio.

—No sé si te apetecería acompañarnos mañana —le propuso, casi sin pensarlo—. Vamos a ir a Zaragoza, a ver si conseguimos hablar con esa prima. Lo más probable es que, si es así, no nos diga nada útil, pero... no sé, me gustaría que vinieras.

Martín respondió tras dudar unos segundos:

—Me encantaría, pero me va a ser imposible. Estoy justo en medio del inventario, y si no lo termino esta semana, voy a ir fatal con los pedidos.

Clara supo que decía la verdad, aunque también intuyó que quizá no le apetecía demasiado compartir viaje con Irene. Y lo comprendía. Después de todo, las cosas entre ellos seguían siendo tensas. Si bien Irene ya le había pedido disculpas a ella, eso era algo de lo que él no era consciente.

—Bueno, lo entiendo —respondió con un tono cariñoso que le sorprendió incluso a ella misma—. Te mantendré informado.

Colgaron, y Clara se quedó un momento mirando el teléfono en su mano; parecía que aquella breve conversación hubiera dejado en el aire algo más de lo que se había dicho. Por primera vez desde que había regresado a Barbastro, sintió una cercanía real con Martín. No solo en lo práctico, en todo ese misterio que estaban compartiendo, sino en otra dimensión más silenciosa. Una especie de lealtad tranquila que le hacía bien.

Clara observaba a Irene, aún inmersa en su trabajo y ajena a aquel breve paréntesis emocional. No era rencorosa, nunca lo había sido, pero sabía que la relación entre ellas se había visto afectada desde el encontronazo con Martín. No era nada irreparable, desde luego, pero sí suficiente como para empañar la confianza plena que antes depositaba en su amiga sin reservas.

Irene había sido su sostén en los últimos meses; Clara sentía verdadera gratitud por su entrega y compañía. Sin embargo, era consciente de que, cuando una expectativa se quebraba, tendía a no olvidar. En su propia escala interna, su amiga había bajado un peldaño. No quería que fuera así y luchaba contra ello... pero así era ella.

Y, quizá por todo eso, también sentía ahora una necesidad casi moral de corresponder a la actitud de Martín con una generosidad equivalente. De compensar, de algún modo, el lugar al que lo había relegado durante tanto tiempo.

—¿Tienes mucho más que hacer? —preguntó Clara.

—No, nada urgente —respondió Irene, mientras levantaba la vista de la pantalla—. Solo estaba revisando algunos correos.

—Ah, vale. No quería interrumpirte. Aunque creo que hoy me voy a acostar temprano. Estoy algo cansada y si mañana vamos a ir a Zaragoza, prefiero estar despejada.

—Buena idea —dijo Irene, cerrando la tapa del portátil—. Yo también tengo el cerebro espeso ya. ¿A qué hora quieres salir?

—Temprano, pero sin exagerar. A las nueve y media, ¿te parece?

—Perfecto.

—Pues entonces, si no te importa, me voy ya a la habitación. Buenas noches.

Clara se levantó del sofá y se dirigió hacia el dormitorio. Al cerrar la puerta, pensó que, aunque no esperaba respuestas, salir por un tiempo del entorno de Barbastro quizá le ayudaría a ver las cosas desde otra perspectiva.

15

Se levantaron temprano, desayunaron y salieron a la hora acordada. El trayecto hasta Zaragoza, de poco más de hora y media, transcurrió casi sin palabras, con la radio encendida en un volumen apenas perceptible, como un telón de fondo neutro. Cada una iba sumida en sus propios pensamientos.

Clara no dejaba de dar vueltas a los pocos elementos que tenían sobre la mesa: el libro, la fotografía, el intruso, la conexión con Nieves... y ahora, esa prima en Zaragoza. Nada terminaba de encajar del todo, pero intuía que debía de haber un hilo invisible uniendo aquellas piezas. El problema era que aún no encontraba la punta de la cual empezar a tirar.

Irene, por su parte, se mantenía especialmente meditabunda. Había notado en Clara un cambio casi imperceptible, pero inequívoco; una especie de frialdad desconocida, una distancia que antes no existía.

No podía atribuirlo únicamente al cansancio ni a la tensión acumulada en aquellos días; sabía que se debía a su propio error con Martín y a que su actitud había sido, como mínimo, poco apropiada. En el fondo, comprendía a Clara. El problema era que, por más que lo intentara, no podía evitar su visceralidad y, si alguien le caía mal, le caía mal y ya está.

Martín no le había gustado desde el primer minuto. No sabría decir por qué, pero había algo en él que le despertaba una desconfianza instintiva, y eso la había llevado a comportarse con hostilidad.

Aclarar las cosas con su amiga había sido un paso necesario, pero sabía que no bastaba. Si de verdad quería cerrar ese capítulo, debía hacer el gesto de disculparse ante el propio Martín. Lo sabía. Y, sin embargo, eso era algo que no estaba dispuesta a hacer.

A su llegada a Zaragoza, aparcaron en el parking del Ayuntamiento. La dirección se encontraba en pleno centro de la ciudad, a apenas unos pasos de la Basílica del Pilar. La temperatura en la capital era inusitadamente alta para la época, casi veraniega.

Al llegar al portal, llamaron al timbre. Tardaron en contestar, pero, finalmente, una voz desganada de mujer respondió:

—¿Sí?

Tenían tan pocas esperanzas puestas en el éxito de la visita que ninguna de las dos había preparado qué decir si alguien respondía. Así que se vieron obligadas a improvisar.

—Buenos días —dijo Irene, titubeando—. ¿Vive ahí Rosa María Gascón?

—Sí —respondió la mujer, sin cambiar el tono cansado.

—Perdone que la molestemos —intervino Clara—. Queríamos hablar con usted un momento. Es sobre su prima... Nieves Rivas.

Hubo una pausa al otro lado del interfono.

—¿Nieves...? —repitió la mujer, saliendo, ahora sí, de su monotonía—. Hace muchos años que no sé nada de ella. ¿Qué pasa?

—¿Podemos subir? —preguntó Clara.

—Sí, bueno, suban —respondió finalmente la mujer.

El zumbido del portero les indicó que la puerta ya estaba abierta.

Subieron por el ascensor, un aparato antiguo que aliviaba la fatiga de subir andando, pero no el tiempo que se tardaba en hacerlo. En el tercer piso, una mujer de unos sesenta años las esperaba junto a

la puerta entreabierta. Tenía el pelo gris recogido en un moño, gafas de lectura sobre la punta de la nariz y un libro en la mano. Su expresión era atenta, aunque ligeramente desconfiada. Las invitó a pasar con prudente cortesía.

La casa ofrecía pocos alicientes estéticos. Se trataba de una vivienda antigua y oscura, con el olor característico de la falta de ventilación, y sobrecargada de objetos religiosos que dejaban patente la militancia de su propietaria. Las invitó a sentarse en el salón, y fue Clara quien tomó la palabra.

—Gracias por recibirnos. Sabemos que esto puede resultarle extraño. Yo me llamo Clara Morell, y esta es mi amiga Irene. Hace poco heredé una casa en Barbastro de parte de mi tía Julia... Julia Latorre. En esa casa encontramos una fotografía antigua en la que aparece ella junto a otras dos mujeres y, según nos han dicho, una de ellas podría ser su prima, Nieves Rivas.

La mujer quedó pensativa, como intentando vincular mentalmente ese nombre con el recuerdo de su prima.

—Entiendo... —murmuró—. Pero, como les decía, hace... yo diría que treinta años por lo menos que no sé nada de ella. Ni una carta, ni una llamada, nada.

—¿No sabe si está viva o muerta? —preguntó Irene con brusquedad.

—No, no lo sé —respondió la mujer, encogiéndose de hombros y sin duda extrañada por el tono empleado—. Pero con tanto tiempo que ha pasado sin noticias... supongo que lo más probable es que ya haya fallecido. En todo caso, mi relación con ella era muy superficial. Apenas nos tratábamos.

Clara e Irene se miraron un instante. Dudaron si compartir con ella la información del cadáver encontrado en el bosque, pero optaron por no ponerla en esa situación. No contaban con pruebas oficiales, ni fotografías, ni ningún dato concreto que permitiera afirmarlo con

certeza. Tampoco mencionaron el billete de autobús para Zaragoza que Clara había encontrado en la caja.

Esta volvió a tomar la palabra.

—¿Y por qué dice que su relación con ella era superficial? Eran familia directa, ¿no?

—Sí... primas hermanas, aunque nunca hemos tenido mucho trato. Hubo un tiempo en que Nieves se apartó de toda la familia —bajó un poco la voz—. Por entonces se decía que sus padres descubrieron que... bueno... que a ella no le gustaban los hombres.

Irene se revolvió ligeramente en el asiento; parecía que le incomodara la confidencia.

—Ya sabe usted cómo era aquello —continuó—, sobre todo en una familia como la nuestra. Su padre era militar, muy serio, muy de orden. Aquello se tomó como una vergüenza, una deshonra. No sé bien los detalles, pero después de eso Nieves se fue de Zaragoza. Y ya no volvimos a saber nada de ella.

La frase quedó suspendida en el aire, con un matiz más triste que dramático.

—¿Usted cree que sus padres le dieron la espalda? —preguntó Clara.

—Creo que sí. Fue una afrenta terrible para ellos. Y en aquella época, ya sabe... no era como ahora. Aquello no se hablaba. Simplemente, se cerraban las puertas.

Pasaron unos instantes antes de que alguien reaccionara. Clara asintió muy levemente, como necesitando un momento para procesar la información. Irene evitó intervenir.

—¿Y usted cómo lo vivió? —preguntó finalmente Clara.

La mujer suspiró y se acomodó en el respaldo del sofá.

—Éramos jóvenes. Yo tampoco entendía mucho. Un día, Nieves dejó de venir y, cuando preguntabas por ella, cambiaban de tema. Así funcionaban las cosas. Y una acababa por acostumbrarse a no preguntar.

Hizo una breve pausa.

—Con el tiempo, claro... te das cuenta de lo absurdo que fue todo. Pero entonces, cada cual hacía lo que podía. No me siento orgullosa de aquello, pero tampoco sé si podría haber hecho algo distinto.

Mientras la mujer hablaba, Irene recorría la estancia con la mirada. Los crucifijos y las imágenes religiosas se repetían en las paredes y los muebles, como algo cotidiano. Pero ella no pudo evitar sentir cierto rechazo; aquella acumulación le resultaba ajena, casi hostil.

—¿Y no volvió a tener ninguna noticia? ¿Ni siquiera a través de otros familiares? —preguntó Clara.

—No. La verdad es que no había más familia. Lo lamento, pero poco más puedo decirles al respecto.

—Se lo agradecemos igualmente —dijo, sin poder evitar mostrar cierta decepción en el tono.

—¿Y por qué ahora? —preguntó la mujer—. ¿Por qué buscan a Nieves después de tantos años?

—Porque creemos que todavía hay cosas de su historia que nadie ha contado —respondió, tras titubear un instante, sin querer entrar en más detalles—. Queremos entender quién fue realmente, aunque sea un poco.

La mujer asintió con una leve inclinación de cabeza, pareciendo comprender, o al menos respetar, la necesidad de buscar respuestas, aunque fuera tarde. Las acompañó hasta la puerta y, al despedirse, Clara le tendió la mano, que ella estrechó con amabilidad.

Al salir al calor de la calle, se quedaron unos segundos bajo la luz intensa del mediodía, adaptándose a la claridad y al cambio de

ambiente tras la visita.

Ya que estaban en Zaragoza, decidieron quedarse a comer y regresar por la tarde. Aquella pausa, lejos de Barbastro y de la tensión de los últimos días, sirvió para que entre ambas amigas se restableciera, al menos en parte, la habitual cordialidad.

De regreso, el paisaje desfilaba ante sus ojos con una monotonía casi hipnótica. Clara, al volante, repasaba mentalmente la conversación. No había sido reveladora; sin embargo, ciertos detalles sobre la vida de Nieves daban pie a lo que ya era algo más que una simple intuición.

Si Nieves era realmente la autora de la parte final del libro y si aquel tono íntimo iba dirigido a Julia, entonces todo adquiriría un sentido distinto.

Era solo una conjetura, una más en medio del desorden, pero encajaba con demasiadas piezas como para ignorarla. Tal vez no se acercaban aún a la verdad completa, pero cada nueva pieza de información, cada detalle, las acercaba un poco más al corazón de la vida de Nieves.

16

Al llegar a casa, Clara tiró el bolso sobre el sofá y se quitó los zapatos, mientras Irene subía directamente al baño.

—Voy a darme una ducha —anunció—. Necesito sentir el agua y relajarme un poco. Estoy molida.

Mientras Irene se encerraba, Clara aprovechó para sacar el móvil y llamar a Martín.

—Hola, Martín —dijo cuando él respondió—. ¿Tienes tiempo para que nos veamos? Quería contarte algunas cosas que descubrimos hoy en Zaragoza.

—Bueno, estoy terminando el inventario en la librería y, la verdad, me vendría bien tomar una cerveza y despejarme un poco. ¿Qué te parece si quedamos a cenar en el restaurante nuevo que han abierto, cerca del juzgado, cuando acabe? Así hablamos tranquilamente.

—Perfecto, me viene bien. ¿En una hora?

—Sí, genial.

Cuando Irene salió del baño, Clara le preguntó si quería acompañarla, aunque ya daba por sentada su respuesta.

—No, gracias —respondió—. Estoy cansada, acabo de ducharme y ponerme cómoda. Prefiero contestar unos emails pendientes y leer un poco.

Clara asintió y se dispuso a prepararse para salir sola. De hecho, lo prefería.

Aunque el restaurante quedaba a un paseo y hacía buena temperatura, no le apetecía caminar, y tampoco quería que Martín se sintiera obligado a acompañarla luego de regreso. Así que cogió el coche y aparcó en un hueco a un par de calles del restaurante que le había indicado.

Llegó justo cuando él preguntaba al camarero por una mesa libre. Al verla entrar, una leve sonrisa se dibujó en su rostro, aunque sus ojos conservaban ese brillo inquieto que no terminaba de desaparecer.

—Justo a tiempo —dijo—. Estaban a punto de darme mesa. Estoy realmente hambriento y, sobre todo, sediento.

Se sentaron en un rincón tranquilo, apartado del bullicio del local, que —sorprendentemente para ser un día entre semana— estaba abarrotado, seguramente por la novedad. Allí podrían hablar sin interrupciones. Clara comenzó a relatar la visita a la prima de Nieves, compartiendo con detalle lo que habían descubierto y lo que seguía sin encajar.

Martín la escuchaba con atención, aunque de vez en cuando desviaba la mirada hacia la puerta, como si esperara a alguien o temiera ser observado.

—¿Te pasa algo, Martín? Te noto inquieto —inquirió ella, a quien no le pasaba desapercibido su desasosiego.

—Te aseguro que lo último que querría es preocuparte aún más, Clara, y por eso no te había dicho nada hasta ahora —confesó, bajando la voz, tras unos instantes de duda—. Pero desde que llegaste al pueblo he tenido la sensación de que algo no va bien.

—Cuando me contaste que te parecía que alguien te seguía —continuó—, no quise echar más leña al fuego, pero... para ser sincero, yo también he sentido esa presencia.

Clara abrió los ojos, sorprendida.

—¿Tú también lo has notado? —repitió, incrédula—. Hasta el incidente del intruso pensé que todo era paranoia mía. Pero después...

Él negó con la cabeza.

—No, no era paranoia. Con todo, habría seguido sin decirte nada... si no fuera porque ayer pasó algo que ya me preocupó bastante más.

Se detuvo y miró alrededor; daba la impresión de que aún dudara si debía continuar. Luego bajó aún más la voz.

—Estaba cerrando la librería, ya era de noche. Justo cuando me disponía a apagar la última luz, sonó el teléfono. El fijo de la tienda, no el móvil.

—¿Y quién era?

—No lo sé. Al principio pensé que era una broma. Pero no lo era. La voz sonaba apagada, como alguien hablando con algo que cubriera el auricular. Era muy calmada, pero con un tono frío, impersonal, que ponía los pelos de punta. Me dijo algo así como: "Deja de hurgar donde no te llaman. Esta historia no te pertenece. Si sigues, alguien va a salir muy mal parado."

Clara no daba crédito. El zumbido de las conversaciones del restaurante pareció desvanecerse, desapareciendo todo lo demás ante la gravedad de lo que acababa de oír.

—¿Estás seguro de que no era una broma? —preguntó.

—Ojalá lo fuera. Pero no. Estoy convencido de que no.

Clara se quedó mirando la copa de vino que apenas había tocado, mientras deslizaba el dedo por el borde del cristal, como si eso le ayudara a poner un poco de claridad en sus pensamientos.

—Martín... —dijo al fin—. No deberías haberte metido en esto.

—Clara, no digas tonterías. Sabes que no iba a quedarme al margen.

—Sí, pero... Esto está empezando a ir demasiado lejos.

Levantó la vista y lo miró con una mezcla de preocupación y algo más difícil de nombrar, algo más íntimo.

—Si te pasara algo por mi culpa... no podría perdonármelo.

Él negó suavemente con la cabeza.

—Justamente por eso te lo cuento ahora. Porque ya no se trata solo de suposiciones. Esto empieza a parecer algo real... y peligroso.

—¿Qué estás pensando hacer?

—Ponerlo en conocimiento de la Guardia Civil —dijo con calma—. Sin armar demasiado escándalo ni lanzar teorías sin pruebas, pero sí lo suficiente para que quede constancia. Si algo más llegara a pasar, al menos estarían sobre aviso.

—¿Y qué les vas a contar exactamente? ¿Que recibiste una llamada anónima diciéndote que dejáramos de husmear?

—Eso, y que llevamos días sintiendo que alguien nos sigue, que han entrado en tu casa... No hay que contarlo todo. Basta con sembrar la inquietud. Que sepan que alguien nos observa, y que nosotros también estamos alerta.

Ella asintió despacio, casi de manera automática, sin estar del todo convencida.

Cuando salieron del restaurante, era ya noche cerrada. Las calles de Barbastro estaban tranquilas, apenas iluminadas por farolas tenues y su reflejo en algunos escaparates. Ambos caminaron unos metros, sin decir palabra, con lo que habían hablado aún flotando entre ellos.

Clara se detuvo junto a una esquina poco transitada y se volvió hacia él.

—Siento haberte arrastrado a todo esto —dijo, con tono apesadumbrado—. No pensé que la cosa fuera a llegar tan lejos... y mucho menos que pudiera ponerte en peligro.

—No es algo solo tuyo, Clara. Todo esto, de algún modo, también me toca. Y no me voy a echar atrás.

Ella ladeó la cabeza, con una mezcla de gratitud y preocupación reflejada en el rostro. Martín dio un paso, acortando la distancia existente entre ellos.

—No pienso dejar que te pase nada —añadió—. Y tampoco pienso alejarme.

Hubo una pausa, tensa pero cargada de algo nuevo. Clara le sostuvo la mirada y el roce de sus manos no fue casual. Sus dedos se entrelazaron, y un escalofrío la recorrió desde la muñeca hasta la nuca. Sus labios se encontraron en un beso breve pero intenso, concentrando en cada segundo todo el deseo reprimido hasta entonces.

Cuando se separaron, Clara respiró hondo. Aquello la había pillado por sorpresa, y aunque su cuerpo pedía rendirse al calor y la pasión que la recorría, no se sentía en condiciones de dejarse llevar —al menos no en ese momento—. Cada caricia y cada roce de antaño seguían resonando en su piel, pero sabía del daño que le había causado a Martín en el pasado, y eso, mezclado con todo lo que estaban viviendo, hacía que la sensación fuera desbordante y confusa, sugiriéndole que debía contenerse.

—Mañana vamos a la Guardia Civil. Lo haremos juntos —dijo, buscando recuperar el control y sellar no solo la decisión que los unía frente a lo que debían afrontar, sino también el hilo de complicidad que volvía a tejerse entre ellos.

—De acuerdo —respondió Martín—. Iremos juntos.

Emprendieron el camino hacia donde ella había dejado aparcado el coche, cogidos de la mano, mientras en la mente de ambos la

emoción del instante se entrelazaba con los ecos de aquellos recuerdos lejanos y con todo lo vivido en los últimos días.

17

El cuartel de la Guardia Civil se alzaba al final de una calle, ya en los límites del casco urbano. El edificio, de ladrillo rojo visto y ya algo envejecido, conservaba ese aire sobrio y funcional propio de la arquitectura de los años sesenta.

Clara y Martín llegaron temprano, tras desayunar en una cafetería cercana. Intentaban conversar con normalidad, pero lo sucedido la noche anterior aún flotaba entre ellos, dejando una tensión sutil que ninguno se atrevía a romper. Ambos sabían que algo había cambiado, aunque ninguno se sentía del todo preparado para asumirlo como un punto de partida.

Al entrar, un guardia de servicio les indicó que esperaran en un banco de madera junto a la pared. El vestíbulo tenía las paredes cubiertas con paneles de corcho, tableros de anuncios oficiales y un reloj que marcaba cada segundo con un implacable clic metálico. El aire ofrecía una curiosa mezcla de olor a café de máquina y desinfectante.

Clara se entretenía haciendo girar lentamente las llaves del coche entre los dedos, mientras Martín repasaba mentalmente los puntos que debían mencionar. El plan era claro, contar lo suficiente para que quedara constancia, pero sin desvelar todo lo que sabían.

Poco después, un hombre de complexión robusta y uniforme impecable cruzó la estancia. Tenía el cabello gris, muy corto, y un porte que no necesitaba galones para hacerse notar. Al pasar frente

a ellos, giró ligeramente la cabeza y, al ver a Martín, se detuvo en seco.

—¿Martín?... ¿eres tú, verdad? —dijo, como esperando una confirmación que no necesitaba—. El hijo de Marcial. Caray, casi ya ni te reconozco.

Martín se levantó enseguida, esbozando una sonrisa respetuosa.

—Teniente Salcedo. ¡Qué sorpresa! No esperaba verle por aquí; hacía tiempo que no coincidíamos.

—Capitán... capitán Salcedo —corrigió con sorna, señalándose las estrellas en la hombrera.

—Ah, usted perdone, capitán —dijo Martín, con un gesto de complicidad.

—Cuánto me alegro de verte. Tu padre y yo, ya lo sabes, éramos grandes amigos... desde críos. Qué gran tipo Marcial. No sabes cómo lamenté su muerte. Pero decidme, ¿qué os trae por aquí? —añadió, echando una primera mirada curiosa a Clara.

—Pues un asunto desagradable que queríamos denunciar. Pero, déjeme que le presente a Clara. Ella es la única familia de Julia...

—¿Julia Latorre? —interrumpió Salcedo sin dejar acabar la frase—. Ya veo... Una mujer reservada, Julia, pero buena gente. —Venid, pasad a mi despacho; ya os atiendo yo, así no tenéis que esperar —dijo, mientras les tendía la mano.

El despacho era sobrio, con muebles de madera oscura, un crucifijo a un lado de la puerta y un gran mapa de la zona clavado en la pared. Había también un retrato oficial del Rey, una bandera de España y varias carpetas apiladas meticulosamente sobre el escritorio.

El capitán les ofreció asiento y escuchó atentamente, mientras Martín relataba lo relativo a la llamada anónima, la sensación de ser vigilados y la creciente inquietud que los había llevado hasta allí.

Clara dejó que fuera él quien llevara la voz cantante, interviniendo solo en momentos puntuales para aportar algún detalle.

Salcedo no interrumpió ni una sola vez. Mantenía la mirada fija en Martín y, eventualmente, en Clara, asintiendo de tanto en tanto.

—Ya veo. Entiendo que estéis preocupados. No es para menos. Sobre todo, eso de la llamada resulta poco tranquilizador, pero mucho me temo que, sin más pruebas que apoyen lo que me contáis, desde aquí podemos hacer poco por el momento.

—No obstante —prosiguió—, si os parece, voy a hacer una comunicación que registraré en un parte interno. Nunca está de más que quede constancia por escrito. Pero si algo más ocurre, quiero saberlo personalmente. Adoptaremos las medidas oportunas. No hay que tomarse a la ligera este tipo de amenazas.

Abrió un cajón, sacó una tarjeta y la deslizó por la mesa.

—Mi número personal. Si volvéis a recibir amenazas o notáis algo extraño, llamadme a mí directamente.

Martín tomó la tarjeta con un leve gesto de agradecimiento. Clara asintió también, aunque su expresión seguía tensa.

Cuando salieron al exterior, la luz del día parecía más blanca, más nítida. Caminaron unos metros sin decir nada, como esperando alejarse lo suficiente para poder hablar. Fue Martín el primero que lo hizo:

—Ya sabíamos que no podrían hacer gran cosa sin pruebas... pero al menos ya tienen conocimiento de ello.

Clara asintió sin detenerse y añadió:

—Y si alguien nos está vigilando, probablemente ya se habrá enterado de nuestra visita.

—Ese era el objetivo. Si alguien nos sigue los pasos, sabrá que la Guardia Civil ya está al tanto. Y si decide continuar, quizá se lo

piense dos veces.

Siguieron caminando, conscientes de que lo que acababan de hacer no lo cambiaba todo... pero quizás sí lo justo como para sentirse algo más tranquilos.

Al llegar a una esquina, Martín consultó el reloj.

—Tengo que volver a la librería —dijo—. El inventario no se va a hacer solo.

—Yo me pasaré por el súper antes de volver —respondió Clara—. Nos faltan algunas cosas.

Se detuvieron frente a frente, sin atreverse a reproducir la intimidad alcanzada la noche anterior. Martín extendió las manos y Clara las tomó. Durante unos segundos, se miraron a los ojos con una profundidad que lo decía todo sin palabras. Fue un gesto breve, silencioso, pero cargado de significado; se diría que en ese instante se habían reconocido en algo que iba más allá del momento. Solo la luz del día los obligaba a mantener la distancia.

—Nos vemos luego —dijo él, sin apartar la mirada.

—Claro.

Se soltaron al mismo tiempo y tomaron caminos distintos.

Cuando más tarde Clara entró en casa, cargada con las bolsas, encontró a Irene frente al portátil, concentrada en la pantalla. Llevaba el pelo recogido en un moño sujeto con un lapicero y las gafas de lectura puestas —no recordaba haberla visto usarlas antes—. Al oírla, levantó la vista.

—¿Qué tal ha ido? —preguntó.

La noche anterior, Clara la había encontrado ya dormida al regresar a casa, por lo que no fue hasta esa misma mañana, antes de salir, cuando le había contado sus planes. Su pregunta sonaba más curiosa que interesada.

—Bien... bueno, lo esperado —dijo, dejando las bolsas sobre la encimera—. El capitán que nos atendió conocía a Martín. Nos escuchó con atención y fue bastante receptivo, pero ya sabíamos que sin pruebas concretas no podrían hacer gran cosa. Aun así, quedó constancia.

Irene asintió, sin que pareciera querer profundizar más en el tema.

¿Y Martín? —preguntó, con un tono que sorprendió a Clara, ya que parecía mostrar más interés por él que el que acababa de demostrar por el resultado de la visita al cuartel.

Esta dudó un instante.

—¿Qué pasa con él?

—Pues eso... qué tal con él. Esta mañana no me contaste mucho sobre vosotros. Supongo que anoche hablaríais de algo más que de ir a visitar a la Guardia Civil.

Clara tomó aire antes de responder. Sabía que a Irene no le había caído nada bien. Nunca habían tenido secretos entre ellas, pero ahora no estaba segura de si debía contarle algo al respecto.

—Anoche hablamos largo y tendido... y pasó algo.

Irene arqueó las cejas con gesto interrogante.

—¿Algo? ¿Qué tipo de "algo"?

—Nos besamos... bueno, no fue algo... demasiado serio... pero me removié cosas. Creo que empiezo a sentir algo por él.

Irene volvió la mirada hacia la pantalla durante unos instantes. Luego se quitó las gafas con un gesto pausado y las dejó sobre la mesa.

—¡Ah... eso sí que no me lo esperaba! ¡Mira!

Clara percibió algo tenso en su tono, pero no supo si era incomodidad o simple sorpresa.

—¿Te molesta?

—¿Molestarme? No, claro que no —respondió Irene, con fingida normalidad—. Si tú estás bien, me alegro.

El silencio que siguió fue extraño, casi desconcertante. Irene volvió a colocarse las gafas y permaneció unos instantes con las manos sobre el teclado, fingiendo teclear mientras su mente parecía recorrer otra parte de la habitación. Pasaron varios segundos antes de que volviera a hablar.

—Bueno... —dijo al fin—. Voy a subir a la habitación porque tengo que organizarme —añadió, mientras parecía querer evitar la mirada de Clara—. No te lo había dicho, pero mañana vuelvo a Madrid.

—¿Pero... cómo? ¿Mañana ya? Pensaba que te quedabas al menos hasta el domingo.

—Sí, esa era la idea, pero se me han acumulado cosas en el periódico. Me avisaron hace un rato de un par de temas urgentes y no puedo aplazarlos.

—¿No puedes quedarte ni un poco más?

—Esta vez no, lo siento —contestó, un tanto bruscamente, mientras volvía la vista a la pantalla—, además, parece que aquí ya tienes compañía suficiente.

Clara conocía a Irene lo bastante como para comprender que no tenía sentido insistir. Observó a su amiga unos segundos, intentando descifrar el motivo de su evidente cambio de actitud.

Mientras volvía a las bolsas que había dejado en la cocina, pensó que tal vez, en esa estúpida competición que parecía haber iniciado con Martín, lo que había pasado entre ellos la hacía sentirse desplazada... pero tenía la impresión de que había algo más detrás, algo que no acababa de comprender.

18

La mañana amaneció lluviosa y algo más fresca que los días anteriores. Irene se marchó temprano, tras un desayuno rápido y una apresurada despedida.

De hecho, si no se hubiera despertado por el ruido de la cisterna y el tintinear de los cacharros que Irene estaba usando en la cocina, Clara estaba convencida de que su amiga habría preferido irse sin despedirse siquiera.

Se quedó en el porche unos minutos, observando cómo el coche desaparecía por el camino de grava que cubría los pocos metros hasta la carretera. Le resultó difícil quitarse de encima la sensación de haber hecho algo mal, sin saber exactamente qué.

Entró en la casa con la taza de café aún entre las manos y la mirada perdida. La habitual quietud de la casa parecía acrecentarse sin la presencia de Irene. Subió las escaleras con paso lento, sin un objetivo claro, hasta detenerse mecánicamente frente a la puerta del dormitorio de Julia.

Aunque el espacio destinado a la biblioteca ya había sido repetidamente visitado, cayó en la cuenta de que nunca se había detenido a explorar con verdadera intención la habitación propiamente dicha. Hasta aquel momento, la había recorrido con respeto, casi de puntillas, como quien entra en una estancia que aún pertenece a otro.

Pero esa mañana, quizá por la ausencia abrupta de su amiga, sintió algo distinto, un impulso más decidido a explorar el santuario. Guiada por él, se acercó a la cómoda, elegante y sobria, en la que hasta entonces apenas había reparado.

Sobre su superficie había un par de marcos con fotos antiguas — una de los padres de Julia el día de la boda y otra de ella misma cuando era joven—, una bandejita de plata y un pequeño joyero vacío.

Abrió el primero de los tres grandes cajones. Dentro, había ropa cuidadosamente doblada. Blusas de lino, pañuelos de seda, algún jersey de punto fino. Todo tenía un aire de continuidad. Parecía que Julia fuera a regresar en cualquier momento a recogerlo.

En el segundo cajón, entre la ropa interior, doblada con igual esmero, había una caja de metal algo oxidada que contrastaba con la pulcritud de las prendas. De niña había visto alguna caja similar en casa de sus padres, donde la usaban para guardar fotos sueltas, esas que no encontraban sitio en los álbumes. La tomó con cuidado y la colocó sobre la cama, dudando unos segundos antes de abrirla.

Dentro, además de un buen número de fotos, encontró un manojo de cartas sueltas, amarillentas, la mayoría sin sobres, y una medalla religiosa con una cinta azul. Todo estaba dispuesto con cierto orden. Se diría que alguien hubiera querido quitarlo de la vista, sin relegarlo al descuido ni al desorden de las cosas que se amontonan sin más.

Clara cogió las fotografías. Algunas eran en blanco y negro; las tradicionales de comuniones, bautizos, imágenes de grupo. En la mayoría no reconocía a nadie, aunque en algunas aparecía su padre de niño. Incluso juraría haber visto alguna de ellas también en los álbumes antiguos del salón familiar. Eran escenas de infancia y adolescencia compartida, momentos de aquel pasado en el que su padre todavía vivía en el pueblo, antes de irse definitivamente a Madrid.

Otras fotos eran en color, ya desvaídas. Típicas instantáneas de los ochenta y noventa.

En una de ellas —la que acabó por centrar toda su atención— aparecían tres personas sentadas en un banco de madera, con un árbol al fondo, en lo que parecía un jardín familiar. Julia estaba en el centro, más joven, con un pañuelo sobre los hombros y una expresión tranquila, sosteniendo un libro abierto sobre las rodillas. A su derecha, un hombre mayor, vestido con traje oscuro y de aspecto enfermizo. Se trataba, sin duda, de su abuelo, en la que debía ser una de sus últimas fotografías. Al otro lado, una mujer joven, de mirada intensa, con el cabello suelto y un vestido claro.

Al reconocerla, sintió un vuelco en el corazón. No tuvo que mirar dos veces. Era Nieves.

La imagen le resultó inquietantemente familiar. Se quedó inmóvil, con la fotografía entre las manos, mientras una sensación conocida —aunque difícil de precisar— le recorría el cuerpo.

Recordó la otra fotografía, la encontrada en la caja, con ese otro trío donde tan solo cambiaba la mujer sin rostro por su abuelo; en ambas estaban Julia y Nieves, aunque entonces no supiera aún quién era. Solo ahora comprendió de golpe lo que aquella presencia significaba: que esa mujer no era alguien al azar en la vida de Julia, sino alguien ya integrada en su entorno, presente en momentos privados y cercanos a la familia.

La coincidencia de su tía, su abuelo y Nieves en la misma imagen dejaba claro que el vínculo entre ellas era mucho más estrecho de lo que había imaginado. Había algo en esa combinación de rostros que, de repente, encajaba con claridad en su mente.

Antes de cerrar la caja, hojeó el resto de las instantáneas:. Ninguna parecía tener especial interés. Las cartas, por su parte, eran antiguas, la mayoría de cuando Julia era adolescente —algunas de sus padres, otras enviadas por amigas desde lugares donde pasaban los veranos—. Nada que aportara algo a lo que estaba buscando.

Tras un rato dándole vueltas a todo aquello, la necesidad de tomar aire, moverse y hacer algo que la distrajera la empujó a levantarse. Anduvo deambulando sin rumbo por el jardín y los alrededores de la casa. Después de comer, ya entrada la tarde, se vistió por fin y bajó al pueblo andando.

Se acercó a la librería. La puerta estaba cerrada, con un cartel colgado en el interior: "*Cerrado por inventario*". Al verla, Martín se levantó de detrás del mostrador y le abrió con su habitual sonrisa.

—¿Te pilló en medio de algo?

—Inventariando desastres —respondió él, señalando unas cajas medio abiertas—. Pero entra, por favor.

Clara cruzó el umbral. El interior de la librería siempre le transmitía una sensación de paz, a pesar del lógico desorden de esos días. Martín le hizo un gesto para que lo siguiera hasta el fondo, donde tenía unos cuantos lotes de libros apilados en el suelo, pendientes de revisión.

—Perdona que no me pare mientras hablo contigo, pero ando algo pillado y quería acabar esta parte antes de salir a comer. ¿Qué tal estás?

Clara se encogió ligeramente de hombros.

—Irene se ha marchado esta mañana. Sin mucho aviso.

Martín levantó la mirada, curioso.

—¿Tan pronto? Pensé que iba a quedarse más días.

—Yo también. Me dijo que tenía asuntos en el periódico, pero no sé... estaba rara. Seria. Algo irritada, incluso. Yo creo que había algo más.

Martín dejó un libro a un lado, se giró hacia ella y, con media sonrisa ladeada, soltó:

—Pues hombre, Clara, yo seré un simple librero de pueblo y tú una sabelotodo de Madrid —dijo en tono burlón, llevándose una mano al pecho con fingida reverencia—, pero para mí es bastante evidente.

Clara lo miró, desconcertada.

—¿El qué es tan evidente?

—Pues que le gustas... A Irene, quiero decir.

Clara se quedó inmóvil un segundo, como si le hubieran hablado en otro idioma.

—¿Cómo que le gusto?

—Pues eso, Clara, que le gustas. No sé si no te habías dado cuenta, pero... vamos, era evidente.

Clara soltó una risa breve, incrédula.

—No digas tonterías.

—No lo es. De hecho, creo que por eso no le caí bien desde el principio. No me soportaba, y, desde luego, no podía ser por mi falta de encanto personal —dijo riendo.

Clara lo miró, aún desconcertada. Se sentó en uno de los taburetes cercanos, con las manos cruzadas sobre las rodillas.

—Nunca me lo había planteado... Siempre pensé que éramos solo amigas. Muy cercanas, sí, pero... no, no puede ser. Además... Irene tuvo un novio durante casi dos años.

—¿Y qué? —dijo Martín, con media sonrisa—. A ver si yo, pobre pueblerino, voy a ser más abierto que tú.

—¿De verdad te parece tan evidente?

Martín se encogió de hombros.

—Ya te digo. Estas cosas pasan. A veces no vemos lo que no esperamos. Pero si te sirve de algo, no me pareció que estuviera

enfadada contigo. Más bien lo estaba conmigo. Quizá no sabía cómo gestionar lo que sentía.

Clara bajó la vista, pensativa. Todo encajaba de un modo inesperado y, en cierto modo, doloroso. No era culpa suya, pero no podía evitar sentirse afectada por no haberlo visto venir antes ni por el daño que pudiera haber causado, sin querer, a Irene.

Martín se acercó con una taza de café recién hecho y se la puso delante. Sus dedos rozaron los de ella en un gesto involuntario.

Durante un momento ninguno dijo nada. La distancia entre ambos pareció reducirse sin que ninguno hiciera nada por evitarlo.

Él no soltó su mano. La presión fue sutil, pero firme. Ella notó cómo se le aceleraba el pulso. Sin pensarlo, acercó su otra mano y entrelazó los dedos con los suyos. Él la observó con una mezcla de incertidumbre y deseo contenido.

Se acercaron un poco más, hasta que sus frentes se rozaron apenas, compartiendo un segundo cargado de tensión. Sin apartar la mirada, él apoyó suavemente una mano en su nuca y la atrajo hacia sí. Ella cerró los ojos, dejándose llevar por el momento.

Martín aseguró el cerrojo de la puerta. Adentro, el inventario perdió su urgencia y afuera el mundo quedó en suspenso.

19

Clara repasaba mentalmente todo lo que tenía que hacer durante la jornada. Al abrir la ventana para ventilar, la brisa del Cierzo inundó la casa de olores desconocidos en Madrid.

La tarde anterior, Martín la había acompañado paseando hasta casa, como solían hacerlo en otra vida, cuando apenas eran unos adolescentes. Aquellos trayectos se alargaban adrede, posponiendo la despedida, y el beso en la puerta siempre llegaba a hurtadillas, con la cautela propia de quien temía ser sorprendido por los adultos; aunque en realidad, la tía Julia nunca le hizo la menor advertencia.

Ahora, recordar aquella rutina juvenil le provocaba un temblor extraño. Todo era reconocible y, a la vez, distinto. Ya no eran los adolescentes que robaban instantes, sino dos adultos que, sin proponérselo, habían dejado que algo dormido volviera a latir entre ellos.

La tarde anterior había sido un paréntesis breve, un respiro en medio de los días turbulentos que los perseguían. Durante unas horas lograron apartar las preguntas que acechaban cada decisión y cada pensamiento. Pero Clara sabía que aquel respiro no podía prolongarse.

Por eso habían quedado para comer allí. Para continuar la conversación pendiente, sí, pero también para explorar con calma esa intimidad inesperada y descubrir hacia dónde les llevaba aquel eco del pasado.

Cuando Martín llegó, especialmente acicalado para la ocasión —la camisa impecable, el cabello perfectamente en su sitio—, a pesar de haberse acercado andando, Clara no pudo evitar sentirse ligeramente avergonzada. Había pasado la mayor parte de la mañana cocinando y no había tenido tiempo de arreglarse demasiado.

Durante la comida, ambos se permitieron un pequeño respiro. Eran conscientes de que tenían que abordar los asuntos pendientes, pero por un momento dejaron que la conversación fluyera de manera natural, simplemente disfrutando de la cercanía y de estar juntos.

—¿Quieres un café? —preguntó ella, al acabar de comer, mientras recogían los restos y se los llevaban a la cocina.

Al poner la cafetera, Clara sintió una sensación extraña, como de estar viviendo un *déjà vu* de algo que nunca había ocurrido. Tras la pausa de la comida, llegaba el momento de retomar la conversación pendiente, y lo cierto es que aún no le había contado a Martín su hallazgo del día anterior.

—Todavía no te he contado lo que descubrí ayer —dijo mientras se sentaban a tomar el café—. Revisando las cosas de Julia, encontré una caja metálica en un cajón de su cómoda. Dentro había varias cartas y algunas fotos, y una en particular me llamó la atención. En ella aparecían mi tía, mi abuelo y Nieves. Como sabes, mi padre y Julia eran primos hermanos, así que mi abuelo también era tío de ella.

—Ya, ya. Eso confirma que la relación entre Julia y Nieves existía.

—Sí, pero me llamó la atención porque demuestra que esa relación era más estrecha de lo que pensábamos.

—Está claro. Pero yo lo que sigo dando vueltas es a dónde demonios he visto antes la cara de esa mujer. Debió aparecer en alguna foto o imagen relacionada con su desaparición, pero no consigo recordarlo.

—Lo único que se me ocurre es que fuera en alguno de esos volúmenes con viejos periódicos de...

Clara ni siquiera acabó la frase. Con solo pronunciar la palabra “*periódicos*” recordó el libro color burdeos y ese recorte de *El Cruzado Aragonés*.

—Espera, voy a buscar algo —dijo, apresurándose y subiendo las escaleras de dos en dos.

En apenas un minuto regresó con el volumen bajo el brazo y lo dejó sobre la mesa. Lo abrió con cuidado y desplegó el recorte que había dejado entre las primeras páginas.

Ambos se inclinaron para observarlo. Tan deteriorado como Clara lo recordaba, no parecía revelar nada nuevo.

Martín frunció el ceño, examinándolo con atención, sin entender qué interés podía tener aquello.

—Aquí, más allá de la fecha, apenas se puede leer nada, y la mayor parte de las figuras en la foto son indistinguibles —dijo.

—Exacto... se lee la fecha, ¿y...? —dijo Clara, dejándole a Martín completar la frase.

—...Y podemos ver si aparece en el ejemplar original que probablemente esté en la librería —acertó él—. Pues, ¿a qué estamos esperando?

Clara tuvo la sensación de que aquella pista podía ser la clave que necesitaban para avanzar. Sin perder tiempo, apuraron el café y salieron en su coche.

Rebuscando entre los volúmenes, tardaron poco en localizar el correspondiente a diciembre de 1994. Allí, publicado en la segunda semana del mes, estaba el artículo completo.

En el apartado de sucesos se relataban los detalles de una terrible tragedia. Un minibús que cubría la ruta escolar para recoger y dejar

a los niños de los pueblos cercanos había sufrido un accidente. La carretera, en malas condiciones por las bajas temperaturas, había provocado que el conductor perdiera el control y el vehículo se precipitara por un desnivel. En el siniestro murieron el propio conductor y cinco de los diez niños que viajaban en él.

La fotografía que acompañaba el texto no era solo una imagen más. Era el eco tangible de una historia que su padre le había contado mil veces, un recuerdo grabado a fuego en la memoria de Martín, una herida abierta que había marcado a toda la comunidad.

Aunque él era apenas un niño cuando ocurrió, reconoció al instante el hecho que retrataba. Había crecido escuchando el relato entre los viejos periódicos que hojeaba con su padre en la librería. Aquel suceso dejó cicatrices invisibles, una conmoción colectiva que, hasta ese momento, Martín no había logrado relacionar con el misterio que ahora los envolvía.

En la imagen, el personal de asistencia se afanaba en atender a los supervivientes, mientras varios cadáveres aparecían al fondo, cubiertos con sábanas. En primer plano destacaba la cara desencajada de una mujer que ejercía como sanitaria. No había duda, era Nieves. Y, tras ella, para sorpresa de ambos, se distinguía otra cara conocida... la del entonces cabo Manuel Salcedo.

Martín permaneció callado un momento, todavía con la vista fija en la fotografía. Sin duda, no era la primera vez que la veía, pero había algo profundamente perturbador en observarla ahora con otros ojos. No era solo el recuerdo de la tragedia, sino la certeza de que todo estaba conectado de una forma que aún se les escapaba.

—Tenemos que volver a repasarlo todo —dijo Clara, como necesitando convencerse a sí misma—. Hay demasiadas piezas sueltas. Estoy segura de que hay algo que hemos pasado por alto.

Martín asintió, cerrando el tomo con cuidado.

—Sí. Todo empieza a entrelazarse, pero aún no vemos el dibujo completo.

Se sentaron en el rincón de lectura. Clara sacó su cuaderno de notas, donde había ido apuntando fechas, nombres, lugares. Lo abrió por la última página escrita y repasó en voz alta:

—Julia. Nieves. Mi abuelo. El brigada muerto. El libro de color burdeos. La caja. Las fotos. Y ahora, este accidente... —sus dedos recorrieron la página, mientras su mente buscaba conexiones—. Nieves no estaba de paso. Estaba implicada en algo más profundo, más oscuro. Tal vez fue testigo de algo. O tal vez sabía demasiado. Pero ¿sobre qué?

Martín no respondió. Aún tenía la imagen clavada en su cabeza, la figura de Nieves en medio de aquel caos. Y Salcedo detrás de ella. ¿Fue una coincidencia?

En ese momento, el móvil de Clara vibró sobre la mesa. Miró la pantalla.

—Es mi madre —dijo, con cierta sorpresa—. Hablé con ella hace poco. No creo que sea nada importante; seguro que está aburrida y quiere contarme su última visita al médico, pero mejor lo cojo, por si acaso.

Martín asintió con la cabeza mientras ella contestaba.

—Hola, mamá. ¿Pasa algo?

—Hola, Clara. No, tranquila, no es nada urgente. Solo quería saludarte. ¿Te pillo bien?

—Sí, sí. Bueno, un poco liada ahora, la verdad. Estoy aquí con Martín, mirando unas... cosas que dejó Julia. ¿Tú qué tal?

—Bien, como siempre... —hubo una breve pausa al otro lado de la línea—. Te noto un poco acelerada, ¿va todo bien?

—Sí, claro. Solo estamos revisando unos papeles y unas fotos, nada importante.

—Me alegro. Por cierto, hablando de fotos, hace unos días encontré unos álbumes en el trastero. Si vienes este fin de semana, podemos verlos; hay fotos antiguas, creo que de cuando eras pequeña. ¿Ya estarás en Madrid para entonces, verdad?

—Este fin de semana no creo que pueda, mamá. Antes tengo que arreglar algunos asuntos, pero en cuanto vaya me paso seguro, no te preocupes. Un beso.

—Un beso. Cuídate, hija.

Clara colgó y dejó el móvil sobre la mesa, pensativa.

—¿Pasa algo? —preguntó Martín al verla con gesto preocupado.

—No, nada... solo me ha sorprendido la llamada y el tono. No suele llamarme así, sin motivo, ni interesarse tanto por cómo estoy. Me ha dado la sensación de que quien estaba preocupada era ella.

Martín no dijo nada. Clara tomó aire, como intentando sacudirse un pensamiento incómodo. Por un instante se le pasó por la cabeza que algunas de las dolencias de su madre, que siempre había tomado por imaginarias, quizá no lo fueran tanto.

Desde la calle llegó un ruido lejano. Clara apartó el pensamiento y volvió a fijarse en el recorte sobre la mesa.

—Creo que deberíamos parar un momento y recapitular con calma —dijo al fin—. Estamos mezclando demasiadas piezas y tengo la sensación de que se nos escapa algo importante, algo que ya hemos visto pero a lo que no hemos dado el peso que merece.

—¿A qué te refieres? ¿A la caja?

—A la caja, al libro, al recorte... Todo parece girar en torno a eso. Julia intentó ocultar o proteger algo, y todo lo que hemos encontrado tiene una conexión que todavía no entendemos. Antes de seguir en otras direcciones, quiero revisar bien cada rincón de la casa.

—¿Quieres que vaya a ayudarte?

Clara negó con la cabeza.

—No, mejor quédate aquí en la tienda. Durante la tarde iré ordenando todo y, si encuentro algo, te aviso. Pero pásate luego, esta noche, cuando cierres. Así cenamos tranquilos y lo repasamos todo.

Martín asintió, aunque su gesto delataba que no le entusiasmaba separarse de ella. Aun así, entendía bien el impulso de Clara. Sabía que necesitaba espacio... y respuestas.

—Sobre las ocho y media o nueve menos cuarto estaré allí.

Clara le sonrió y le dio un beso suave antes de recoger sus cosas.

Al salir de la tienda empezaba a chispear. Caminó con paso decidido hacia su coche, pero al girar la esquina tuvo la sensación de que algo se movía en un portal cercano, casi imperceptible en la penumbra. Agudizó la vista y miró a su alrededor, pero no vio a nadie.

Aun así, aceleró el paso y abrió la puerta del vehículo, mientras unos ojos la vigilaban desde las sombras.

20

Una vez en casa, Clara se dispuso a continuar la inspección de todo lo que quedaba pendiente. Comenzó por el tercer y último cajón de la cómoda de la habitación de su tía y siguió con las mesillas y el armario. Nada parecía llamar su atención.

A continuación, dedicó un buen rato a revisar el resto de los libros de la biblioteca, sin encontrar nada relevante; solo algunos pétalos secos, hojas sueltas y algún marcapáginas. Todo lo importante parecía concentrarse en lo que ya había descubierto previamente.

Mientras esperaba la llegada de Martín, decidió echar un vistazo más atento al resto de la casa. La habitación en la que ella dormía permanecía tal y como la había dejado aquel verano; no parecía que nadie hubiera entrado, salvo quizá para limpiar el polvo ocasionalmente.

Otra estancia parecía haber permanecido cerrada durante años, vacía y silenciosa, como un espacio que nunca llegó a usarse realmente. Los únicos enseres eran un armario y una mesilla completamente vacíos. En las blancas paredes, el único color lo ponían un cuadro con un collage de postales de distintos países y otro con una reproducción de los Girasoles de Van Gogh.

En la última habitación, la que había ocupado Irene, el mobiliario era escaso y sobrio. El armario, de dos puertas, presentaba un lado vacío —el que Irene había utilizado para colgar su ropa—, mientras que en el otro colgaba un abrigo y un par de fundas protectoras. Clara no quería dejar nada sin explorar y las abrió.

No pudo evitar sobresaltarse al ver que, en su interior, había un par de uniformes de enfermera perfectamente conservados. Eran rastros de un pasado que se resistía a desaparecer, una presencia discreta pero insistente que dejaba entrever un secreto que cada vez lo era menos.

La habitación tenía algo de un mausoleo donde el tiempo se hubiera detenido durante décadas. Al mismo tiempo, había un aire vivo, como si, en apenas unas horas, hubiera borrado cualquier vestigio de la breve estancia de Irene para restituir la huella de quien la ocupó anteriormente. No encontró nada más allí, pero ciertos detalles empezaban a sugerir conexiones más profundas de las que había sospechado.

Se detuvo un momento, mirando los uniformes. Todo apuntaba a que Nieves había podido ocupar esa estancia, o al menos usarla para dejar su ropa. La existencia de un estrecho vínculo con Julia ya no ofrecía ninguna duda.

Eran cerca de las nueve cuando el motor de un coche se dejó oír acercándose, anunciando la llegada de Martín. Clara salió a su encuentro y lo sorprendió con un inesperado y apasionado beso.

—Vaya, esto sí que es un recibimiento —bromeó él, con una sonrisa que no podía ocultar su satisfacción.

—Tengo que contarte algo —dijo Clara, arrastrándolo hacia dentro—. En una de las habitaciones, que parecía intacta desde hacía años y que fue la que Irene usó durante estos días, hay un armario. En la parte que ella no utilizó encontré ropa colgada y... ¿a que no adivinas...? Entre ella, había un par de uniformes de enfermera.

Martín abrió lo ojos, intrigado.

—¿Uniformes? ¿Eso significa lo que estoy pensando?

—Pues creo que está claro —respondió Clara mientras lo conducía hacia el salón—. Esos uniformes no dejan lugar a dudas. No solo

tenían una estrecha relación, sino que parece que ella vivió aquí, al menos durante un tiempo

Aunque ninguno de los dos podía ocultar su impaciencia por revisar todo a la luz de esta nueva perspectiva, sabían que antes debían cenar y tomarse un momento de respiro. Clara no había preparado nada especial, pero contaba con suficiente comida de días anteriores, y juntos dieron buena cuenta de ella, acompañándola con la mitad de la botella de vino que había traído Martín.

Tras despejar la mesa del salón de los restos de la cena, dispusieron sobre ella los elementos que hasta ese momento parecían ser la principal clave del asunto: la caja y el libro burdeos.

Martín los observaba con atención mientras ella comenzaba a relatar, en voz alta y desde el principio, todo lo que habían descubierto, con la esperanza de que, al repasar los hechos secuencialmente, entre los dos lograran comenzar a atar, de una vez por todas, algunos de los muchos cabos que todavía permanecían sueltos.

—Veamos. Creemos que Julia fue quien dejó la caja para que yo la encontrara —empezó Clara—. La nota, aunque críptica, así parece indicarlo. Ese ruego final de perdón deja claro que había algo, un secreto importante que nunca se atrevió a confesar.

Martín asintió, tomando la fotografía en sus manos.

—Sí —apostilló—. Y Julia, Nieves o quien fuera, parece que quiso descargar toda su furia contra esta figura —dijo, señalando a la mujer sin rostro—. No sabemos quién es, pero debía de haber un motivo importante.

—¿Se te ocurre quién podría ser? —preguntó Clara.

—Pues no, ni idea... Quizás alguna compañera del hospital donde trabajaba Nieves, o alguien cercano a Julia; a lo mejor también alguien implicado en el accidente del autobús. Qué sé yo.

—Todo es posible... Aunque, pensándolo bien —añadió Clara—, quizá no sea furia. Tal vez raspar la cara de alguien en la foto no fuera un signo de ira, sino simplemente una forma de eliminar a alguien que no tenía nada que ver en la ecuación; como queriendo dejar claro que no era importante.

Martín quedó pensativo, madurando la sugerencia.

—Me temo que, a la luz de lo que tenemos, es algo que no podemos concretar ahora.

Señaló entonces el pequeño billete de autobús que aún permanecía en la caja y continuó, retomando en voz alta el relato que había iniciado Clara.

—Y luego está este billete a Zaragoza, fechado unos días después de la foto... Si el cuerpo que apareció días más tarde es, como parece, el de Nieves, podría tratarse de un aviso. Nunca llegó a su destino, y estoy convencido de que Julia era consciente de todo ello y quiso dejar pistas.

—Además —dijo Clara—, sabemos que Nieves trabajó en el hospital de Barbastro entre mayo y diciembre del 94 y que desapareció en mayo del año siguiente. Lo de esos uniformes en esta habitación indica que estuvo aquí en algún momento, aunque no sabemos cuándo ni por cuánto tiempo.

—Sí, y luego están el reloj de pulsera y el dinero. Más allá de reforzar la idea de que todo esto se guardó hace mucho tiempo y de que el reloj perteneciera a Julia, no se me ocurre que tengan mayor relevancia.

—Sea como fuere, lo que está claro es que, desde que dejó el hospital hasta su desaparición, esa mujer fue como un fantasma, sin que nadie parezca, ni entonces ni ahora, dispuesto a aportar información sobre qué hizo, dónde estuvo o con quién se relacionó.

—Bueno, nadie salvo, quizás... el capitán Salcedo —dijo Martín—. Recuerda que en la fotografía del semanario aparecían ambos en la

escena del accidente. A lo mejor fue solo una coincidencia y no tuvieron mayor trato, pero que se conocieran es una posibilidad que no podemos descartar. Al fin y al cabo, esto no deja de ser un pueblo.

Se miraron sin decir nada, conscientes de que el nombre de Salcedo podía ser una pieza clave del puzzle. Sin embargo, ambos dudaban si acudir a él en ese momento sería precipitado. Preguntarle por Nieves directamente implicaría tener que revelar muchos más detalles de sus averiguaciones de los que le habían contado en su visita anterior y, por ahora, no querían que nadie más supiera lo que estaban descubriendo. Ya tenían suficiente con ese desconocido que parecía seguir sus movimientos, vigilándolos a cada paso.

—Mejor esperar —dijo Martín finalmente, mientras cerraba con suavidad la tapa de la caja.

Ella asintió. Se quedaron un rato más sentados uno junto al otro, madurando cada uno para sí todo lo que acababan de poner en común.

Aunque ya había encendido la caldera, aquella calefacción no era precisamente generosa, y Clara, buscando un poco más de confort, le sugirió que la ayudara a encender la chimenea, algo que no había hecho desde su llegada a la casa.

Por primera vez, vio el fuego arder entre los troncos, y un calor dorado llenó la estancia, dotando al espacio de una sensación de hogar. Se quedaron observando las llamas danzar con un ritmo propio, mientras el rumor de la madera al quemarse parecía querer susurrar viejas historias.

Más tarde, mientras subían a la habitación, apenas hablaron; el silencio entre ellos ya no era distancia, sino un lenguaje propio, una forma de estar sin necesidad de palabras. Se desnudaron despacio, dejando caer la ropa como quien se libera, y se encontraron en la penumbra con una mezcla de ternura y deseo.

Aquella noche no necesitaban más explicaciones. Bastaba con la certeza del contacto, del calor compartido, de cuerpos que buscaban consuelo y compañía en un mundo lleno de incertidumbres.

21

La luz del sábado se colaba entre las cortinas, tiñendo la habitación de un cálido ámbar. Clara abrió los ojos lentamente, sintiendo el calor de Martín a su lado y, por un instante, contuvo la respiración, sorprendida. No era solo porque fuera él, sino porque despertarse al lado de alguien no era algo que le sucediera con frecuencia, y necesitó un par de segundos para tomar conciencia de la situación.

Él permanecía allí, respirando pausado, y la cercanía la sentía al mismo tiempo delicada y reconfortante. Clara dejó que sus dedos rozaran los de él sin pensar demasiado, consciente de que aquel instante tenía algo de frágil, casi de improbable.

La envolvía un nudo de curiosidad y ternura, enturbiado por una sombra de culpa, tan imprecisa que no sabía dónde empezaba una sensación y terminaba la otra. Martín abrió los ojos y se acurrucó un poco más cerca, disfrutando del momento. Durante unos minutos más se quedaron así, compartiendo ese respiro inesperado antes de enfrentarse al día y a las muchas preguntas que aún quedaban por resolver.

—¿Qué hora es? —murmuró Martín, con voz ronca, aún medio dormido.

—Qué más da si no tienes que madrugar —respondió Clara, acariciándole la nuca—. ¿O tienes que abrir la librería?

—No. Solo tengo que pasar por allí un rato para terminar un par de cosas del inventario. Pero no hace falta correr.

Desayunaron tarde, sin prisas. Un café, tostadas, una mirada cómplice. Hacía tiempo que Clara no sentía esa especie de suspensión del tiempo, ni tampoco esa complicidad con alguien.

Salieron juntos; algunas calles estaban cortadas por algún tipo de evento, así que Martín aparcó el coche a cierta distancia. Desde allí, se acercaron paseando despacio hasta la plaza, y él entró en la librería mientras Clara decidió curiosear un poco por el pueblo.

Al otro lado de la calle, una pequeña tienda de antigüedades y objetos de regalo, semiescondida entre una pastelería y una vieja mercería, le llamó la atención. El cartel sobre la puerta, ya bastante desgastado, decía simplemente: *"Cosas con alma"*.

Entró. El interior conservaba ese aroma inconfundible de los lugares cargados de historia, esos espacios que parecen haberse detenido en el tiempo, donde cada rincón guarda recuerdos que no pertenecen al presente. Por doquier, se amontonaban objetos polvorientos: relojes antiguos que parecían marcar un tiempo detenido, fotografías amarillentas, jarrones agrietados que todavía conservaban cierta elegancia y muebles con la pátina de otra época.

Sin embargo, entre todo aquello sorprendía encontrar algunos objetos modernos, baratos y coloridos, típicos de las tiendas de regalos actuales, junto con varios artículos de papelería que rompían parcialmente la atmósfera nostálgica del lugar.

Una señora de unos setenta años, delgada, con gafas de culo de vaso y un llamativo vestido naranja la recibió con una sonrisa cortés.

—Buenos días. Si busca algo en particular, solo tiene que decírmelo.

Clara asintió con la cabeza y siguió caminando entre estantes. Fue entonces, al girar hacia el escaparate, cuando lo vio. O creyó verlo.

Una silueta al otro lado del cristal. Quieta, observando. Alta, corpulenta, con un abrigo oscuro que absorbía la luz del sol sobre el escaparate. No se movía, pero tampoco se dejaba ver del todo.

Apenas pudo distinguir un contorno que le resultaba extrañamente familiar. Parpadeó... y la figura se había esfumado, como si el aire mismo se la hubiera tragado.

—¿Se encuentra bien? —preguntó la dependienta, notando su expresión.

—Sí, solo... me pareció ver a alguien. Disculpe.

La mujer la observó con curiosidad.

—¿No será usted de la casa de la Julia, verdad?

Clara se giró, sorprendida.

—Sí... ¿por qué lo pregunta?

—Ah, nada, cosas de vieja. Al verla, no sé por qué he pensado en ella. Qué mujer tan misteriosa, esa Julia. De jovencita siempre se la veía en todos los saraos. Incluso fuimos amigas durante un tiempo. Pero luego se recluyó en esa casa y parecía una ermitaña. La gente hasta llegó a decir que la casa estaba cerrada y que no vivía nadie, pero yo sé que no era así.

—¿Por qué dice eso? ¿Llegó a visitarla? —preguntó Clara, intrigada.

—No, no llegué a entrar —respondió la dependienta, moviendo la cabeza—. Pero yo vivía cerca de allí, sabe usted. Y a veces se veía salir a una mujer, la enfermera esa que...

La mujer se detuvo, como arrepintiéndose de haberla mencionado siquiera. Por un momento pareció dudar, pero finalmente añadió en voz más baja, casi para sí:

—...que desapareció poco después.

—¿Desapareció? ¿Y sabe usted qué pasó con ella? —preguntó Clara, impulsada por la locuacidad de aquella mujer.

Hasta entonces, todos habían respondido con un hermetismo desesperante, y el contraste la empujó a insistir.

—En el pueblo se hablaba, pero nadie sabía nada con certeza —respondió la mujer—. Lo que está claro es que esa casa... escondía algo. Siempre lo dije. Y créame, hija, en los pueblos, lo que se esconde acaba por salir.

—Supongo que eso pasó hace ya muchos años —inquirió Clara, más por mantener la conversación que por precisar ese dato.

—Ufff, hace ya mucho, sí. Ni me acuerdo. Por lo menos... veinticinco o treinta años. Lo que está claro es que, pasara lo que pasara, poco después de aquello dejaron de aparecer por allí.

—¿Dejaron? ¿Quiénes dejaron de aparecer? —preguntó Clara, intrigada por el uso del plural.

—Me refiero a la enfermera... y a ese hombre.

—¿Un hombre? —preguntó Clara, conteniendo el aliento ante esa nueva revelación—. No me habían hablado de ningún hombre.

—Sí. No venía mucho y, cuando lo hacía, permanecía poco tiempo, pero no sé quién era. Nunca le vi la cara, porque siempre entraba y salía por la puerta de atrás.

—Pero sí está segura de que era un hombre.

La mujer asintió, como quien repasa un recuerdo con precisión.

—Sí, eso sí, claro. No sé, hija... todo fue muy extraño. Esa pobre chica desapareció y la gente murmuraba de todo, pero ya sabe cómo son los pueblos.

Clara asintió, sin saber muy bien a qué.

—Poco después me cambié de casa, así que no puedo decir mucho sobre lo que ocurrió después.

Clara no intentó averiguar más; bastante había revelado ya la dependienta. Salió de la tienda con el corazón latiéndole fuerte, no solo por la conversación, sino por la sensación persistente de haber

sido observada. Miró a un lado y a otro para comprobar si alguien la seguía. Nadie.

El frío de la calle la devolvió a la realidad, pero el recuerdo de la figura al otro lado del cristal y la noticia de aquel hombre desconocido seguían clavados en su mente. ¿Quién era aquel que entraba y salía por la puerta de atrás, invisible para todos los demás?

Mientras cruzaba la plaza sumida en sus pensamientos, Martín salía de la librería y cerraba la puerta con llave. Al verla, sonrió, pero su expresión cambió al notar la tensión en su rostro.

—¿Todo bien? —preguntó, acercándose.

Clara asintió, aunque le costó un segundo encontrar la voz.

—He entrado en la tienda de antigüedades. La dueña me ha contado algunas cosas sobre la casa. Recuerda haber visto a una mujer, la enfermera..., pero también a un hombre que entraba por la puerta trasera. Nunca le vio la cara; parecía querer ocultarse.

Martín frunció el ceño.

—¿Cuándo ocurrió eso?

—Hace mucho, veinticinco o treinta años. Pero lo recuerda con claridad. Dice que nunca creyó que la casa estuviera vacía del todo, por más que lo pareciera desde fuera.

Clara miró de reojo hacia la tienda.

—Además... creí ver a alguien. Una silueta, al otro lado del escaparate. Alta, con abrigo oscuro. Me observaba. O eso sentí. Pero cuando parpadeé, ya no estaba.

Martín ladeó la cabeza, preocupado.

—¿Otra vez?

—Sí. No sé si me lo estoy imaginando. Puede que sí. Pero cada vez me resulta más molesta esa sensación de que me siguen, de que hay alguien más que sabe cosas que nosotros no. Alguien que no quiere que lleguemos al final de todo esto. Si no hubieras recibido aquella llamada, pensaría que eran solo aprehensiones mías, pero después de aquello... empiezo a sentir miedo.

Martín la tomó suavemente del brazo.

—Vamos a casa. Hoy no vamos a resolverlo todo, pero no te preocupes, daremos con la clave.

Ella asintió. Sabía que aquello no era paranoia. Y también sabía que había alguien más implicado, alguien que no quería ser visto. Y aunque aún no supiera quién era, intuía que no tardaría en cruzarse con él de nuevo.

22

Hasta bien entrada la tarde se dedicaron a pasear por el pueblo. Las calles cortadas se debían a la celebración de un Mercadillo Medieval. Los puestos de artesanía y comida llenaban el aire de aromas penetrantes y la música se mezclaba con el bullicio de la gente.

Se dejaron llevar sin prisa. Clara se entretuvo charlando con una chica que mostraba telas teñidas a mano y Martín quedó atrapado por el espectacular despliegue de colores de un puesto de especias. Probaron unos kebabs en un improvisado bar y se quedaron un rato observando cómo los artesanos moldeaban el barro o tallaban la madera frente a los ojos de los curiosos. Aquella pequeña celebración ofrecía un respiro inesperado en medio de los inquietantes descubrimientos de los últimos días.

Sin hacer caso a la amenaza de tormenta que se cernía, no quisieron ceder a la tentación de acercarse a coger de nuevo el coche de Martín y decidieron regresar a la casona andando.

Ya casi habían completado el habitual paseo cuando el cielo comenzó a descargar una violenta granizada. Los últimos metros los recorrieron a la carrera, no tanto para evitar mojarse —algo ya imposible— como para protegerse del impacto de las bolas de hielo que rebotaban contra el suelo con inusitada fiereza.

Apenas entraron, Martín se apresuró a encender la chimenea y acercó los abrigos al fuego para que se secaran, mientras Clara subía a su habitación para cambiarse.

A pesar de las distracciones del día, la conversación con la mujer de la tienda de antigüedades seguía dando vueltas en su cabeza. Tampoco lograba desprenderse de la imagen de aquella silueta al otro lado del escaparate, tan fugaz como inquietante. Pero lo más perturbador había sido la revelación de que, años atrás, alguien había estado entrando y saliendo de aquella casa por la puerta trasera. Alguien de quien nadie parecía saber demasiado.

Cuando regresó al salón, se acercó a la chimenea y le tendió una toalla a Martín.

—Toma, ponte esto, mientras se seca tu ropa —dijo, tendiéndole también una camisa ancha y un pantalón de chándal suyos—, que te vas a coger una pulmonía.

Martín, pudoroso, subió al baño a cambiarse y bajó al instante. No era un modelo de elegancia, pero agradecía el contacto de la ropa seca. Se dejó caer en una butaca frente a la chimenea, frotándose las manos.

—Debe de haber alguien más que sepa algo —dijo, entrando directamente en materia, ajeno a la sonrisa burlona de Clara ante lo divertido de su atuendo—. Lo lógico sería buscar a alguien más que viviera cerca entonces, pero tú no conoces a casi nadie del pueblo y yo, por más que pienso, no caigo en nadie que pueda aportarnos algo.

Hizo una pausa, mientras acababa de secarse la cabeza con la toalla.

—¿Y si hemos pasado algo por alto? —prosiguió—. ¿Y si la clave está en algo que ya tenemos? Es una idea que no me quito de la cabeza.

—¿El libro burdeos? —preguntó Clara, alzando la vista hacia el piso superior, como señalando mentalmente la biblioteca—. Pero ya lo he revisado varias veces con detalle.

—Sí, ya lo sé, pero ese diario... o lo que sea, no sé... Dijiste que había páginas arrancadas. Tal vez deberíamos revisarlo de nuevo, leerlo con otra mirada, con todo lo que ya sabemos. A lo mejor yo soy capaz de encontrar algo que se te haya escapado antes.

Clara subió de nuevo a la habitación de Julia y volvió con el libro de los secretos. Con su lomo gastado, seguía allí, tan discreto como siempre, se diría que contuviera simples documentos administrativos. Pero ambos intuían que ese tomo encerraba mucho más.

Lo abrieron con calma, repasando las fechas para analizar con mayor detalle lo relativo a ese período que parecía ser la clave de todo aquello. Un trueno lejano hizo vibrar el cristal de la ventana y Clara levantó instintivamente la cabeza antes de volver a sumergirse en la lectura, sintiendo cómo el repiqueteo en la cristalería añadía una extraña cacofonía al momento.

—Mira. Aquí habla de la fiesta de la Natividad de Nuestra Señora. Principios de septiembre de 1994. Relata detalles de la misa, una procesión... No se me ocurre qué interés puede tener esto.

Pasó la página.

—Y aquí ya estamos en enero de 1995. Entre medias es donde han desaparecido al menos dos hojas. Quizá más.

Martín observó el salto cronológico, frunciendo el ceño.

—¿Y en ese intervalo...?

—El accidente del minibús fue en diciembre de ese año —dijo Clara, pensando en voz alta—. Pero no creo que estas hojas arrancadas hablaran de eso.

—¿Por qué no?

—Porque, aunque apenas se podía leer nada, el recorte sobre el suceso seguía entre las hojas. Si alguien hubiera querido ocultarlo, también se habría deshecho de él.

—¿Tú crees?

—No lo sé —respondió Clara—. Puede que se le hubiera escapado, pero lo más lógico es que el recorte estuviera donde correspondía por cronología. Todo es posible, pero me inclino a pensar que esas hojas no tenían nada que ver con esto.

Martín asintió lentamente, escuchando un razonamiento que aceptaba sin estar del todo convencido.

—Sea como fuere —apostilló—, yo también creo que debe haber algo más. Algo de aquella misma época, pero aún más comprometedor. Si la clave está en esas hojas, tiene que ser algo lo suficientemente importante como para que alguien se preocupe de que podamos descubrir de qué se trata.

Clara acarició con el dedo el borde rasgado del papel.

—Y no solo eso. Mira, justo a partir de aquí es donde el tono cambia por completo. Antes todo era bastante frío, desapegado; simples comentarios a anécdotas y hechos del pueblo. Después... se vuelve íntimo; doloroso, incluso. Da la impresión de que quien escribía ya no pudiera mantener la distancia.

—¿Crees que Julia cambió por algo? —preguntó Martín.

—Es posible —dijo Clara—, pero Irene y yo estamos bastante convencidas de que la primera parte corresponde a Julia, y la segunda... probablemente a Nieves. Entre ambas, ese hueco borrado señala un punto clave.

—Sí, es muy posible. Aunque también podría ser que algo afectara tanto a Julia como para que cambiara su forma de escribir —añadió—. Un verdadero punto de inflexión.

Leyeron de nuevo la primera entrada de enero. Breve, pero con un lenguaje distinto. En ella se hablaba de cargas internas, de pensamientos no confesados. Nada concreto, pero se percibía el peso de algo oculto que latía entre líneas.

—Es posible que algo que pasara entre septiembre y enero marcara ese cambio, pero estoy convencida de que es otra mano quien decidió continuar la escritura después de ese vacío —concluyó Clara.

—¿Y crees que la persona que entró podría estar buscando algo de aquí o relacionado con esto? —preguntó Martín, consciente de que, por ahora, no habría respuesta.

—En todo caso —prosiguió—, creo que ya es hora de que nos hagamos la gran pregunta... ¿quién?

Ambos carecían de una base sólida para formular ninguna conjetura, y cualquier paso a partir de ahí sería un salto al vacío. Pero antes o después, alguien tendría que atreverse a darlo.

—El capitán... —dijo Clara, más como pensándolo en voz alta que como una afirmación real. No tenía pruebas ni siquiera una sospecha clara, pero en su mente la silueta vagamente familiar al otro lado del escaparate comenzaba a confundirse sospechosamente con la imagen del hombre que los había recibido en el cuartel.

—¿Quién?... ¿Salcedo? Venga ya. ¿Por qué?

Clara se quedó callada unos segundos, como buscando en su interior una respuesta convincente.

—No sé... es una simple intuición. Pero él estuvo en la escena del accidente del minibús. Tanto la muerte de Nieves como la del exbrigada parecen haber sido borradas, como si nunca hubieran existido. Y eso solo puede hacerlo alguien con poder, con capacidad para taparlo todo.

—Pero, por encima de eso —continuó—, la figura que me observaba esta mañana me resultaba extrañamente familiar, y ahora, sin saber por qué, al mencionar tú lo de ese alguien que entró aquí, se me ha venido a la cabeza la imagen del capitán cruzando delante de nosotros en el cuartel.

—No lo sé, Clara. Me cuesta creerlo. Es una acusación muy grave, y no creo que tengas fundamento suficiente para decir algo así. Él era muy amigo de mi padre, de la familia. No lo veo capaz de algo así.

—Sí, seguramente tienes razón y es una tontería, pero es que no sé muy bien por dónde tirar. Quizás, si buscar pistas que nos conduzcan a un sospechoso no nos ha dado resultados, podríamos hacer justo lo contrario y partir de un sospechoso para ver si las pistas confirman o desmienten esa idea.

Martín se quedó callado, pensativo. En ningún momento había considerado que Salcedo pudiera estar implicado en nada turbio. Para él seguía siendo el mismo tipo afable y algo campechano que recordaba desde la infancia, el que se pasaba por la librería cada Navidad para regalarle a su padre el calendario de la Guardia Civil. Pero también era cierto que no tenían muchas más opciones.

—Bueno, si quieres —dijo al fin, aún sin demasiada convicción—, podemos partir de esa suposición. Pero tampoco veo que eso nos lleve muy lejos. Es verdad que las pocas cosas que tenemos podrían cuadrar con él... pero también podrían encajar con media Barbastro. No hay nada concluyente.

Estaba claro que esa noche no iban a avanzar mucho más, de modo que se dispusieron a cenar tranquilamente, aparcando los misterios para otro momento. Antes de sentarse, Martín se levantó para comprobar si su ropa ya estaba seca. Al ver que lo estaba, subió de nuevo al baño a cambiarse, incómodo sin duda por vestir un atuendo tan estrafalario delante de Clara.

Entre plato y plato, hablaron del pasado, del pueblo y de lo que había sido de cada uno en estos quince años. Pero en Martín bullía algo más intenso, una inquietud que no podía ocultar.

—Bueno... —dijo con voz grave, jugando con la taza de café—. Supongo que tengo que preguntarlo, aunque me temo que ya sé la respuesta.

—¿Pregunta lo que quieras? —rió Clara, intentando aligerar la tensión que también comenzaba a notar.

—Lo nuestro... ¿qué pasará cuando todo esto se aclare?

Clara lo miró fijamente. Ella también se había hecho la misma pregunta, aunque lo tenía claro.

—Martín, cuando todo esto termine, volveré a Madrid. Sabes que mi vida está allí y que... bueno, ni yo pertenezco a este ambiente ni tú al de una gran ciudad.

Él asintió lentamente mientras respiraba hondo. Lo tenía claro, pero era duro asimilarlo. Intentó mantener la calma, aunque la decepción se dibujaba en su rostro.

—Lo sé —dijo finalmente—. Supongo que era imposible... y aun así... me duele.

—A mi también, mucho —replicó Clara, suavizando la voz—. Pero no podemos obligar a nadie a encajar donde no pertenece, ni esperar que alguien cambie su vida por el otro.

Martín se echó hacia atrás en la silla, consciente de que quizá había sido un error sacar el tema, pero necesitaba aclararlo.

—Entonces... ¿solo nos queda este momento? —preguntó, intentando una sonrisa que no llegó a reflejarse en sus ojos.

—Sí... pero es un momento real, intenso y nuestro —dijo Clara—. Nada más. Nada menos.

Martín bajó la mirada. Durante unos segundos pareció buscar algo en la taza vacía, como si aún pudiera aferrarse a algo que cambiara las cosas. No lo encontró.

El repiqueteo de la lluvia contra los cristales parecía subrayar el incómodo silencio que se abrió entre ellos. Martín permaneció un momento quieto, respirando profundamente, antes de levantarse, agarrar su abrigo y dirigirse a la puerta. Clara lo siguió con la

mirada, entendiendo sin esfuerzo que no había reproches ni resentimientos; solo la necesidad de cada uno de quedarse a solas con sus pensamientos.

—Adiós, Clara —dijo él.

—Hasta mañana, Martín —respondió ella, consciente de que ese “mañana” sería ya muy distinto.

Clara apagó todas las luces y se dejó caer en el sofá, observando el nervioso danzar de las llamas en la chimenea. Todo el peso del día parecía acumularse en sus hombros. La partida de Martín la había dejado con un vacío inesperado, que pronto se llenó de pensamientos sobre sí misma.

Sintió, con una claridad casi dolorosa, que la historia se repetía. No solo con él; Irene también se había alejado de su lado, y, al final, siempre era lo mismo: ella no podía ofrecer a los demás aquello que necesitaban. Cada cual, a su manera, acababa distanciándose... o era ella quien los apartaba.

Durante unos instantes, la tía, la casa, el misterio... todo aquello que la retenía allí parecía carecer de importancia. Comprendió que el verdadero problema residía en su interior. No sabía si se trataba de un mecanismo de defensa, una barrera que levantaba sin querer para no hacerse daño, o si simplemente no lograba encontrar en otra persona aquello que buscaba. Quizá, en el fondo, ya ni siquiera sabía exactamente qué buscaba.

En los últimos años, ninguna relación había conseguido superar esa barrera que permite imaginar un futuro compartido. Sus vínculos sentimentales habían sido un rosario de decepciones y desencuentros, cada uno con su final previsible. Con el tiempo, había aprendido a protegerse, evitando esperar demasiado de los demás. El desgaste de invertir afecto e ilusión en relaciones que nunca terminaban de consolidarse la había vuelto cauta, incluso escéptica.

Durante todos estos años, había llegado a una conclusión sencilla, aunque amarga. Para acostarse con alguien no necesitaba una relación estable. Las ataduras afectivas solían traer más decepciones que alegrías, así que había optado por no buscar nada más que lo que resultara sencillo y sin compromisos.

Pero la toma de conciencia de esa carencia la golpeó en lo más profundo. Necesitaba hablar con alguien, compartir su abatimiento, pero el simple deseo de hacerlo intensificaba su sensación de aislamiento. Su madre no era la persona adecuada, Martín tampoco. Y el resto... bueno, el resto no era más que un telón de fondo.

Quedaba, por tanto, solo Irene. A pesar de todo. A pesar del desencuentro silencioso de un par de días atrás. A pesar de que se hubiera marchado casi sin decir nada. Clara cogió el móvil y buscó su número.

—¿Clara? —la voz al otro lado sonó sorprendida, pero afable.

—Hola, Irene. ¿Tienes un momento?

—Por supuesto. Siempre.

Mientras el crepitar de la madera servía de banda sonora, Clara eligió con cuidado cada palabra, consciente de que algunas amistades eran demasiado valiosas como para dejarlas escapar por simple orgullo.

23

Los ecos de la conversación con Irene la noche anterior aún resonaban en su cabeza. Habían hablado para que la distancia emocional que su marcha precipitada había abierto entre ambas se fuera desvaneciendo. En realidad era Clara quien necesitaba sincerarse, admitir cuánto la echaba de menos y lo importante que era su presencia en su vida. Y al hacerlo, la confianza entre ellas regresó con naturalidad, como si nunca hubiera estado realmente en peligro.

Pero si aquella llamada le había permitido volver a abrir la puerta con Irene, otra se había cerrado bruscamente, y no lograba encontrar la manera de volver a reabirla. Era evidente que Martín se había marchado decepcionado.

Ella también lo estaba, y bien sabía por qué. Tal vez porque la vida, tan caprichosa, les había hecho reencontrarse dos veces para conducirlos, en ambas ocasiones, al mismo punto muerto. Se diría que el desenlace estaba ya escrito de antemano, sin que importaran los caminos que tomaran ni las decisiones que adoptaran.

La primera vez eran unos críos, y fue ella quien no supo gestionar lo que sentía, quien huyó sin mirar atrás. Esta vez, sin embargo, era distinto. Ahora sí sabía lo que había. Sabía cuánto daño podía causar. Porque su sentimiento era profundo, sí, pero también lo era la certeza de que pertenecían a mundos distintos. Una distancia que, más que geográfica, era vital.

Él no podría vivir en una ciudad como Madrid, como tampoco ella se veía renunciando a su vida para instalarse en Barbastro. Ni siquiera heredar aquella casa le había hecho plantearse esa posibilidad seriamente.

Martín no era uno de esos chicos con los que Clara podía tener sexo casual sin esperar nada más. Eso lo supo desde el primer momento. Con él todo tenía un peso distinto. Más profundo. Más difícil también.

Solo habían sido un par de días, pero bastaron para que, al desayunar sola, sintiera un hueco enorme en la casa. Y fue precisamente en ese vacío —en esa mezcla de apatía y lucidez extraña que deja la tristeza— cuando un detalle aparentemente irrelevante regresó a su memoria. Algo que había pasado por alto, pero que ahora, visto desde esa distancia forzada, empezaba a encajar de una forma que no podía ignorar.

Volvió entonces a acordarse de aquella caja de hojalata que había encontrado en el cajón de la cómoda, y de la fotografía en la que una Julia joven y serena estaba sentada en un banco de madera, flanqueada por su abuelo y por una mujer de mirada intensa y cabello suelto, que no le cabía duda de que era Nieves.

Entonces no le dio importancia, porque solo se había fijado en las caras de quienes aparecían en la escena; pero ahora algo la impulsó a buscar de nuevo esa foto y examinarla con mayor detalle.

El impulso la llevó a salir por la puerta trasera con la fotografía en la mano. El banco en el que se sentaba el trío ya no estaba, pero el árbol que aparecía detrás de ellos seguía allí. Era la higuera del jardín trasero de la casona.

La imagen había sido tomada desde el mismo porche en el que ella se encontraba ahora. Y, al mirar alrededor, no pudo evitar sentir que, pasara lo que pasara, todo parecía volver una y otra vez a esa casa; con cada pista, cada memoria o cada suposición conduciéndola inevitablemente a ella.

Con todo, a pesar de la evidencia, le costaba pensar que su abuelo pudiera ser ese hombre que la mujer de la tienda de antigüedades veía entrar y salir a escondidas de allí. Además, por aquel entonces debía de estar ya muy enfermo; el aspecto que mostraba en la fotografía así lo indicaba. Clara ni siquiera llegó a conocerle, murió pocos meses antes de que ella naciera.

Estas dudas la sumieron en un cierto desconcierto, porque si aquella pista sobre su abuelo resultaba tan circunstancial, se dio cuenta de que las sospechas que había vertido sobre el capitán, y todas las pruebas en las que las había basado, podían ser igualmente infundadas. Sentía que, más que aclarar algo, volvía a estar como al principio, con un montón de suposiciones y ninguna mínima certeza.

Clara sabía que la casa de su abuelo, situada en el centro del pueblo —relativamente próxima a la librería de Martín—, dejó de ser de la familia tras su fallecimiento. Su padre se la vendió al vecino de al lado, que insistió sobremanera en comprarla, aparentemente para ampliar la suya. Todo eso se lo había oído contar a su padre en alguna ocasión.

Volvió a observar la fotografía detenidamente. No era una imagen profesional, desde luego, sino una foto vulgar y corriente, seguramente tomada de manera espontánea. Por eso le pareció lógico pensar que quien la hubiera hecho fuera alguien cercano, tal vez un vecino o incluso su propio padre, que con toda seguridad habría estado por allí en aquellos tiempos.

Necesitaba respuestas o, cuanto menos, algo más firme sobre lo que comenzar a apuntalar sus sospechas. Sin ánimo de intranquilizar a su madre, la llamó por teléfono, pensando que quizás ella pudiera aportarle algún dato que no conociera.

La conversación comenzó de manera casual, pero pronto Clara dejó salir la duda que le rondaba:

—Oye, mamá, quería preguntarte algo.

—Dime, cariño.

—¿Sabes si papá la visitaba con frecuencia?

—¿A quién, a la tía? Sí... iba a verla alguna vez, claro, pero... ¿a cuándo te refieres exactamente?

—Pues, no sé... después de casaros y de que vivierais en Madrid

—Uhhh... no sé qué decirte... tampoco me acuerdo mucho... De vez en cuando iba por allí, pero, vamos... tanto como frecuentemente...no... no creo —respondió, con cierta vacilación y algo sorprendida por la pregunta.

—Ya sabes que Julia era una mujer bastante solitaria —continuó Clara—. Por aquí dicen que apenas recibía visitas. Imagino que, mientras vivía el abuelo y él tenía la casa, papá se quedaría allí cuando venía al pueblo, pero... después de que muriera y la casa se vendiera, ¿sabes si siguió viniendo?

—Uf... pues no sé, Clara. Hace tanto tiempo ya de eso... La casa de tu abuelo la vendieron cuando murió, sí, pero todo eso fue antes de que tú nacieras.

—Claro, por eso me pregunto cómo eran esas visitas después. ¿Seguía viniendo por aquí con frecuencia? ¿veníais los dos?

—La casa se vendió tan solo unas semanas antes de que tú nacieras —repitió Estefanía, con la voz más cansada de lo habitual—. Como te puedes imaginar, yo no estaba para moverme mucho por aquel tiempo. Supongo que alguna vez sí que fue, y entonces se quedaría en casa de tu tía. No sé, la verdad es que no me acuerdo... hace tanto.

—Mamá... ¿estás bien? —preguntó Clara, preocupada por el tono apagado de su madre.

—Sí, sí... solo un poco cansada estos días. Nada serio, de verdad. Cosas del día a día...

—¿Seguro? —insistió Clara, con evidente preocupación.

En otras ocasiones, su madre nunca dejaba de comentar sus revisiones o sus visitas al médico, pero ahora llevaba días sin decir ni una palabra.

—Claro, cariño... no te preocupes —replicó Estefanía, con un tono evasivo—. Solo estoy un poco despistada últimamente.

Aquellas respuestas, tan vagas y esquivas, lejos de tranquilizarla, no hicieron sino incrementar las dudas en Clara. Por su cabeza cruzó una intuición que sintió casi como una sentencia. Su madre no estaba bien, y apostaría a que era algo relacionado con su salud. No sabía qué ni cuánto, pero aquel pensamiento se instaló con fuerza, como una alarma silenciosa que no podía ignorar. La confusión en la que se movía ahora parecía alcanzar incluso a la salud de su madre.

En el mar de incertidumbres en que se movía, volvió a pensar en la figura del capitán. Hasta hacía poco, su corazonada le había llevado a verle como la figura central de todo aquello. Lo imaginaba entrando y saliendo de la casa a escondidas, vinculado quizá a algo más grave, como la desaparición de Nieves. Pero ahora, tras constatar que el jardín de la fotografía era el de la propia casa en la que se encontraba, ya no sabía qué pensar.

Su madre le había sido de poca ayuda, y la idea de que su padre también pudiera conocer a Nieves, o que incluso hubiera sido él quien tomara aquella foto, se abría paso en su mente con una inquietud difícil de acallar.

Se le ocurrió que quizás debería averiguar en el pueblo si alguien sabía algo más sobre su abuelo, su padre o los acontecimientos de aquellos días. Pero, al no conocer a nadie allí, no se atrevía a ir sola. La única opción que le parecía viable era insistir con Martín y preguntarle si podía señalarle a alguien que, quizá, supiera algo y acompañarla. Lo difícil era decidir cómo plantearlo.

Después de la despedida del día anterior, no tenía claro en qué punto estaban. No podía fingir que la tarde anterior no hubiera

existido ni actuar como si entre ellos no hubiera ocurrido nada. Entre las preguntas sin respuesta, las sospechas que se amontonaban y el desconcierto emocional que arrastraba, Clara sentía que todo a su alrededor —incluida ella misma— estaba comenzando a desmoronarse.

Pero no podía quedarse quieta. No ahora.

Aún tardó un instante en armarse de valor para llamarle.

El teléfono sonó solo una vez y luego escuchó su voz, tranquila como siempre, pero esta vez con una nota de sorpresa.

—Hola, Clara. ¿Todo bien?

—Hola, Martín —respondió ella, con un tono entre inseguro y decidido—. Necesitaba verte... para contarte y preguntarte algunas cosas. Y también, bueno, porque me quedé mal ayer después de lo que pasó y, no sé... no me gustaría dejar las cosas así.

Hubo una breve pausa, cargada de significado, y Martín respondió, tratando de que la satisfacción por la llamada no se delatara en su voz.

—Claro, dime cuándo y dónde.

—¿Qué te parece a las seis en la puerta del Ayuntamiento? Así tenemos tiempo para hablar sin prisas.

—Perfecto. Nos vemos entonces.

Clara llegó unos instantes antes al punto de encuentro y apenas tuvo que esperar un par de minutos. Cuando Martín llegó, caminaron hasta uno de los bancos del Paseo cercano y se sentaron. Clara percibió en su mirada un afecto sincero, pero también una prudente reserva. Él le regaló una sonrisa cálida que le devolvió algo de tranquilidad.

—Me alegra verte —dijo ella, con un tímido gesto—. Ayer me quedé con cosas sin decir y... no quería dejarlo así. Me gustaría que

habláramos más sobre todo esto, pero antes necesito comentarte algo.

Clara respiró hondo antes de continuar, dudando si se tomaría a mal que pasara directamente a hablar de todo ese asunto en lugar de centrarse en ellos mismos. Al mirarlo, vio que Martín, lejos de mostrar resquemor, asentía y la escuchaba con interés.

—He estado pensando en la foto que encontré, en la que aparecen mi tía Julia, mi abuelo y la tal Nieves. He comprobado que se tomó en el propio jardín de la casa de mi tía, y tengo la intuición de que la tomó mi padre.

—¿Tu padre?

—Sí. y, oye... tú no sabrás algo, ¿verdad? —dudó un instante—. No sé... algo que escucharas sobre mi abuelo o mi padre. Algo que los relacionara con todo lo que pudo ocurrir aquellos días.

—No —contestó Martín, encogiéndose de hombros, algo desconcertado—. Tenía entonces dos años, y desde luego nadie me ha contado nada sobre eso después.

—Ya me lo imagino, pero había pensado... no sé... que quizá tú conozcas a alguien que sí pudiera saber algo. A lo mejor podríamos ir a visitar al vecino que compró la casa de mi abuelo; vete a saber si nos dará alguna pista. Tengo la sensación de que allí podríamos averiguar algo más.

—¿Otra intuición? ¿Como la que tenías con el capitán Salcedo? —preguntó, burlón.

—No te rías. Sé que es dar palos de ciego, pero... es lo único que se me ocurre ahora.

—Bueno, a ese vecino dudo que lo encontremos, ya que falleció hace mucho tiempo —dijo Martín, pensativo—. Quien vive allí ahora es su hijo, Carlos. Lo conozco bien; si quieres, podemos ir ahora mismo, está aquí al lado, y vemos si podemos hablar con él.

Clara asintió.

Cuando llegaron, llamaron a la puerta. Les abrió un hombre de mediana edad, algo sorprendido por la visita:

—Hola, Carlos. Buenas tardes. Perdona que nos presentemos así, sin avisar. No sé si te pillamos en buen momento... —dijo Martín—. Mira, esta es Clara, una amiga y... bueno, acaba de heredar la casona de Julia, la de las afueras, ya sabes... y, por cierto, también es hija de Don Ricardo.

—¿Don Ricardo... Ricardo Morell, el antiguo propietario de esta casa? —interrumpió Carlos, sorprendido.

—Sí, exacto —confirmó Martín.

—Ah, hola, Clara. Encantado —dijo Carlos, con voz tranquila—. No, no os preocupéis, no estaba haciendo nada importante. Pero pasad, pasad, no os quedéis ahí. Por cierto, no te había visto nunca antes por aquí, por el pueblo.

—No, la verdad es que no he venido mucho. Hace quince años pasé un verano aquí, con mi tía, pero aparte de eso...

Tras ofrecerles algo de beber y sacar un par de aperitivos, Clara le explicó por encima la situación y le preguntó si sabía algo sobre la casa de su tía o las personas que pudieran frecuentarla en aquella época.

—No puedo deciros mucho —comenzó Carlos—, entonces yo era un chaval, pero recuerdo que solíamos estar por esa zona. Al salir del colegio nos íbamos allí, poníamos las carteras en el suelo haciendo de porterías y jugábamos al fútbol en el descampado que está cerca de la casona.

—¿Y no recordarás si, además de a mi tía, viste a alguien más que entrara o saliera de allí por aquel entonces? Te estoy hablando de finales del 94 o principios del 95.

—Uf... hace tanto tiempo... No sabría decirte con certeza... —Carlos se pasó los dedos por el pelo, un gesto inconsciente mientras intentaba hacer memoria—, aunque, espera... sí, ahora que lo pienso, creo que sí había más gente. Bueno, ya sabes que tu tía siempre fue muy reservada. A ella apenas se la veía, y tampoco es que aquello estuviera muy frecuentado.

Clara inclinó ligeramente el cuerpo hacia adelante, intrigada.

—Pero sí recuerdo —continuó— que algunos días veía entrar o salir con bolsas de la compra a aquella mujer, ¿cómo se llamaba?... No me acuerdo. Esa que luego desapareció sin dejar rastro.

—¿Nieves? —sugirió Clara.

—Sí, creo que se llamaba así. No sé. Y a quien sí que vi también en alguna ocasión fue a tu padre.

—¿A mi padre? ¿Estás seguro? —preguntó Clara, abriendo los ojos.

—Sí, sí... te digo que me acuerdo de esto con tanta precisión porque, al decirme que era finales de 1994, recordé que aquel invierno ocurrieron todas esas desgracias. Yo lo viví siendo un niño, y fue aterrador. Todo el mundo en el pueblo lo recuerda. Fue poco antes de que mi padre empezara las reformas para poder veniros a vivir aquí. Aquello nos dejó marcados.

—¿Te refieres a lo del accidente de autobús?

Carlos bajó la mirada. Sin duda era un episodio que no le gustaba recordar.

—Sí. Fue un invierno terrible. En el suceso murieron varios niños, algunos de mi clase. Lo estoy viendo como si fuera hoy. El miedo, la tristeza en la gente... Pero no fue solo eso. Poco antes o después —eso no lo recuerdo bien— ocurrió lo de tu abuelo, y luego lo de esa tal Nieves, que desapareció sin que nadie supiera nada. Todo aquel invierno quedó grabado en mi memoria... bueno, en la de todos.

Clara sintió que el corazón se le encogía. No era que Carlos revelara nada que no supieran o intuyeran; sin embargo, por primera vez, todo aquello tomó para ella una dimensión tangible. Escuchar a alguien que lo había vivido de primera mano, aunque él también fuera apenas un niño entonces, convertía en real lo que hasta ahora habían conocido solo a través de recortes de prensa o comentarios dispersos. Por primera vez, las piezas del puzzle encajaban en un mosaico coherente, con matices y emociones que ningún informe podía transmitir.

Se despidieron de él, agradeciéndole su tiempo y la sinceridad de su testimonio. Al salir, fue Martín el primero en hablar, compartiendo con ella aquella misma emoción.

—Vaya... escuchar todo aquello de alguien que realmente lo vivió es distinto. Entiendo por qué la gente del pueblo evita hablar de aquel invierno. Aún pesa en ellos.

24

Casi por inercia, Clara y Martín se dejaron llevar hasta el mismo banco del Paseo en el que habían estado sentados un rato antes de visitar a Carlos. La tarde era cálida, pero el cielo tenía de nuevo ese tono grisáceo que anticipa tormenta. Cada uno parecía absorto en sus propios pensamientos, intentando encajar lo que acababan de escuchar dentro de todo lo que ya habían descubierto.

—No dejo de darle vueltas —empezó Martín, pensativo—. Lo que dijo Carlos... tu padre, Nieves, Julia... todo gira en torno a ese invierno y la casa. Y luego están las muertes de esos niños, el cuerpo que encontraron y la foto en la que aparece tu abuelo. Está claro que todo guarda algún tipo de relación, ¿pero cuál?

—Eso es lo que me inquieta —respondió Clara—. Ni siquiera podemos establecer un orden. ¿Fue la visita de mi padre lo que desencadenó algo? ¿O ya estaba todo en marcha? ¿Tiene, siquiera, algo que ver? Solo sabemos que todo sucedió en el mismo periodo y que alguien, ahora, no quiere que sigamos tirando de ese hilo.

—Las hojas arrancadas del libro eran precisamente de esos meses —recordó Martín—. Todo parece conspirar para enterrar lo que sucedió entonces.

Un perro cruzó por delante de ellos con un palo en la boca. Detrás, un niño lo perseguía riendo.

Clara siguió a ambos con la mirada y, sin dejar de observarlos, pareció, mientras hablaba, querer derivar la conversación hacia otro terreno:

—¿Tú estás bien?

Martín la miró, sorprendido por la pregunta.

—Quiero decir... después de todo esto —aclaró Clara—. Lo de la llamada amenazante, lo que nos ha dicho Carlos... lo otro, también. Nosotros.

Martín tardó un par de segundos en responder. No porque no supiera qué decir, sino porque no estaba seguro de si debía decirlo.

—No lo sé. Pero sigo aquí, ¿no?

Clara asintió con una mueca apenas perceptible, seria y contenida.

—Eso ya es mucho.

Por un instante, se quedaron así, compartiendo esa complicidad que, a pesar de todo, siempre parecía unirles y la certeza silenciosa de que no podría ser nada más.

Luego se levantaron, intercambiaron una última mirada y, casi de manera instintiva, tomaron caminos distintos.

Clara volvió a su casa. Sentía el cuerpo tenso, no por el calor de la tarde, que bruscamente había mutado la amenaza de tormenta en un insólito bochorno para las fechas en las que se encontraban, sino por el nudo persistente en la boca del estómago. Necesitaba desconectar un momento, aunque solo fuera una hora. Respirar sin pensar en teorías, ni en fotografías antiguas, ni en visitas cargadas de secretos... ni tampoco en Martín.

Al entrar, dejó las llaves sobre la mesita del recibidor y colgó el bolso en el perchero. Subió las escaleras directamente al baño grande, el del fondo del pasillo. Hasta ahora apenas lo había usado y, por algún motivo —quizá por respeto inconsciente a la casa, o por pura inercia— había seguido duchándose en el pequeño que estaba más cerca de su cuarto. Pero esa tarde se permitió el capricho. Abrió los grifos de la bañera antigua, dejó correr el agua caliente y bajó a la cocina a preparar algo de beber mientras se llenaba.

Cuando volvió al recibidor para sacar su teléfono del bolso, vio el papel.

Estaba allí, en el suelo, perfectamente doblado y deslizado justo bajo la puerta. No hubo timbre ni llamada previa. Solo eso, un sobre blanco, sin remitente. Dudó por un instante si le habría pasado desapercibido al entrar, pero al agacharse para recogerlo, un ruido sordo de neumáticos la hizo detenerse y le confirmó que el sobre no llevaba mucho tiempo esperando.

El sonido venía de la parte trasera, donde la casa daba a un camino vecinal poco transitado. Al asomarse por la ventana lateral, solo alcanzó a ver una estela de polvo suspendida en el aire. Un vehículo se alejaba a toda velocidad, sin dejarse ver del todo.

Clara tragó saliva antes de abrir el sobre. El papel era blanco, sin membrete u otro tipo de marca. La letra era firme y sin adornos, pero no pudo evitar la sensación de que era forzada. El tono, sin embargo, no dejaba lugar a interpretaciones.

"Este es el segundo aviso. No habrá un tercero. Si no queréis que ocurra alguna desgracia, dejad las cosas como están"

Clara se quedó inmóvil, con el papel aún temblando entre los dedos. El corazón le latía con fuerza; parecía que su cuerpo hubiera entendido antes que su cabeza la gravedad del mensaje. Ya no era una advertencia. Era una amenaza.

Subió de nuevo al baño y se sentó en el borde de la bañera. El agua había seguido corriendo y estaba a punto de rebosar. Cortó el grifo, pero ahora su intranquilidad hizo que olvidara su intención de sumergirse.

Al menos ahora tenían algo tangible, un aviso escrito que podrían llevar a la Guardia Civil. Pero el problema seguía siendo en quién confiar. El capitán Salcedo había sido correcto, incluso amable, pero Clara no podía quitarse de la cabeza aquel presentimiento desde el episodio de la tienda.

Dejó que el agua intacta se escurriera por el desagüe, cogió el papel y bajó al salón. Lo colocó sobre la mesa y buscó de nuevo su móvil, dudando un instante, pero al final marcó.

—Irene —dijo, al oír su voz al otro lado—. Perdona que te moleste de nuevo... Necesito pedirte otro favor.

Hubo una pausa. Sin duda, Irene no esperaba volver a tener noticias tan pronto de su amiga.

—¿Estás bien?

—Sí. Bueno... no del todo —dijo, sin entrar en detalles.

—Dime. ¿Qué necesitas?

—Querría saber si puedes averiguar algo sobre un tal Salcedo. Capitán Salcedo. Está destinado aquí, en la comandancia de la Guardia Civil de Barbastro. No tengo nada más, solo el nombre y el rango. Pero no me fío, y antes de hacer nada... necesito saber a qué atenerme.

—Entiendo —respondió Irene con un tono que aunaba preocupación y cautela—. No te prometo nada, pero lo intento. Si consigo algo, te aviso en cuanto pueda.

—Gracias. Y, Irene...

—¿Sí?

—Esta vez es serio. Mucho más que antes.

Tras colgar, Clara pensó en llamar a Martín. Era lo lógico. Debería contarle lo que había encontrado bajo la puerta. Pero no esa noche. No iba a ceder al miedo ni a la urgencia artificial que alguien intentaba imponerles. Ya hablaría con él al día siguiente. Quizá, para entonces, Irene habría conseguido averiguar algo útil.

Apagó la luz del salón y regresó al baño. Volvió a llenar la bañera con agua caliente, decidida a no dejarse arrastrar por la inquietud, y, cuando estuvo a su gusto, se hundió lentamente hasta los hombros.

Durante unos minutos, cerró los ojos y se permitió no pensar. Que el mundo esperara, con sus amenazas y sus nombres enterrados.

25

Aún estaba dormida cuando sonó el teléfono. Al otro lado, la voz de Irene la sorprendió con un tono difícil de definir.

—Clara —dijo Irene—, en cuanto colgaste llamé a Javi, mi compañero. Me devolvió la llamada apenas dos horas después.

Una apenas disimulada tensión vibraba en su voz.

—Ya era muy tarde y no te quise llamar anoche —continuó—. Tampoco quería hacerlo hoy tan pronto, pero es importante.

Clara sintió un calor difuso en el pecho, como un pequeño fuego que se encendía sin razón aparente, mezclando gratitud y algo más que no lograba identificar, quizás temor.

—Faltaría más, Irene. Mil gracias por todo lo que estás haciendo. ¿Qué habéis descubierto?

Irene tomó aire.

—Javi me ha pasado el historial completo del capitán Salcedo. Lo he estado revisando y resulta que, en poco tiempo y de manera poco habitual, obtuvo varios ascensos. El primero fue en el verano de 1995, justo después de los sucesos que investigáis. Desde luego, no se corresponde con los procedimientos normales.

—Uhm, ¿no es raro?

—Sin duda, pero la cosa no acaba ahí. También me ha pasado los movimientos de personal en el cuartel de Barbastro a partir de 1995.

—¿Y?

—Pues que todo fue un tanto extraño. Hubo un traslado forzoso y un par de ascensos bastante sospechosos, todos relacionados con el equipo donde trabajaba Salcedo. ¿Y a que no adivinas quién era otro de los beneficiados por esos ascensos?

—¿Gabriel Tena? —espetó Clara, sin pensarlo demasiado y sin que en realidad hubiera indicio alguno que justificara su suposición.

—Bingo. El mismo. Acababa de ser ascendido a sargento y, poco después, de manera sorprendentemente rápida, pasó a brigada, rango en el que se mantuvo hasta que se jubiló de forma anticipada.

—Y ahora, para colmo, sufre ese extraño accidente —dijo Clara, pensativa.

—Sí. Todo parece estar conectado.

Clara agradeció de nuevo a Irene su ayuda antes de colgar. Apoyó la espalda contra la pared y cerró los ojos, permitiendo que la conversación que acaban de tener se asentara en su cabeza.

La información sobre el capitán Salcedo había encendido algo en ella, haciendo que piezas sueltas comenzaran a encontrar su lugar; aunque, a cambio, surgían nuevas preguntas. Su intuición, que la había guiado desde el principio, ahora parecía sostenerse en algo tangible, pero el puzzle seguía incompleto, cada vez más inquietante en su complejidad.

Se levantó y fue a la cocina. Preparó un café y se sentó a desayunar sin prisa, mientras seguía ordenando las ideas. La implicación de Salcedo ya no era una sospecha borrosa ni una simple corazonada; parecía cada vez más una realidad con nombre y rostro. Pero... ¿cómo encajaba él en todo esto? ¿Qué vínculo podía tener con Nieves, con su tía Julia... o con su padre? ¿También entraba y salía de la casa de Julia durante esos días? ¿Y a quién se refería realmente la dependienta de la tienda? ¿A su padre, a Salcedo o a alguien más?

El recuerdo de la nota amenazante le provocó una punzada de inquietud. Tenía que contarle a Martín todo lo que Irene había descubierto, pero al encender el móvil sintió que no bastaba con hablar por teléfono, necesitaba verle. En realidad, necesitaba ver a alguien.

Por un instante se dio cuenta de lo sola que estaba. A punto de cumplir los treinta, al margen de su madre, apenas podía apoyarse en dos personas... y, por distintos motivos, sentía que también a ellas les había fallado. La reflexión no era nueva; Más bien parecía que últimamente regresara una y otra vez, acechando en cuanto algo se desestabilizaba.

La urgencia de compartir lo que había descubierto se mezclaba con esa familiar sensación de aislamiento, dándole un peso distinto, más hondo. No era exactamente tristeza, ni solo culpa; era la certeza incómoda de volver a encontrarse en el mismo punto, incapaz de romper un patrón que no terminaba de comprender. Y ese reconocimiento, lejos de aliviarla, la hizo sentirse más vulnerable que nunca.

Finalmente, antes de bajar al pueblo, decidió marcar el número y esperó.

—Hola, Clara —respondió Martín con voz cansada.

—Hola, Martín... Siento molestarte otra vez, pero... ¿te vendría mal si nos viéramos un rato? Empieza a parecer un mantra, lo sé, pero necesito hablar contigo.

—Pues... la verdad es que, después del inventario, estoy hasta arriba con el tema de los proveedores... No creo que pueda hasta mediodía.

—Entiendo —dijo Clara—. Bien, pues si no puedes antes, nos vemos entonces. Si te parece, podríamos comer juntos. ¿Te va bien quedar en el restaurante donde cenamos la última vez?

Martín dudó un instante antes de aceptar.

—Vale. Como quieras. Tendré tiempo hasta que abra por la tarde.

La espera hasta el mediodía fue para Clara una mezcla de nervios y expectativa. En el restaurante, el local rebosaba de vida; las voces y el tintinear de platos llenaban el ambiente, mucho más bullicioso que la noche en que cenaron allí.

Mientras ojeaban el menú, Clara le explicó con detalle lo que Irene había descubierto: los ascensos rápidos y poco habituales de Salcedo y de Tena, y algunos movimientos extraños de personal en el cuartel de Barbastro.

Martín escuchaba, inquieto, mientras luchaba contra su instinto de no querer creer en conspiraciones.

—No me gusta —dijo finalmente—, pero hay demasiadas coincidencias. No podemos descartarlo. Salcedo, si todo eso es cierto, puede que esté más involucrado de lo que imaginaba.

—Pero no podemos ir y enfrentarnos a él sin pruebas —replicó Clara—. Sea inocente o culpable, no es solo una cuestión de acusaciones. Hay demasiado en juego.

Martín asintió y propuso:

—Dices que hubo otros movimientos extraños en el cuartel. ¿Y si tratamos de hablar antes con algunos de los guardias implicados? A ver si están disponibles, o al menos localizables. Quizá ellos puedan darnos una perspectiva diferente, o alguna pista sobre lo que ocurrió.

—Bueno... en realidad no lo sé —dijo Clara—. Irene me habló de varios movimientos, y particularmente de Tena y de Salcedo, pero no estoy segura de a quién más podría referirse. Espera, que se lo pregunto.

Sacó el móvil y escribió rápidamente a Irene:

“Irene, ¿podrías hacerme otro favor? Necesito que me envíes cualquier información que tengas sobre los guardias trasladados en

esos meses. Cualquier dato, por mínimo que sea, puede ayudarnos. Gracias"

Aunque Irene solía responder con rapidez, Clara daba por sentado que no tendría novedades hasta, al menos, pasadas unas horas. Así que se permitió un respiro, saboreando la calma fugaz y la compañía de Martín. Por primera vez desde que todo había empezado, sentía que, poco a poco, comenzaban a acercarse a la verdad.

Después de la comida, ambos alargaron la sobremesa. Finalmente, Clara se despidió de Martín, que debía volver a abrir la librería, con un gesto cariñoso, y salió a caminar sin rumbo fijo por las calles del pueblo.

La tarde soleada invitaba a relajarse y parecía que el mundo le ofreciera un respiro. Una tregua momentánea, pensó, de esas que siempre saben a calma antes de la tempestad.

Estaba a punto de dar ya la vuelta para dirigirse a donde tenía aparcado el coche cuando sonó el teléfono. El nombre de Irene apareció en la pantalla, y Clara atendió al instante.

—Clarita —dijo Irene sin preámbulos—. Tengo novedades.

Interrumpiendo el paseo, se sentó en un banco cercano.

—Irene, dime.

—He estado revisando todo lo que he podido sobre aquellos movimientos de personal. Hay un par de cosas que estoy convencida de que te interesan. El guardia civil Julio Crespo fue trasladado forzosamente a Cádiz, supuestamente como refuerzo en las unidades contra el narcotráfico del Estrecho.

—¿Forzosamente?

—Sí. Eso parece. La orden es clara, pero no hay informe previo, ni solicitud. Nada. Y escucha esto, el cabo primero Miguel Martínez, del mismo grupo que Salcedo y Crespo, fue ascendido a sargento a

finales de ese mismo año, y luego también acumuló otros ascensos bastante sospechosos.

—¿Y está localizable?

—Me temo que no. También falleció, hace ya unos años. Así que, por ahora, Crespo es la única opción viable.

Clara asintió, como si Irene pudiera verla.

—¿Y qué fue del tal Crespo? ¿Tienes algo más sobre su traslado?

—Sí, pero lo que más me llama la atención es la sucesión de fechas. Según los papeles, lo apartaron del servicio el 13 de mayo, pero el traslado a Cádiz no se firma hasta el 1 de julio, y figura que tomó posesión al día siguiente.

—¿Y qué te extraña de eso? —preguntó Clara, intentando seguir el razonamiento.

—Pues que en los procedimientos normales siempre hay constancia de lo que hace el agente: destino asignado, días de licencia, cursos, comisiones... algo. Aquí, entre el 13 de mayo y el 1 de julio no hay rastro de nada. No figura que estuviera en ningún destino, ni hay órdenes de misión, ni licencias, ni actividad registrada.

Irene hizo una pausa antes de continuar.

—Esas lagunas no son habituales, Clara. Por mal que funcione la administración, siempre suele haber al menos un registro oficial, y aquí no hay ninguno.

—¿Y eso qué implica? —Preguntó Clara, intentando que le resumiera la conclusión.

—Pues que alguien tardó mucho más de lo que sería razonable en justificar ese periodo. Puede haber una explicación lógica, claro, pero encaja mal en lo que podría considerarse un expediente estándar.

—O sea que parece que en ese tiempo Crespo estuvo en una especie de limbo administrativo. Sin destino, sin servicio asignado, sin registro visible.

—Eso es. Es algo que, cuanto menos, resulta sospechoso.

—¿Y tienes su dirección actual?

—Sí. Sigue viviendo en Cádiz. Allí se casó y tuvo familia. Te paso número y dirección por mensaje. Pero, Clara... cuidado. Todo esto apesta. Y si lo trasladaron para quitárselo de en medio, es porque no jugaba con las mismas cartas que los demás.

26

Clara no necesitó pensarlo mucho. Ni siquiera esperó a hablar con Martín. Marcó el número que le había facilitado Irene desde el mismo banco donde se había sentado a hablar con ella.

Una voz de hombre mayor respondió, seca:

—¿Sí?

—¿Señor Crespo? Disculpe, me llamo Clara Morell. Sé que esto puede sonar extraño, pero... estoy investigando unos hechos ocurridos en Barbastro, en los años noventa, y me gustaría hacerle algunas preguntas. Usted fue guardia civil destinado allí, ¿verdad?

Hubo una larga pausa.

—¿Quién le ha dado este número?

—No estoy aquí para molestarle, se lo aseguro. Solo necesito hablar con usted. Tiene que ver con el capitán Salcedo.

El silencio se prolongó. Cuando por fin respondió, Clara notó algo distinto en su voz. La desconfianza seguía ahí, pero ahora había algo más.

—Lo siento, señorita, pero no puedo atenderla —dijo él, dando la impresión de querer colgar de inmediato.

—Espere, espere, por favor, se lo ruego... no me cuelgue —suplicó Clara.

El hombre dudó un instante.

—No por teléfono.

—¿Entonces...?

—Si realmente quiere hablar, nos vemos en el café que está junto al mercado central. Se llama *La Cúpula*.

—Se lo agradezco muchísimo, señor Crespo, pero me temo que tendré que pedirle un poco de tiempo. No le llamo desde Cádiz, sino desde Barbastro. Como pronto, podría estar allí mañana por la tarde.

—Ya veo... Entonces, mañana a las ocho en el lugar que le he indicado. Pero, por favor, se lo ruego, no le diga a nadie que ha hablado conmigo. ¿Entendido?

—Sí. No se preocupe. Gracias. De verdad, muchas gracias.

Clara guardó el número en su agenda y anotó la dirección donde debían encontrarse. Casi sin pensarlo, se dirigió a la librería de Martín. Estaba a un par de minutos y prefería contárselo en persona.

Él estaba hojeando un albarán cuando entró, pero al verla levantar la mano en un gesto rápido de saludo, dejó todo sobre el mostrador.

—Vaya, no esperaba verte otra vez hoy. ¿Todo bien? —preguntó, al notar la expresión tensa en su rostro—. ¿Alguna novedad?

—Sí. Bastantes. ¿Tienes un minuto?

Martín asintió, rodeó el mostrador y fueron a sentarse al rincón de lectura que ya se había convertido, más bien, en el rincón de las confidencias.

—Irene me llamó hace un rato. Ha estado rastreando los movimientos de personal del cuartel de Barbastro. Resulta que hubo más de un caso sospechoso.

—Te escucho —dijo Martín, impaciente.

—El primero, un guardia civil llamado Julio Crespo, fue apartado del servicio y trasladado a Cádiz. La versión oficial es que lo enviaron

a reforzar efectivos contra el narcotráfico, pero no cuadra; ni por las fechas ni por el procedimiento parece algo normal.

—¿Apartado? ¿Por qué?

—No se especifica. Y lo curioso es que no fue el único caso sospechoso. Otro miembro del equipo, un cabo primero llamado Miguel Martínez, fue beneficiado con varios ascensos, al parecer algo irregulares... pero falleció hace ya unos años.

—Entonces, ¿solo queda Crespo?

—Sí. Está jubilado y sigue viviendo en Cádiz. Irene consiguió su número

—Pues, ¿a qué esperamos? Vamos a llamarle —dijo Martín, con impaciencia poco habitual en él.

—No hace falta. Ya lo llamé yo en cuanto me lo pasó Irene.

—Vaya. Veo que no has perdido el tiempo. ¿Y pudiste hablar con él? ¿Te dijo algo?

—Sí, hablé. Al principio estaba a la defensiva, pero cuando mencioné a Salcedo... su voz cambió por completo. No era solo recelo, yo diría que estaba asustado. Me dijo que no quería, o no podía, hablar por teléfono. Pero aceptó hablar. Quedamos mañana, a las ocho de la tarde, en una cafetería de Cádiz.

—¿Mañana? ¿en Cádiz? ¿Tan pronto?

—Sí, ya lo sé, es muy precipitado. Pero necesitaba aprovechar la oportunidad. No quería esperar ni dar tiempo a que se arrepintiera.

—Ya, pero... justo mañana me es imposible. Estoy esperando los pedidos de la semana y no puedo dejar la tienda tirada. Esta semana son muchos más de los habituales, llegan los libros de importación de Inglaterra. Si no los recibo, es un caos y es algo que no puedo dejar encargado a nadie.

—No te preocupes, Martín. Lo entiendo.

—¿Y vas a ir sola? No me gusta nada la idea.

—Voy a llamar a Irene. Si puede, le pediré que me acompañe. Si no... ya veré. Yo también preferiría no ir sola, créeme. Pero si no hay más remedio, tampoco creo que me vaya a comer el tal Crespo.

Martín asintió, aunque la incomodidad seguía en su rostro.

—Prométeme que, pase lo que pase, no vas a arriesgarte. Si ese tipo dice algo raro, si algo no te cuadra... te vas. Sin dudarlo.

—Te lo prometo.

Él suspiró, resignado, y asintió con un leve movimiento de cabeza.

—Avísame cuando llegues. Y cuando acabes de hablar con él... Y si se retrasa, también. Aunque sea un minuto.

Ella esbozó una leve sonrisa, consciente de la preocupación que Martín sentía por ella, mientras dejó que su mano descansara sobre su antebrazo. Un gesto suficiente para sentir esa cercanía que ambos sabían que sería efímera. Un breve beso, suave y cálido, selló ese nuevo instante de complicidad. Se separaron con una mirada que decía más que cualquier palabra, aliviando en parte la decepción del día anterior, aunque permaneciera intacta la incertidumbre sobre su futuro.

Clara regresó al coche, cerró la puerta y se quedó un instante mirando el volante sin verlo. Sentía la urgencia apretándole el pecho; parecía que algo en la conversación con Crespo hubiera activado un resorte profundo.

Sacó el móvil, buscó el contacto de su amiga y pulsó la llamada antes de pensárselo dos veces.

—¿Clara? —la voz de Irene sonaba alerta, como quien espera una mala noticia—. ¿Todo bien?

—Más o menos... pero necesito otro favor, y no es pequeño. Ya no sé cómo pedirte, Irene; ni siquiera creo merecer toda la ayuda que

me estás dando, y no te lo pediría si no considerara que es algo de la máxima importancia.

—Venga, déjate ya de historias. Vamos, dispara

—He hablado con Crespo, el guardia civil, y ha aceptado hablar conmigo, mañana... en Cádiz. Creo que lo mejor es que hable con él a solas, porque si me presento acompañada probablemente se sienta cohibido y no diga nada.

—Vale, ¿y?

—Pues que necesito que vengas conmigo, que alguien esté a una distancia prudencial por si pasa algo. No te lo acabé de contar por no preocuparte, pero el otro día alguien deslizó un sobre por debajo de la puerta con un mensaje claramente amenazante... No me atrevo a ir sola. Estoy asustada, Irene. Por favor...

Irene dudó un momento.

—¿Mañana?

—Sí. No sé cómo, pero aceptó hablar. Quedé con él a las ocho, en una cafetería del centro. El hombre tiene miedo; eso es evidente. No quería decir nada por teléfono.

—¿Y Martín no puede ir? —preguntó Irene, con un resquemor que no podía disimular.

—Imposible. Cualquier otro día no tendría problema, pero mañana precisamente está atado a la librería.

De fondo se oían teclas y papeles, mientras Irene maduraba su respuesta.

—Uff, estoy hasta arriba —dijo al fin—, pero si es solo por un día... está bien. Iré, me organizo y te acompaño.

—Genial. No sé cómo agradecértelo. ¿Entonces nos encontramos en Atocha?

—Sí, bueno. Mejor dime tú a qué hora llegas. ¿Cómo vas a venir?

—Pues creo que voy a salir en coche al amanecer para llegar a Zaragoza. Desde allí tomaré el AVE hasta Madrid. Creo que es lo más rápido. Si todo va bien, estaré en Atocha a eso de las diez y media.

—Perfecto. Yo compro los billetes a Cádiz para algún tren que salga a partir de las once o once y media, y nos vamos juntas desde allí.

—Gracias, Irene. De verdad.

—No me lo agradezcas todavía. Pero si Crespo resulta ser un viejo paranoico que no dice nada útil, me invitas a una cena. Y buena, ¿eh?

Clara sonrió, aliviada.

—Hecho. Restaurante con mantel de tela.

—Eso me gusta más.

Cortaron la llamada. Clara miró por un momento el horizonte despejado que se abría más allá de los tejados de Barbastro. El viaje sería largo, pero al menos ya no tendría que hacerlo sola.

El café *La Cúpula* estaba casi vacío a esa hora. Afuera, el mercado central parecía dormitar tras el trajín del día. Los toldos, aún húmedos por la llovizna, se mecían con un aire tibio y denso. Dentro, la madera crujía al paso eventual de clientes y camareros, y el aroma a café recién hecho impregnaba un local que, con sus viejas mesas de mármol y sus lámparas modernistas, parecía pertenecer a otro tiempo.

Clara llegó puntual, tal como había prometido. Eran las ocho en punto. Llevaba un abrigo oscuro que no se quitó al entrar. Conforme habían acordado, Irene entraría un par de minutos más tarde y, sin mediar palabra, se dirigiría a una mesa apartada desde donde pudiera observar sin ser vista. Su presencia, aunque discreta, le daba a Clara la seguridad que necesitaba.

Ella y Crespo habían pactado solo el lugar y la hora, nada más. Pero no hacía falta preguntar. Clara echó un vistazo al local y lo supo de inmediato, era la única mesa en la que había una persona sola.

Julio Crespo estaba en el fondo, de espaldas a la puerta, como quien no quiere ser visto. Sobre la mesa, tenía un periódico doblado con esmero —un gesto antiguo, quizás deliberado, o tal vez mera costumbre— y, delante, una taza de café casi intacta. Las manos cruzadas, tensas. Cuando Clara se acercó, levantó la vista sin sorpresa. Sin duda, llevaba un buen rato observando la escena a través del espejo que cubría la mayor parte de la pared que estaba frente a él.

—Gracias por acudir —dijo ella, sin atisbo de duda sobre su identidad.

—No tengo mucho tiempo —respondió él, sin rodeos—. Y no quiero que nadie me vea con usted.

Clara asintió y tomó asiento. No se le había pasado por la cabeza que alguien pudiera estar vigilándolos. Había pensado en la incomodidad, incluso en que él se negara a hablar. Pero no en eso. Y, sin embargo, tras lo ocurrido en los últimos días, el comentario de Crespo no hizo más que acentuar su inquietud.

El camarero se acercó para preguntar qué deseaba tomar. Clara pidió también un café.

—¿Le molesta si le hago unas preguntas? —inquirió ella.

—Depende de las preguntas. Pero, venga, para eso estamos aquí, ¿no?

Clara titubeó un instante, buscando las palabras adecuadas.

—Sé que no debe de ser fácil para usted hablar de esto... Ni para mí, la verdad.

Él no dijo nada, pero mantuvo la mirada fija en ella, esperando a que continuara.

—Solo quiero entender qué ocurrió en Barbastro... hace años. Me hablaron del capitán Salcedo. Y de usted.

El nombre de Salcedo hizo que Crespo tensara el gesto por un instante, apenas perceptible, pero Clara lo notó.

—¿Quién le ha hablado de mí?

—No, nadie directamente. Encontré su nombre revisando algunos documentos antiguos de la Guardia Civil. En ellos aparecían los nombres de varios agentes que podrían estar relacionados con hechos ocurridos allí en aquella época, sobre los cuales me gustaría obtener más información. Eso es todo.

Crespo tardó en responder. Luego murmuró:

—No me interesa remover nada de aquello. Y créame, si supiera sobre lo que está pisando, tampoco lo haría usted.

—¿Y a qué se refiere exactamente con “aquello”?

—No soy quién para contarlo. Solo le diré esto, allí hubo cosas que no debieron pasar, estoy seguro. A algunos agentes les impidieron intervenir, les dijeron que no investigaran, que otros se encargarían de ello. A mí también me ofrecieron lo mismo, sin detalles, sin presión directa. Pero uno sabe cuándo algo huele mal. Yo no entré en eso. Seguí el consejo, no intervine, pero mi malestar era evidente. Al final, debieron temer que quisiera saber más, porque terminaron trasladándome forzosamente.

Clara lo miró con atención. Él no evitaba su mirada, pero tampoco se detenía demasiado tiempo en ella.

—¿Quién le propuso que no interviniera?

Crespo guardó silencio un momento, como dudando en pronunciar el nombre.

—Fue Salcedo —dijo al fin, con un leve suspiro—. Él era de quien yo recibía las órdenes directas, pero tampoco sé si todo era cosa suya o venía de más arriba. En todo caso, tengo el convencimiento de que quien verdaderamente estaba detrás de todo aquello era ese otro, ese que vino de fuera... con poder.

—¿Con poder?

—Sí, pero no el tipo de poder que viene con galones, sino con contactos... y con dinero. No era del Cuerpo, pero se movía como si lo fuera. Hacía y deshacía sin que nadie preguntara por qué.

—¿Quién era? —preguntó Clara, cada vez más intrigada por la identidad del personaje.

Crespo la miró con una mezcla de cansancio y prudencia, midiendo sus palabras con aún más cuidado

—No lo sé —dijo, mirando alrededor—. Nunca supe quién era; yo llevaba poco tiempo destinado en Barbastro entonces. En la Guardia Civil uno aprende pronto que cuanto menos preguntas, mejor, y yo no quise saltarme esa regla. Pero era alguien alto, bien vestido, seguro de sí mismo. Y ya le digo que no llevaba uniforme, pero hablaba como si todos tuvieran que obedecerle. Estaba claro que tenía nombre, dinero... y algo más.

Un escalofrío recorrió a Clara.

—Se lo advierto, señorita Morell —continuó Crespo en voz baja—, este es un tema delicado y peligroso. No todo merece ser descubierto.

El camarero se acercó para retirar la taza, pero él hizo un gesto brusco para impedirlo. Permaneció sentado un momento más, con la mirada fija en Clara, como sopesando si decir algo más, pero se contuvo.

—No puedo ayudarla más —dijo al fin—. Y créame, aunque pudiera, tampoco debería querer hacerlo.

Clara quiso replicar, buscar alguna respuesta más, convencida de que Crespo sabía más de lo que contaba, pero su actitud cerraba cualquier posibilidad. Estaba claro que no iba a sacar una palabra más de él.

—Solo... tenga cuidado con lo que busca —añadió él, y se levantó despacio.

Ella sostuvo la taza entre las manos, ya fría, y se quedó mirando cómo se alejaba hacia la puerta. La mención de ese hombre, esa sombra que había descrito Crespo, le dejó una sensación incómoda, un presentimiento que aún no sabía nombrar. Algo que le daba mala espina y que, en el fondo, empezaba a atisbar, aunque solo fuera una intuición.

Cuando el hombre salió del café, la puerta se cerró tras él con un leve golpe. Irene se levantó como un resorte y se acercó a Clara con una mezcla de curiosidad y preocupación.

—¿Qué te ha contado? —le preguntó casi al oído, evitando llamar la atención.

Clara dejó de manipular la taza y, tras un momento para ordenar las ideas, comenzó a relatarle todo lo que Crespo le había contado sobre la participación de Salcedo y la posible implicación de ese otro individuo.

—Estoy convencida de que oculta cosas —dijo finalmente—. Aun con toda la prevención que había mostrado por teléfono, tenía la impresión de que iba a contarme algo más, pero ese exceso de recelo que mostraba ahora quizá apunte a otra cosa. Vete a saber si él también ha recibido algún tipo de “aviso”. Por supuesto, no me ha dicho nada en ese sentido, pero, en cualquier caso, estoy segura de que no iba a contar mucho más.

Irene frunció el ceño:

—Vaya... pues después de todo el viaje, no parece que hayamos sacado mucho en claro. Pero, ¿estás segura de que no te ha dicho nada más? Por tu cara, deduzco que hay algo que te ha dejado muy preocupada.

Clara se mordió el labio inferior mientras dudaba si contarle su pálpito.

—Sí, tienes razón —dijo finalmente—. Es solo otra más de mis corazonadas, pero, según estaba describiéndome a ese otro hombre, el que no era del Cuerpo pero que tenía poder, contactos y dinero, no he podido dejar de pensar que sé a quién se podía estar refiriendo.

—¿Lo sabes? ¿A quién?

—A mi padre —respondió Clara, casi en un susurro.

Irene abrió lo ojos de par en par, sorprendida.

—¿Tu padre? Venga ya... ¿cómo va a ser tu padre? ¿Qué iba a pintar él en todo eso?

—No lo sé, Irene. Ya te digo que es solo una intuición. Pero esa descripción, el modo en que Crespo habló de ese hombre misterioso, me hizo recordar aquello que me contó Carlos, el hijo del vecino de Barbastro. Ya sabes, que, cuando jugaba al fútbol cerca de la casa de mi tía Julia, veía de vez en cuando a mi padre entrar o salir de allí en aquella época. No puedo evitar pensar que su participación en todo este asunto era todo menos casual.

La incertidumbre pareció cernirse sobre ambas. Clara sabía que aquella intuición, aunque difusa, podía ser el hilo que las llevara a desentrañar algo mucho más profundo. Pero también sentía el peso de un peligro que aún no terminaba de comprender pero que cada vez sentía más y más próximo.

28

El tren chirrió suavemente antes de detenerse en la estación de Zaragoza. Clara se colgó el bolso en bandolera y se aferró a su maleta de mano mientras bajaba con paso firme; la cabeza aún revoloteando con las imágenes de Atocha, la despedida apresurada de Irene y la conversación de la tarde anterior con Crespo.

El tránsito por Madrid había sido un vértigo. Apenas unos minutos para cambiar de tren y despedirse, casi sin tiempo, y para intentar de nuevo comunicarse con Martín. Durante el trayecto desde Cádiz, los problemas de cobertura habían hecho que todos sus intentos resultaran inútiles, alimentando la preocupación con la que ya iniciara el viaje.

La noche anterior, desde que salieron del café hasta que se acostaron en el hotel de Cádiz, ya había intentado llamarle, sin éxito. No entendía qué podía haber pasado. Sabía que él estaría pendiente de su llamada y solo se le ocurría que hubiera tenido algún problema con el móvil. Aun así, se había acostado inquieta.

Ahora, antes de recoger el coche, volvió a intentarlo. Nada. Estaba claro que no era un problema de cobertura, la llamada seguía sin ser respondida. Dejó un mensaje breve, uno más, tratando de que su voz no delatara la ansiedad que empezaba a apoderarse de ella.

El viaje hacia Barbastro se le hizo eterno. Clara mantenía la mirada fija en la carretera, pero sus pensamientos giraban sin descanso en torno a la ausencia de respuesta de Martín. Cada minuto intensificaba el vacío que se abría en su interior. Cada semáforo,

cada curva, parecían alargar la espera y amplificar la sensación de que algo no marchaba bien.

Cuando finalmente abrió la puerta de su casa, el nudo en la garganta ya era imposible de ignorar. Hay cosas que se sienten antes de saber.

Encendió la luz con cuidado, y entonces su mirada cayó sobre el sobre que, deslizado por debajo de la puerta, reposaba en el suelo como la vez anterior. Al recogerlo, leyó el mensaje en su interior:

"Ya os lo dije, no iba a haber un tercer aviso."

Un escalofrío le recorrió la espalda. La nota no dejaba lugar a dudas, ya no era una amenaza; Martín estaba en peligro. Clara trató de calmarse y, mecánicamente, marcó su número por enésima vez. Sin respuesta.

Sin pensarlo más, se dirigió a la librería. Al empujar la puerta, vio que no estaba atrancada, y una sensación fría la recorrió. En el interior, varios libros y papeles estaban dispersos por el suelo. Sabía que Martín estaba colocando los pedidos, pero algo en la escena le dio la impresión de que podía haber pasado algo más. Ni rastro de él.

Clara apretó los puños, con la determinación creciendo dentro de ella. No podía esperar más. Tenía que encontrarlo, costara lo que costara. Pero, ¿qué hacer? ¿A dónde acudir?

Pasó el resto del día sin noticias. Se sentía atrapada entre la ansiedad y el miedo, incapaz de decidir qué camino seguir. La idea de acudir a la Guardia Civil le resultaba imposible. Ya tenía la certeza de que el capitán Salcedo estaba implicado, de alguna manera, en lo ocurrido entonces y probablemente también en lo que estaba ocurriendo ahora.

Una vez más se dio cuenta de sus limitadas opciones, pero esta vez ni siquiera se paró a lamentarse por ello. Finalmente, marcó el número de Irene.

—¿Clara? —respondió al segundo tono, sorprendida—. ¿Qué ocurre?

—Estoy muy asustada. No sé qué pensar —dijo Clara con la voz temblorosa—. Martín no contesta desde ayer por la noche... y hoy, al entrar en casa, he encontrado algo que...

—¿Qué? ¿Qué has encontrado? —preguntó Irene, alarmada por la agitación de su amiga.

—Había otro sobre bajo la puerta de mi casa, como el primero, pero esta vez ya no era un aviso, sino algo mucho más terrible. Decía que ya nos habían advertido, que ya se habían acabado los avisos.

—¿Y qué hiciste? ¿Fuiste a la librería?

—Salí corriendo. La puerta no estaba atrancada; bastó con empujarla para abrirla, y el interior estaba revuelto, con libros esparcidos por el suelo, como si hubiera pasado algo —su voz se quebró—. No había nadie. No sé dónde está.

—Dios... Tienes que denunciarlo inmediatamente —dijo Irene mientras se llevaba la mano a la boca.

—No puedo, Irene. No puedo confiar en nadie, y menos en la Guardia Civil. No después de lo que nos contó Tena, cuando sé que quizá Salcedo, o algún otro, podría estar implicado en todo esto.

—Sí... lo entiendo —dijo Irene, obligada a admitirlo—. Pero, entonces, ¿ahora qué vas a hacer?

Clara respiró hondo, intentando recomponerse.

No lo sé. Solo sé que esto no puede quedar así. Algo oscuro está pasando... y tengo que descubrir qué es.

—No voy a dejarte sola, Clara. Estoy contigo, pase lo que pase —dijo Irene, con voz firme y cercana—. Y si hace falta, voy para allá ahora mismo.

Clara se mordió el labio y negó con la cabeza, mientras pensaba que no podía arriesgarla también a ella, que no podía cargar con la culpa si algo le pasara.

—Por el momento, quédate allí, por favor —dijo , con inusitada convicción—. Te mantendré informada en todo momento y, si hace falta, ya te diré algo.

—Está bien, pero... ya sabes... Estoy aquí —respondió Irene—. Por favor, llámame a cada momento con lo que pase.

—Gracias, Irene. De verdad... no sé qué haría sin ti.

Colgó el teléfono y respiró hondo, intentando ordenar sus pensamientos y planificar sus próximos pasos. Hacía días que no hablaba con su madre y, aunque no sabía muy bien qué decirle, sentía que tenía que hacerlo. La situación se había complicado demasiado como para mantenerla totalmente al margen por más tiempo.

Marcó el número.

—Hola, Clara —dijo su madre, con indisimulada ansiedad—. Hace días que no tenía noticias tuyas. ¿Qué tal va todo?

Clara dudó un instante antes de responder.

—Hola, mamá... Bien... bueno, no del todo. Lo cierto es que estoy algo preocupada por Martín —dijo, evitando mayores detalles para no alterarla en exceso—. Hace un par de días que no consigo hablar con él y... no sé, me inquieta..

—Bueno... no sé. A lo mejor tiene el móvil sin batería o algo de eso.

—No, no creo que se trate de eso. Pero... en fin, no es nada que pueda explicar por teléfono, mamá. Solo que... no puedo evitar preocuparme.

—Está bien —dijo su madre—. Entiendo que te sientas así; pero, sobre todo, lo que a mí me preocupa es que seas tú la que acabe metida en algo que no deberías. Prométeme que serás prudente, Clara. Por favor, ten mucho cuidado, de verdad. No sabes lo que puedes remover.

—Lo sé —dijo Clara, notando la tensión en la voz de su madre—. Solo espero que Martín esté bien.

—Eso espero yo también. Llámame si necesitas cualquier cosa, ¿vale? Y de verdad, cuídate mucho.

Aquella noche, Clara apenas cenó. Se acostó con la cabeza llena de oscuros pensamientos y el corazón en un puño, pero el sueño se le negó una y otra vez. Cada minuto en vela parecía alargar la espera y agrandar su inquietud.

Al amanecer, con el cansancio y la ansiedad marcando cada paso, decidió volver al pueblo. Necesitaba saber si había alguna novedad, si Martín había dado señales o si alguien había visto algo.

Al acercarse a la librería, se sorprendió al encontrar un corrillo de gente reunida en la plaza. Se abrió paso entre ellos y preguntó con voz temblorosa:

—¿Qué ha pasado?

Un hombre, serio y con gesto sombrío, respondió:

—Ha aparecido un cuerpo. Un hombre. Cerca de los Cañones de Guara.

Clara sintió que el mundo se le hundía bajo los pies.

29

La voz del hombre quedó flotando en el aire, como un eco siniestro que no terminaba de disiparse.

Un cuerpo. Un hombre. Cerca de los Cañones de Guara.

Clara retrocedió sin darse cuenta. Sentía los brazos entumecidos, la mandíbula rígida y las piernas flojas; parecía que su cuerpo empezara a traicionarla.

Alrededor, el murmullo se extendía en oleadas sordas. Las palabras llegaban fragmentadas, y todas apuntaban en la misma dirección: la muerte. La posibilidad de que la amenaza que los había perseguido durante días se hubiera vuelto real.

—¿Saben quién es? —preguntó, sin mirar a nadie en particular.

Una mujer se volvió hacia ella con expresión cargada de pesar.

—Aún no lo han dicho —dijo—, pero parece que... podría ser alguien del pueblo.

Clara sintió que su pulso se desacompasaba. Dio un par de pasos inconscientes hacia un lado.

—¿Dónde lo han encontrado exactamente?

—En la zona de la garganta —explicó alguien—. Hay una pasarela que bordea la pared... No es peligroso si vas con cuidado, pero un paso en falso y te puedes caer al vacío.

Las palabras le llegaban como cuchillas envueltas en algodón. Martín nunca iba de excursión. A pesar de haber nacido y haberse criado en Barbastro, siempre había preferido la comodidad del pueblo a salir al campo o hacer marchas para ver vistas panorámicas. No tenía sentido. Quizás no fuera él.

Clara intentó separar el miedo de la lógica, la congoja de la sospecha, pero todo dentro de ella era una sola masa densa y desordenada.

Durante más de una hora deambuló aturdida por el pueblo, deteniéndose de vez en cuando en escaparates, fingiendo interés mientras su mirada se perdía en un punto indeterminado.

Aquí y allá se topaba con algún corrillo que probablemente comentaba el asunto, movidos por la simple curiosidad. Pero a ella la preocupación le impedía respirar. Cada gesto de la gente se le aparecía ligero, trivial; parecía que la vida del pueblo siguiera ajena al peligro que solo ella percibía.

Apenas podía recordar cómo había llegado de nuevo a la plaza cuando sintió una mano leve en el brazo.

—Clara...

Era Carlos, el hijo del hombre a quien su padre vendió la antigua casa. Tenía el rostro descompuesto; parecía que llevara ensayando esa frase desde hacía un buen rato.

Ella no dijo nada. Solo lo miró. Carlos bajó los ojos un segundo, conteniendo el aliento; era evidente que le pesaba ser el portador de aquello.

—Lo han confirmado. Es Martín —dijo al fin.

Un vacío le atravesó el pecho. Un silencio más profundo que cualquier sonido se abrió dentro de ella.

—Martín... —susurró, incapaz de completar la frase.

—Lo reconocieron por la documentación. Por la ropa. Llevaba consigo su cartera —añadió Carlos con voz apagada.

Clara sintió un nudo cerrarse en la garganta.

—La Guardia Civil ha confirmado la identidad. Ha sido el propio capitán Salcedo quien ha dado la noticia hace un momento.

En ese instante, Clara dejó de oír el murmullo de la plaza. El nombre de Salcedo cayó sobre ella como un martillo. No añadió nada más. Asintió con un leve movimiento de cabeza, seco, como si se lo hubieran dicho en otro idioma.

Desde que hablara con Crespo en Cádiz, conectando nombres y fechas, ya sabía de la implicación de Salcedo en todo ese asunto, aunque una mínima sombra de duda flotaba todavía en algún rincón de su mente sobre que pudiera estar también implicado en los hechos actuales.

Pero al oír que él había dado la noticia de la muerte de Martín, esa sombra se disipó casi por completo. No era una confirmación oficial, sino la sensación de que todo encajaba. El hombre que acababa de comparecer para dar la noticia coincidía con quien, con toda probabilidad, había orquestado la desaparición de Martín. Estaba segura.

Y con esa certeza clavada en el pecho, Clara no lloró. No gritó. No tembló. Se quedó inmóvil; parecía que el tiempo se hubiera ralentizado a su alrededor. La presencia de Carlos, la plaza, los murmullos... todo le resultaba ajeno, como si conservar el control fuera la única forma de no deshacerse.

Martín está muerto. Martín está muerto. Martín está muerto.

El pensamiento se repetía como un tambor mudo.

Se alejó de Carlos sin despedirse siquiera, caminando como si cada paso fuera prestado. Cruzó calles sin mirar, hasta detenerse junto a una tapia baja. Apoyó las manos, bajó la cabeza y dejó que una

lágrima rodara por su mejilla. Luego otra. Cada una más pesada que la anterior, lentas, contenidas, incrédulas.

La imagen de Martín la golpeó, riéndose tras el mostrador, con una taza de café en la mano; acariciando los lomos de los libros como hablándoles en silencio. Siempre dispuesto a apoyarla. Y ahora... todo parecía haberse detenido; la incertidumbre se había transformado en ausencia.

La rabia llegó después. Silenciosa, pesada, como el propio llanto que acababa de surgir. Como la certeza de que aquello no había sido un accidente. Como la convicción de que Salcedo estaba detrás, de un modo u otro. Y de que Martín había pagado por acercarse demasiado.

Poco a poco, esa rabia empezó a tomar forma en su pecho, mezclándose con la pena y convirtiéndose en determinación. Clara cerró los puños. Ya no temblaban. Si creían que con eso la iban a detener, no la conocían en absoluto. No pensaba quedarse callada.

Se sentó en un banco del parque, mirando sin ver a su alrededor. El sol de mediodía apenas se colaba entre las nubes, pero el frío se había vuelto más punzante. La muerte de Martín también parecía haber congelado el aire y el propio tiempo.

Inspiró hondo y, con un suspiro que le recorrió el pecho, sacó el móvil y marcó a Irene. Sabía que necesitaría apoyo... o al menos alguien con quien compartir el peso de su decisión.

—¿Irene? —su voz sonaba débil, pero contenía una firmeza nueva—. Ha pasado algo terrible... Martín ha muerto.

—¡Clara! —la voz de Irene se llenó de preocupación al instante—. ¿Qué? ¿Cómo? ¿Estás segura?

—Sí. Lo acaban de confirmar. Y no pienso quedarme quieta ni callada.

—Cálmate, Clara. Te conozco, sé que eres impulsiva.

—Voy a citar a Salcedo. Tengo que hacerlo, Irene.

—¡Ni se te ocurra hacer nada hasta que yo llegue! —la voz de su amiga sonó cortante, casi autoritaria—. Entiendo que ahora debes estar en shock y que uno no sabe cómo reaccionar en esos casos. Pero no puedes enfrentarte a él sola, Clara.

—No puedo esperar. Tiene que ser hoy. Él cree que ha ganado. Y eso no se lo voy a permitir.

—No te preocupes, que voy para allá —dijo Irene, con ansiedad—, pero ahora mismo no puedo, me es imposible. Ayer, cuando llegamos, también me encontré con una urgencia. A mi padre le había dado un ataque y está ingresado desde anoche. Esta tarde le intervienen y no puedo dejar de estar. Iré mañana a primera hora. No te dejaré sola. Pero prométeme que no harás nada hasta que yo llegue.

—No puedo prometerte eso. Si espero, se cubrirá las espaldas. Desaparecerá todo.

—Por favor, Clara, escúchame. No hagas ninguna locura.

—No es locura, Irene. Es justicia.

Un silencio se coló entre ambas, largo y denso.

—Si algo me pasa, saca todo a la luz —dijo Clara al fin, con voz decidida—. No voy a dejar que salga impune.

—No quiero perderte —susurró Irene.

—Lo sé. Gracias. Te llamaré pronto.

Colgó y se quedó unos instantes con la mirada perdida en la pantalla apagada del móvil. Ya tendría tiempo de pensar en todo lo que implicaba la desaparición de Martín, de llorarle. Ahora solo tenía un objetivo, y no le importaba nada más.

Rebuscó en su bolso y sacó la libreta. No quería que él tuviera oportunidad de darle alguna evasiva por teléfono; además, Martín se

había quedado con la tarjeta que contenía su número de teléfono, y ahora él ya no estaba.

Escribió con letra firme:

"Capitán Salcedo,

Ambos sabemos que esto tiene que acabar. No hay vuelta atrás.

Nos vemos hoy a las 7 de la tarde en mi casa.

Clara Morell"

Se levantó y caminó decidida hacia el cuartel. Nadie reparó en ella. Ni siquiera cuando, al llegar a recepción, pidió un sobre, guardó la nota en él, escribió el nombre del destinatario y se la entregó a un guardia para que se la hicieran llegar.

A lo lejos, el campanario marcaba las dos. Faltaban cinco horas.

30

La casona, de por sí imponente, parecía ahora más sombría que nunca. La luz del atardecer, rojiza y escasa, se filtraba con dificultad entre los árboles y proyectaba sombras alargadas sobre la fachada. A la hora convenida, unos golpes secos resonaron en el umbral.

Clara entreabrió la puerta y se apartó unos pasos para dejar pasar a Salcedo. El capitán entró con la expresión imperturbable de quien cree tener siempre el control. Cada movimiento era medido, preciso; su porte imponía respeto. Al verla, clavó en ella una mirada fría, inquisitiva.

—No esperaba que fueras tú quien me citara —dijo, con una voz muy distinta a la cordialidad que había mostrado en el cuartel—. ¿De qué va todo esto, Clara?

Ella cerró la puerta tras él y se volvió sin titubear.

—No tenía ninguna duda de que vendría.

Salcedo avanzó un paso.

—¿Cómo podría rechazar una invitación tan amable? —respondió con sorna, escrutando la estancia, como si buscara una trampa.

—Puede estar tranquilo. No hay grabadoras escondidas.

—Muy considerada —replicó—. Entonces dime, ¿qué quieres exactamente?

—Creo que ya es hora de poner las cartas sobre la mesa, capitán, y dejarnos de juegos.

—¿Juegos? —preguntó, con un deje de provocación—. Me temo que yo no he venido a jugar.

Clara sintió cómo la sangre le golpeaba en las sienes, pero mantuvo la compostura.

—No. Claro que no. Pero se acabaron los rodeos. Lo sé todo.

—¿Todo? ¿Qué es todo? —retó.

—Todo, Salcedo. La muerte de Nieves, los ascensos irregulares, el accidente que nunca fue del exbrigada Tena... y la muerte de Martín.

El gesto del capitán cambió. La ironía desapareció de su rostro y dio paso a una expresión difícil de descifrar, a medio camino entre la sorpresa y el recelo. Apoyó una mano en el respaldo de una silla.

—No sé muy bien qué intentas decirme —respondió, visiblemente confundido—. ¿Qué relación tienen, según tú, esos hechos entre sí?

Clara no esperaba aquella reacción. Había lanzado la acusación casi a ciegas, confiando en provocar una confesión. Sin embargo, Salcedo parecía sinceramente desconcertado. Aun así, decidió seguir adelante.

—Toda. Usted estaba detrás de todo. No lo niegue.

El capitán negó despacio con la cabeza.

—Mira, Clara, no sé qué te ha llevado a construir esa historia, pero te aseguro que yo no he tenido nada que ver ni con la muerte de Tena ni con la de Martín.

Clara lo observó con atención. Si mentía, lo hacía sin calcular demasiado bien sus palabras, sin el cuidado de quien teme ser contradicho. Eso la descolocó. Había en su voz un enfado contenido, real.

—¿Y con la de Nieves tampoco? —insistió, aferrándose a lo único que él no había negado.

Salcedo tardó unos segundos en responder.

—Aquello ocurrió hace muchos años —dijo por fin—. Y no, no me siento orgulloso. No hablé por miedo... y porque entonces era joven y ambicioso. Pagaron bien nuestro silencio.

Clara frunció el ceño.

—¿Me está diciendo que usted no la mató?

—No soy inocente —respondió con sequedad—, pero tampoco fui quien decidió nada. Yo conducía el coche. Nada más.

—¿El coche?

La pregunta, ya sin cautela, delató que Clara avanzaba a base de suposiciones. Salcedo lo advirtió y, al comprender que ella no tenía todas las piezas, modificó su actitud.

—Entonces yo era cabo. Quien daba las órdenes era Tena. Él y Martínez planearon cómo hacer desaparecer a esa mujer. Yo solo conduje el coche en el que la llevaron hasta aquel descampado...

—...donde la mataron —concluyó Clara, en un susurro.

Salcedo asintió.

—Después, Tena se ocupó de borrar cualquier rastro. Y entre él y tu padre consiguieron, no sé cómo, que todo aquello quedara enterrado.

Clara sintió que le faltaba el aire, como si le hubieran golpeado en el plexo solar.

—¿Mi padre?

—Era quien más interés tenía en que esa mujer no hablara. Nunca supe por qué. Tampoco puedo decir que me importara entonces.

Clara se quedó muda. Lo que hasta entonces había sido solo un palpito se asentaba ahora como una certeza irrefutable.

—Fue él quien empujó a Tena a organizarlo todo —prosiguió Salcedo—. Y quien movió los hilos para recompensar a quienes colaboramos. Ascensos, dinero... Tena salió bien parado, desde luego, y a nosotros también nos cayó algo.

—Entonces —murmuró Clara—, ¿quién mató a Tena? ¿Y a Martín?

—De la muerte de Tena solo sé lo que me dijeron: que fue un accidente. El asunto lo llevaron desde la comandancia de Huesca, no desde aquí. En cuanto a Martín, la investigación acaba de empezar. Aún no hay conclusiones. Estamos esperando los resultados de la autopsia.

Clara notó cómo ese detalle no encajaba con la imagen que se había formado de él: hablaba como un investigador que espera datos, no como alguien que ya conoce el desenlace. No estaba protegiéndose. No estaba midiendo cada palabra. Y eso le resultó incómodamente honesto.

Salcedo la observó un instante, quizás pensando que iba a añadir algo, pero Clara calló. Ya no sentía rabia. Tampoco alivio. Solo un vacío inmenso. La implicación del capitán, miserable pero secundaria, se diluía ante la figura deformada de su padre.

—Lo siento —dijo Salcedo, al dirigirse a la puerta—. De verdad. Por Martín... y por haber sido yo quien te abriera los ojos.

Salió sin esperar respuesta. El sonido de la puerta al cerrarse resonó en la casa como la primera palada de tierra sobre un ataúd.

Clara permaneció inmóvil. La imagen de su padre y la de Martín se superponían en su mente, como polos opuestos de una misma herida.

Seguía convencida de que Martín había sido asesinado. Las amenazas, las llamadas, los silencios... todo seguía ahí. Pero si no había sido Salcedo, ¿quién?

Se dejó caer en el sofá. Al poco se levantó y se sirvió una copa de vino. Luego otra. Ya no le importaba tanto el sentido último de aquella maldita caja como asimilar lo que acababa de descubrir.

Su padre había estado detrás de la desaparición de Nieves. Pero el porqué de aquellos hechos lejanos resultaba ahora casi irrelevante frente a una certeza insoportable: Martín estaba muerto.

Con el cuerpo agotado y la mente embotada, empezó a adormilarse, incapaz de calcular cuánto tiempo pasó antes de que unos golpes suaves resonaran en la puerta principal.

El sobresalto la devolvió a la realidad. Pensó, con un escalofrío, que quizá Salcedo había regresado. Los golpes se repitieron, algo más insistentes.

Se acercó despacio y preguntó:

—¿Quién es?

Desde el otro lado, una voz femenina, inconfundible, respondió sin vacilar:

—Abre, Clara. Soy yo. Tu madre.

31

Clara se quedó petrificada. La voz al otro lado de la puerta seguía resonando en su cabeza, tan fuera de lugar, tan improbable, que dudó unos segundos de si realmente la había oído.

—Clara, ¿me abres? Soy yo.

Su madre. Allí. En la casona. A esas horas.

Antes de abrir, necesitó comprobar que lo imposible era cierto. Miró a través de la amplia mirilla y distinguió la silueta familiar de Estefanía en la penumbra. Detrás, frente al porche, un taxi blanco con franja roja esperaba con el motor encendido. El conductor permanecía atento; Clara comprendió que no se movería hasta recibir una señal.

Giró el pomo y abrió.

Estefanía estaba de pie en el umbral, con el abrigo mal cerrado y un bolso de viaje como único equipaje. El rostro, pálido y tenso, parecía más envejecido de lo que Clara recordaba. Con un gesto rápido indicó al taxista que se marchara. Las ruedas crujieron sobre la grava y el coche desapareció entre las sombras.

—Mamá...

Durante unos segundos ninguna de las dos fue capaz de moverse. Clara la observó con una mezcla de alivio e incredulidad. Su presencia allí resultaba tan inesperada como desconcertante.

—Hola, Clara. ¿Te encuentras bien? Te veo muy mala cara —dijo finalmente Estefanía.

Clara asintió, aunque no estaba segura de que aquello pudiera considerarse estar bien. Sentía como si los años se hubieran acumulado sobre ella en cuestión de horas. Aun así, ver a su madre allí le otorgaba una extraña sensación de protección.

—¿Qué haces aquí? —preguntó, apartándose para dejarla pasar.

—Estaba preocupada. Desde que me llamaste el primer día ya sabía que no me estabas contando todo... —hizo una breve pausa— y cuando me contaste que no podías localizar a Martín... Además, tenía que venir, tenía que hablar contigo. Es algo que ya no podía posponer más.

—¿Por qué? ¿Pasa algo? Tu también estás muy pálida.

—Sí, pero eso ahora no importa. Dime cómo estás tú. ¿Qué ha ocurrido?

Se sentaron en el salón. Clara notó que le temblaban las manos.

—Mamá, Martín ha muerto —dijo, sin poder contener las palabras.

La reacción de Estefanía fue inmediata. Se llevó una mano al pecho y cerró los ojos, como si un presentimiento negativo acabara de confirmarse.

—¿Cómo? ¿Qué ha pasado?

—No lo sé. Pensé que lo habían matado. Sigo pensándolo... pero ya no estoy segura de nada.

—¿Por qué querría alguien hacerle daño?

Clara dudó un instante.

—Desde que llegué aquí hemos recibido amenazas. Alguien nos vigilaba. Creí que era un guardia civil, Salcedo...

—¿Salcedo? —interrumpió Estefanía—. Me suena el nombre.

—Sí... ha estado aquí hace un rato. Pero dice que no tiene nada que ver, y la verdad es que le creo.

Un relámpago cruzó el cielo y la luz blanca se coló por los ventanales. El trueno llegó después, lejano pero rotundo, marcando el ritmo de la tormenta que se avecinaba.

—Todo empezó con una caja —continuó Clara—. La encontré escondida detrás de unos libros.

—Ah... la caja —dijo Estefanía, exhalando despacio.

Clara la miró, sorprendida.

—¿Lo sabías?

La lluvia comenzó a caer con fuerza, golpeando el tejadillo del porche con un sonido insistente.

—Sí, claro que lo sabía. Yo misma la puse ahí, aunque hace tanto tiempo que ya casi ni me acordaba de ella... hasta el otro día.

Clara se apartó instintivamente y se sentó frente a ella.

—Entonces habla —dijo—. Porque ya no puedo con más secretos ni medias verdades.

Estefanía sostuvo su mirada. En sus ojos había miedo, pero también una determinación irrevocable.

—Para eso he venido. Ha llegado el momento de que lo sepas todo.

Guardó silencio unos segundos.

—Mira, tu padre era un hombre ambicioso —empezó, como si hubiera estado ensayando lo que tenía que decirle—. Cariñoso contigo, sí, y un buen padre..., pero muy ambicioso. Antes de casarse conmigo, en un pueblo como este, no era más que alguien con cierta posición económica. Yo le abrí puertas que jamás habría alcanzado solo: dinero, influencia, contactos.

Clara escuchaba sin atreverse a interrumpirla.

—Pero hubo una historia anterior a mí. Desde niño estuvo muy unido a su prima Julia. Demasiado... y con el tiempo dejó de ser algo inocente.

La revelación sacudió a Clara.

—Cuando él se marchó a Madrid fue cuando nos conocimos. Nos casamos y dejó Barbastro atrás. Julia se quedó aquí, sola.

—Durante años intentamos que me quedara embarazada —continuó—, pero fue inútil. Al final supe que no podría tener hijos.

Estefanía apretó las manos.

—En ese tiempo él volvió aquí más a menudo para ver a tu abuelo, que ya estaba muy enfermo... y volvió a verla a ella. Julia quedó embarazada.

Clara sintió un vértigo súbito.

—¿Yo...?

—Sí. Tú.

El silencio se hizo absoluto.

—Si aquello se hubiera sabido, lo habría destruido todo. Él propuso arreglarlo todo para que figurases como nuestra hija y ocultar la verdad. Julia, abrumada por la situación, aceptó. Nieves, que era enfermera y su amiga, la ayudó en todo.

—¿Nieves sabía?

—Sabía demasiado... y quería demasiado a Julia. Eso la convirtió en un problema.

La lluvia arreciaba. El viento sacudió las ramas del jardín.

—Cuando naciste, Julia se hundió. No reaccionaba. Nieves empezó a mostrarse muy nerviosa y a cuestionarlo todo. Una mañana

desapareció sin más, pero días después apareció un cuerpo. Nunca hubo certezas, pero yo estaba convencida de lo que había pasado.

Clara sintió que le faltaba el aire.

—¿Y tú qué hiciste? —preguntó al fin.

Estefanía no esquivó la pregunta.

—Callé. Por miedo. Por egoísmo. Porque quería ser madre y no perderlo todo —dijo, con un temblor en la voz, cargado de culpa y pesar.

En el exterior el viento arreciaba. Una rama se rompió y golpeó los cristales con un chasquido seco, como si alguien llamara desde fuera.

—Esa caja... —continuó Estefanía— fue mi manera de dejar constancia. Una estúpida confesión a destiempo. Pensé que Julia algún día la encontraría. O que alguien lo haría cuando yo ya no estuviera. No fue por valentía, sino por culpa.

Clara apretó los labios.

—¿Y todo lo que había dentro?

—El reloj, el dinero, el billete... —enumeró Estefanía despacio—. Eran cosas de Nieves. Lo que quedó de ella cuando la borraron. Y la fotografía... —hizo una pausa—. No soportaba verme ahí. Con ellas. Como si no supiera lo que estaba pasando. Como si no hubiera elegido mirar hacia otro lado.

—No sé qué es lo que más me cuesta entender. Si cómo pudo mi padre hacer algo así... o cómo pudisteis todos vivir después como si nada.

Estefanía bajó la mirada, ante esa pregunta que ella misma se había formulado tantas veces.

—Tu padre era un hombre extraño, Clara. Su ambición siempre le pudo. Había veces que me daba miedo. Antes de su muerte se metió

en negocios muy turbios. Siempre con ese afán de ser, de tener más.

—¿Qué clase de negocios?

—Nunca me lo dijo. Pero estoy convencida de que, si no se hubiera producido aquel accidente, habría acabado en la cárcel... o en algo peor.

Cada nueva frase era un borrón más sobre la imagen que Clara había conservado de él durante años.

—¿Y el libro? —preguntó de pronto, señalando el volumen color burdeos que descansaba sobre la mesa—. ¿Las páginas arrancadas?

Estefanía frunció el ceño.

—¿Qué páginas? Yo solo arranqué la última, para sacar la fotografía que guardé en la caja. ¿Acaso faltaban más?

Clara sentía que todo encajaba y, al mismo tiempo, nada terminaba de cerrarse.

—Sí, al menos dos más... o eso creía, porque ya dudo de todo. Pensaba que habría sido Salcedo, pero si no fue él... entonces no sé quien habrá sido... si es que alguien llegó a entrar realmente.

Estefanía asintió, despacio.

—Tu padre tenía muchos enemigos.

Clara la miró de nuevo.

—¿Por qué has venido ahora?

Estefanía dudó, luchando por encontrar las palabras.

—Porque estoy enferma. Tengo cáncer y no hay solución.

La frase cayó sin dramatismo, pero con un peso inapelable.

—No quería irme sin que supieras quién eres. Quién fue él. Y quién fui yo.

Clara sintió rechazo, ternura, furia... todo a la vez. Y aun así, algo seguía intacto: el vínculo.

—Siempre seré tu madre —añadió Estefanía—. Aunque no me quede mucho tiempo.

Clara sintió que su mundo se había desmoronado por completo. Y, sin embargo, entre la confusión y la repulsión reconoció algo imposible de negar: un amor profundo, mezclado con comprensión, que la empujaba a aceptar lo humano, lo terrible y lo que todavía la unía a aquella mujer.

Nada volvería a ser igual, pero al fin comprendía quién era..., y eso, paradójicamente, le dolía de un modo extraño, casi liberador.

En ese instante, un relámpago iluminó la sala, seguido de inmediato por el sonido del teléfono sobre la mesa.

Ambas se sobresaltaron.

Clara dudó unos segundos antes de descolgar.

—¿Dígame?

Al otro lado, una voz grave, imposible, dijo:

—Hola, Clara. Soy tu padre.

FIN

AGRADECIMIENTO

Querido lector / querida lectora:

Quiero agradecerte que hayas elegido este libro y llegado hasta aquí. Espero que hayas disfrutado de esta historia, pues para mí es muy importante entretener y, si es posible, hacer reflexionar. Por eso, valoro mucho que te hayas arriesgado a leer esta novela e invertido lo más valioso que tienes: tu tiempo.

Me encantaría conocer tu opinión y, si quieres comentar cualquier cosa conmigo directamente, puedes escribirme a través de cualquiera de mis redes sociales (Facebook, Instagram, Threads, LinkedIn o Substack).

Por último, **te invito a ser parte activa del destino de esta obra y te agradecería que, si te es posible, dedicaras unos minutos adicionales a dejar una reseña honesta en Amazon.** Para nosotros, los autores independientes, es algo fundamental, ya que ayuda a que otras personas puedan conocer nuestro trabajo.

¡Gracias por acompañarme en este viaje! Espero que podamos seguir encontrándonos en futuras ocasiones.

ACERCA DEL AUTOR

JOSÉ LUIS BURGOS



José Luis Burgos es autor de *El rumor de la madera*, un thriller sobre herencias y secretos familiares que no deben salir a la luz. Antes publicó *La mirada esmeralda* —thriller psicológico que alcanzó el nº1 en Amazon—, *Un cuento carmesí y otros relatos* y *La penumbra del eclipse* —una novela sobre amor, memoria y secretos que permanecen en la sombra—. También es autor del *Tesouro-Mujer*, obra de referencia sobre igualdad de género con ocho ediciones.

Es miembro de la iniciativa literaria "Sueños de tinta".

Escribe sin fronteras sobre aquello que le apasiona: desde la narración breve hasta la novela y el ensayo social.

Licenciado en Psicología y con experiencia en organismos nacionales e internacionales, compagina la escritura con proyectos culturales y en defensa de los derechos humanos.

Amante de Paul Auster, Woody Allen, el jazz y la música progresiva, sus obras reflejan un universo propio donde confluyen influencias literarias, cinematográficas y musicales para ofrecer al lector una experiencia original y sugerente.

LIBROS DE ESTE AUTOR

LA MIRADA ESMERALDA

Un crimen como excusa. Una mirada que desarma. Una noche que lo cambia todo.

Madrid, otoño. Francisco Blume, arquitecto de rutinas, atraviesa una noche sin sueño. Un libro de Poe en sus manos. Una puerta entreabierta que inicia un descenso hacia el vacío interior.

Lo que podría ser un thriller convencional se transforma en una exploración literaria sobre la soledad, el deseo y la culpa. Una novela que revela lo invisible en lo cotidiano y la fragilidad detrás de cada mirada.

No es un simple misterio. Es un viaje íntimo, melancólico y envolvente, para lectores que buscan algo más que un enigma por resolver.

- "Una joya, que deja la mirada suspendida largo rato. La mirada esmeralda no es lo que esperas de un thriller... es más íntima, es más silenciosa, es... más real". —Las tierras Quebrati

- "Más que un thriller. Es un espejo. Es herida. Una voz que mezcla lo gótico con lo cotidiano, con ritmo y peso." — Luzdetintalavanda

CUENTOS CARMESÍES

Adéntrate en un universo donde lo cotidiano se entrelaza con lo inesperado, y lo real apenas roza lo imaginario. Cuentos carmesíes reúne relatos breves que exploran la memoria, los sueños y los límites difusos de la percepción. Cada cuento invita al lector a cruzar el umbral de lo familiar para descubrir giros insospechados, poéticos o inquietantes, en un espacio donde la lógica se quiebra un instante y lo fantástico se hace presente.

Desde experimentos colectivos de escritura hasta reflexiones íntimas y evocaciones oníricas, estos relatos conforman una antología que celebra la curiosidad, la sorpresa y la imaginación. Perfecto para quienes disfrutan de la narrativa breve, el realismo mágico y las historias que dejan un eco duradero en la mente y el corazón del lector.

LA PENUMBRA DEL ECLIPSE

Imagina vivir cada día como si el anterior jamás hubiera existido...

Después de un brutal accidente, Roberto Marciel pierde la capacidad de consolidar nuevos recuerdos más allá de unas pocas horas, quedando atrapado en un presente perpetuo. Cada instante es un desafío, cada decisión un dilema imposible.

Una novela psicológica que explora:

Memoria e identidad: ¿Qué nos define cuando el pasado se desvanece?

Amor, pérdida y secretos: Verdades ocultas y heridas que el tiempo no ha cerrado.

Un mundo extraño y desafiante: Donde las soluciones habituales fracasan y los valores aceptados pierden sentido.

Por qué te atrapará:

Ficción introspectiva profunda que invita a reflexionar sobre quiénes somos.

Exploración intensa de lo que seríamos sin las cadenas del pasado.

Cada página es un pulso entre lo que queremos recordar y lo que no podemos olvidar.
